

I. MUNICIPIO DE SAN MIGUEL DE IBARRA
COMISIÓN DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTES DEL IMI
CECIM - Filial de Imbabura



María Guillermina García Ortiz

Síntesis Biográfica y Producción Literaria

Agosto del 2001



María Guillermina García Ortiz

Síntesis Biográfica y Producción Literaria

Agosto del 2001



María Guillermina García Ortiz

Síntesis Biográfica y Producción Literaria

Septiembre del 2001

Primera Edición, 500 ejemplares

*Reproducción realizada por la I. Municipalidad de San Miguel de Ibarra,
con la autorización de la Familia García Ortiz, José M. Leoro, el autor de la conferencia
y Paola Elena Cevallos escritora del artículo, publicados en este libro.*

Coordinación General:

Comisión de Educación, Cultura y Deportes de I.M.I.

Dirección de Educación, Cultura y Deportes de I.M.I.

Archivo Histórico Municipal

CECIM Filial Imbabura

Diseño, Diagramación e Impresión:

GRAFILANES

Telfs: (02) 2411-326 / 2403-275 / 09-9476-203

Beeper: 227777 rec: 512

Índice:

Introducción	7
A manera de prólogo	9
Datos Biográficos	15
PARTE PRIMERA	
A. Lo Eterno Femenino en el tiempo y en el espacio	19
1. Lo femenino y sus valores	25
2. La transformación de los valores en esta hora	29
B. Los problemas capitales del momento actual	33
1. Deseo de liberación	37
2. Ansia de justicia	41
3. Afán de bienestar material	43
4. Anhelo de espiritualidad	47
PARTE SEGUNDA	
A. Mujeres bíblicas que es sus respectivas épocas, encarnaron la capacidad creadora y regeneradora de su pueblo	55
1. Antes de Jesu-Cristo	55
2. Era de Cristo	67
B. Breve estudio de la Sulamita y de Elena, en cuanto protofiguras femeninas, sujetos de la literatura, precedido de ligeras apuntaciones sobre arte y estética.	69
Síntesis y traducción directa del texto griego al castellano, de la tragedias "Las Eumenides", de Esquilo y "Antígona", de Sófocles.	85
"Las Eunimedes"	85
"Antígona"	93

Comentarios, Poesía, Perfiles de leyenda	
Conferencia pronunciada en Ibarra por José M Leoro	113
La mujer poetisa	129
Visión Alegórica	132
Autoperfil	135
Mensaje de Don Miguel de Ibarra	136
Al Señor de la Buena Esperanza	137
Canto a la Juventud Americana	138
La locomotora	139
Perfiles de Leyenda (cuento)	143
<i>Comité Ecuatoriano de Cooperación con la Comisión Interamericana de Mujeres. CECIM Filial - Imbabura</i>	157



Dedicatoria

Homenaje a mis Padres:

*El me condujo por un sendero de austeridad.
Ella supo guiarme en los caminos de la belleza.*



Introducción

La riqueza espiritual de un pueblo se mide en la capacidad creadora y en las manifestaciones culturales, que materializan los pensamientos y los sentimientos de sus gentes.

En esta ocasión, con profunda satisfacción, la I. Municipalidad de San Miguel de Ibarra pone a consideración de la ciudadanía de Ibarra, de Imbabura y del país, un libro, que reúne lo mejor de la expresión de **MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ**, destacada maestra y poetisa de gran valía, como una forma de resaltar, como lo dice la misma autora, **LO ETERNO FEMENINO** de la Ciudad Blanca del Ecuador.

Para que este trabajo se haya concretado, hay que señalar el valioso aporte del CECIM de Ibarra, cuya Presidenta, Dña. Rosa Reascos Egas, ha sido su mentalizadora; del Departamento de Educación,

Cultura y Deportes de la Municipalidad, con el Lcdo. Galo Mantilla Perugachi como su Director, y, por sobretodo, de la Comisión de Educación Cultura y Deportes, integrada por los Concejales Lcdo. Franklin Gomezjurado Mejía (Presidente), Prof. Luis Ortiz Castillo y Sra. Silvia Salgado Andrade, conjuntamente con la Cámara Edilicia y su Alcalde el Ing. Mauricio Larrea Andrade, cuyas decisiones permitieron que contemos con este libro, que es un aporte más para resaltar los valores de nuestra tierra.

En el Centenario del nacimiento de **MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ**, que se cumple el 7 de agosto del 2001, cumplimos con el deber de rendir homenaje a una ilustre mujer ibarreña.

Ibarra, Agosto del 2001

A manera de prólogo

IBARRA TENDRÁ EL PRIMER MONUMENTO A LA MUJER, EN LA PERSONA DE LA DISTINGUIDA POETISA IBARREÑA SRTA. DÑA. MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ

Recordar páginas inéditas de distancias lejanas, es nada menos que desempolvar los siglos del pasado, para ver a la humanidad, abriéndose paso hacia la conquista de la civilización y la cultura. Un pueblo se forma lentamente, por una especie de desenvolvimiento psicológico que crea poco a poco en la masa de hombres y mujeres un carácter propio y una comunidad de vida que va robusteciéndose hereditariamente.

Al calor de una pléyade de ilustres hombres y mujeres predestinados, que sintetizan un símbolo, una luz, una ruta; de aquellas sabias lecciones y esperanzas avisoras de triunfos recogidos en el campo del dolor, los pueblos han ido forjando, su cultura y su destino.

AL CUMPLIRSE EL PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE LA PRECLARA POETISA IBARREÑA SRTA, MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ, el Comité Ecuatoriano de Cooperación con la Comisión Interamericana de Mujeres CECIM-Filial de Imbabura, conscientes de su responsabilidad y cumpliendo sus objetivos, propuestos desde su fundación, es decir, desde hace 15 años de vida Institucional, tratando de reivindicar el valor y la grandeza de nuestras mujeres, ya que la cultura y **la superioridad de los pueblos se ha dicho** que se mide por el alma y el talento de sus hombres, y para este éxito los hombres escalan el corazón, la virtud y el pensamiento de las mujeres.

Napoleón en los momentos más culminantes, dijo: "Josefina, en la hora suprema y cuando la tempestad ruge a mi alrededor, comprendo que en este mundo no tengo a nadie, más que a ti en quien confiar ampliamente"...y Jorge Washington, al referirse a su triunfo dijo: "Todo lo que soy se lo debo a mi madre".

MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ, ilustre mujer, nacida en el corazón de esta blanca ciudad de Ibarra, desde su temprana edad, dio muestras de su talento superior, de su formación moral, llena de virtudes que le hicieron brillar con luz propia en el firmamento de su Ibarra, tan querida.

Sus estudios los realizó en la escuela "Inmaculada Concepción" de esta ciudad, luego recibió lecciones de Latín y literatura del ilustre sacerdote Dr. Francisco Aurelio Recalde, notándose desde allí su preclara inteligencia, su deseo ardiente de ser un alma superior, escribió el primer cuento denominado **"Perfiles de leyenda"** que significó el aplauso y reconocimiento de todos cuantos se deleitaron con su lectura. Luego se trasladó a la ciudad Capital, en donde empezó a escribir para los periódicos que allí se editaban, especialmente "El Día" que abrió sus puertas con generosidad. Al mismo tiempo fundó, dirigió y escribió casi sola, el periódico **"América Femenina"**, periódico que en ese entonces fue bien recibido y dijéramos hasta

con verdadera emoción dentro y fuera de la República, lo que valió para encontrar relaciones con las mujeres más distinguidas del Continente, en esa época como Marzia Lusignan, Maximina Olmos de Jiménez y otras tantas de igual valor.

Ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras, en la especialización de castellano y literatura, habiendo obtenido el Título de Profesora de Segunda Enseñanza, con verdadero lucimiento, justamente, la tesis que escribió para obtener esa prueba la denominó "Lo Eterno Femenino". Apenas graduada fue nombrada Profesora de la misma Facultad y en ella hizo verdadera labor de apostolado universitario y de dedicación ejemplar en esa hermosa tarea de educar, según versión e informe del extraordinario Maestro Don Augusto Arias, el mismo que lo afirma que **María Guillermina García Ortiz** tenía la virtud de atraer con inmenso cariño a sus alumnos y alumnas, los mismos que no se cansaban de estar cerca de ella.

Fundó el "**Seminario Literario**", que lleva su nombre, empezó a trabajar como una colmena de abejas, siendo la Profesora la Reina de este conjunto de estudiantes que giraban en torno a su voluntad arrolladora, según afirmaciones de profesores como Augusto Arias.

Obtuvo una beca del Gobierno Francés, por concurso, para estudiar lingüística, Filosofía en la Sorbona de París, a donde viajó con la más grande ilusión de su vida. Desgraciadamente apenas había transcurrido tres meses de su arribo a la Ciudad Luz, le sobrevino la muerte, que significó la pérdida de uno de los valores más altos de la intelectualidad Femenina, de nuestra blanca y hermosa ciudad de Ibarra, y por lo tanto del Ecuador. La muerte envidiosa de sus triunfos, le estaba asechando, vino el hielo de Enero de 1952 y apagó el fuego vital del encendido corazón de María Guillermina, murió lejos de su Patria y de los suyos, esta ilustre Ibarreña que fue todo luz y calor para con sus conciudadanos.

Numerosas son sus obras que las escribió muchas de ellas con lágrimas en sus ojos y con sangre de su propio corazón, ¿acaso no es un

esfuerzo casi infinito, salir de la pobreza?, vencer las más grandes dificultades de todo orden como el económico?, cómo estudiar en ese tiempo, en que solamente era privilegio de los hombres?...ya que las mujeres solamente estaban dedicadas a tareas domésticas, para no más de casarse... según versiones, hasta de doctos y extraordinarios Maestros?... sabiendo que la mujer madre es la primera maestra de sus hijos y hasta de su hogar...?

Por lo que el **CECIM-Filial de Imbabura** se complace profundamente al haber hecho realidad sus propósitos, como el de perpetuar la memoria de sus grandes e ilustres Mujeres, mujeres de todos los tiempos, llevándoles al bronce, y a recoger sus memorias diseminadas y perdidas por los años, siempre me preocupó grandemente cuando distinguidos visitantes, llegan ávidos de conocer las virtualesidades de hombres y mujeres que vieron la luz en esta pródiga Ibarra, como lo dice el "Himno a Ibarra", escrito por Rafael Larrea Andrade, Salve Ibarra, hermosa sultana, rosa abierta a los rayos de sol, o como lo cantara, el poeta Colombiano Alfredo Gómez Jaime:

*Es un nido de rosas y de estrellas,
en donde triunfan las mujeres bellas
y Dios viene a soñar en sus jardines.*

La obra que hoy se publica ha permanecido inédita, pero no por eso ha perdido actualidad porque versa sobre los grandes temas de la vida y de la filosofía y literatura de todos los tiempos.

La I. Municipalidad de Ibarra, presidida por el Ing. Mauricio Larrea Andrade, como Alcalde visionario y progresista de esta libérrima tierra, la H. Comisión de Cultura, representada por el Lcdo. Franklin Gómezjurado Mejía en su calidad de Presidente, la Lcda. Silvia Salgado Andrade, Sra. Andrea Cazar V., Arq. Narcisa Yépez Jiménez y Prof. Luis Ortiz Castillo, H. Concejales que hacen honor a esa Comisión, el Departamento de Cultura, tan bien representado por un Maestro de elevados quilates, como el Lcdo. Galo Mantilla Perugachi, con quien he coordinado todo el proceso y tiempo que se ha necesitado para llevar a feliz término nuestras caras aspiraciones de

hacer realidad, esto de perpetuar la memoria de grandes Maestras, que como estrellas luminosas, están siempre y por siempre brillando en el firmamento de nuestra Patria.

Para las mujeres que conformamos el **Comité Ecuatoriano de Cooperación con la Comisión Interamericana de Mujeres CECIM-Filial; de Imbabura**, desde el fondo de mi alma, les digo mil gracias, por secundar las acciones y pensamientos de quien es ahora su Presidenta, pues sin Ustedes, el sustento, la fortaleza y el batallón de mujeres hemos podido hacer lo que es ahora el **CECIM de Imbabura**.

Para mis Compañeros: Sres. Gonzalo Lascano Gualoto y Ernesto Proaño Andrade, por su silenciosa e incomprendida labor en beneficio de la cultura de nuestra tierra, trabajo realizado en el Archivo Histórico de la I. Municipalidad de Ibarra.

Capítulo aparte, merece el H. Consejo Provincial de Imbabura, tan bien respresentado por el Lcdo. Gustavo Pareja Cisneros, por la donación del Busto de **Doña María Guillermina García Ortiz**, Maestra de juventudes, y altísimo símbolo del pensamiento femenino de la Patria.

Para todos los personeros que hacen este Gobierno Provincial, como el Lcdo. Jacinto Salas Morales, en su calidad de Director de Cultura y respetabilísimo hombre de letras de nuestra ciudad.

Para el Instituto Superior Daniel Reyes y sus personeros Dr. Vicente Reascos V. y Lcdo. Vicente Bolaños por la devoción y el arte que pusieron al trabajar el Busto de **María Guillermina García Ortiz**, para exhibirlo en la Avenida Cristóbal de Troya y Mariano Acosta.

Para mis entrañables hijas, que son mi continuación en la Capital de la República, las primeras en entrevistarse con las distinguidas familias García Ortiz, familiares íntimos de nuestra Homenajeada, mi gratitud eterna.

Por: Rosa Beatriz Reascos Egas



Datos biográficos

MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ, nació en Ibarra el 7 de Agosto de 1901. Terminados sus estudios primarios recibió lecciones de latinidad y literatura del ilustre sacerdote, Doctor Francisco Aurelio Recalde. Desde entonces ya dio muestras inequívocas de su preclaro talento. "**Burbujas de Ensueño**" es un hermoso cuento parábólico que mereció la publicidad en "Ibarra, Ayer y Hoy", valiosa revista editada por el distinguido prosador, señor José Miguel Leoro Vásquez, con motivo de la Inauguración Oficial del Ferrocarril de Ibarra.

Habiendo trasladado su residencia a Quito, empezó a escribir para los periódicos de la Capital, especialmente para "El Día". Debido a su entusiasmo y a su tenacidad y constancia, extraordinarias de una mujer, apareció en el semanario "**América Femenina**", publicación que le valió el aplauso unánime de la mejores plumas de dentro y fuera del país.

Feminista convencida, ella misma fue prueba viviente de cuanto puede y debe alcanzar una mujer mediante la educación; ya que si la naturaleza hace a la mujer físicamente débil, le da en compensación fortaleza moral superior a la del hombre, dotándole a la vez de un corazón sentimental y tierno que aportará a la humanidad factores positivos para la paz y mutua comprensión de los pueblos y naciones, si es que se brinda a la mujer mayor intervención en los asuntos político-sociales.

Tardíamente, al parecer, ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras y obtuvo su grado con el gran aplauso en 1947, siendo luego designada Profesora Titular de la Cátedra de Castellano de la antedicha facultad. Sus alumnos y alumnas conservan recuerdos imborrables de sus sabias lecciones y de ese modo sutil y profundo de penetrar en su corazón en el cerebro de sus discípulos. Porque **María Guillermina** amaba a sus alumnos, ellos también la amaban y todos los años la recuerdan y lloran en el día de su prematura muerte.

Su alma varonil y delicada al propio tiempo, su corazón sentimental y tierno, siempre abierto al dolor ajeno, no podían permanecer indiferentes al llamado de las musas y bajo su inspiración escribió muchísimos poemas en los cuales campea el esplendor de la idea con la belleza y musicalidad de la forma, produciendo profunda emoción en los lectores.

En 1951 partió a París, la ciudad de sus ensueños, en goce de una beca ganada en concurso y otorgada por el Gobierno de Francia para la Universidad de Sorbona... Mas ¡ay!, la Muerte, envidiosa de sus triunfos, le estaba asechando. Vino el Hielo de Enero de 1952 y apagó el fuego vital del encendido corazón de **María Guillermina**, muriendo lejos de su Patria y de los suyos, esta ilustre ibarreña, que fue toda luz y calor para sus conciudadanos.

Que sus huellas luminosas marquen el sendero por el cual se guíen la espirituales hijas de Ibarra, de Imbabura y de la Patria toda.

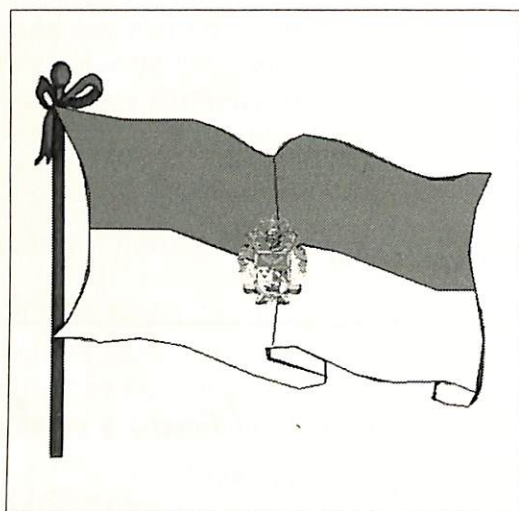
Parte Primera

A. Lo Eterno Femenino en el tiempo y en el espacio.

- 1.- Lo Femenino y los valores;*
- 2.- La transformación de los valores en esta hora.*

B. Los problemas capitales del momento actual.

- 1.- Deseo de liberación;*
- 2.- Ansia de justicia;*
- 3.- Afán de bienestar material;*
- 4.- Anhelos de espiritualidad.*





A. Lo Eterno Femenino en el tiempo y en el espacio

La mente humana se halla acostumbrada a dividir el conjunto de los conocimientos en grupos que los cataloga dentro de conceptos universales y con pretensión de valer de modo definitivo. Tales conceptos o nociones generales forman verdaderas categorías que involucran secciones o ramas del conocimiento, respondiendo así a una necesidad elemental y matemática de la inteligencia humana, de medir las cosas, de nombrarlas y agruparlas, de aprisionarlas, de conocerlas, en una palabra, acuciada por el temor de que se le escapen y no pueda ejercer sobre ellas dominio alguno.

Dos de esas categorías fundamentales, demasiado conocidas por todos, son las del tiempo y del espacio, garras tendidas por el espíritu del hombre en la penumbra de los seres y de las cosas para procurar extraerlos y llevarlos a la clara luz de un conocimiento preciso y delineado, único modo de satisfacer la inquietante angustia

metafísica del hombre, que, de lo contrario, se sentiría perdido en una verdadera noche de desconsuelo y de tinieblas.

Y de este modo, ya sea en la sucesión de los tiempos, ya sea a través de las distancias, las cosas y los seres y hasta los conceptos al parecer más generales, nacen, crecen y mueren; surgen y desaparecen, probando así la inconsistencia de las construcciones humanas. Pero, a pesar de todo, existen algunos primeros principios, más que conceptos claramente fijados; hay algunas emociones e ideas madres, como ya lo enseñó Platón, y lo han ratificado otros genios filosóficos, ideas que flotan por encima de las nomenclaturas estrechas, trazadas por el entendimiento humano, como hálitos vitales surgidos del gran fondo inaprehensible del alma del mismo hombre.

Por esto descubrimos que en todas las culturas y dentro de la estructura misma de todas la civilizaciones, existen principios inmutables e inmanentes, que bajo una u otra forma, revestidos de uno u otro aspecto, aparecen para comprobar que el alma humana en general es una sola y la misma, cualesquiera que sean los grados de desarrollo técnico y de capacidad progresiva de los pueblos.

Allá, en el fondo mismo de todo hombre late una serie de impulsos naturales, que luego se transforman en emociones, y por fin en conceptos y en normas de conducta, variando únicamente los matices y las diversas características, pero conservando la última raíz nutricia, que es lo que da la unidad específica a toda esta cansada humanidad.

Una de esas emociones madres, diría yo, se halla encerrada en el culto a la mujer, practicado por todos los pueblos, desde los tiempos más antiguos, con los que se quería expresar que existía un primer principio femenino creador, que había animado a la Naturaleza toda, y que merecía, por lo mismo, el culto de las gentes. No andaban, por consiguiente, descaminado aquellos mitos de otras épocas, al suponer que la Creación entera era el resultado de la unión de dos principios primordiales, masculino y femenino, los mismos

que seguían dirigiendo todo este proceso de desenvolvimiento humano, hasta llegar a las más altas creaciones.

En aquel culto a la mujer se vaciaba, además una profunda tendencia natural y primitiva de reconocer el valor de la contribución femenina de este advenimiento del Universo, como si el Fiat Lux de que nos habla la bíblica doctrina solo hubiese sido posible mediante el soplo de un Dios –espíritu y concepto masculinos- en una masa de energía y de fuerzas desordenadas aún –espíritu y concepto femeninos -.

Este es el verdadero sentido de lo que se ha llamado Lo Eterno Femenino, o sea, la inmanencia de una virtualidad mágica, intuitiva y creadora, como es la mujer misma, en el proceso de evolución de las diversas razas humanas. Por eso, este "Eterno Femenino" crea con la misma facilidad que destruye, hace brotar la flores más exquisitas y deliciosas de la cultura humana, muchas de ellas para que sean agostadas por una nueva generación más atrevida, sin experimentar jamás cansancio alguno por este continuo recrear, función específica de la parte femenina de este universo en cuyo seno nos agitamos y movemos.

Los pueblos primitivos en su afán de objetivar y simbolizar sus emociones y sus anhelos, personificaban y daban nombres de mujer a aquellos sentimientos que provenían o de algún modo tenían relación con lo eterno femenino de la Naturaleza. Y por eso, en las leyendas y en las antiguas religiones, precisamente se habla de alguna fuerza inmaterial engendradora, que casi siempre se la supone femenina, como queriendo expresar con esta simbología que la capacidad engendradora es siempre femenina.

La Maya de los hindúes, Astarté o Aschtoret en Siria, Isis entre los egipcios, Ishtar de los asirios y babilonios, las divinidades femeninas de griegos y romanos, y por fin y sobre todo, el culto a María en el

mundo occidental de origen cristiano, están probándonos la necesidad que siente el hombre de rendir culto a la mujer, considerada ésta, más que como un ser real, como símbolo del eterno principio femenino copartícipe en el proceso de la creación de lo existente.

Parece una característica propia de lo femenino, esto es, de esta parte femenina del universo, la de permanecer, la de quedar, la de estar siempre dispuesta a recibir, como una gran matriz en donde fraguase toda creación y toda recreación; en cambio, parece característica del principio masculino del mundo, la de pasar, la de agitar, por un momento esa matriz, y luego sumirse de nuevo en el caos, realizando así un proceso que tendrá después hasta su representación esquemática y concreta en el proceso de la fecundación de las especies.

Puede decirse que todo lo que ha sido creado ha sido primeramente fecundado y es bien sabido que no hay fecundación sin una parte femenina que contribuya a la elaboración del ser.

NO sería, por lo tanto, desacertado, sin que esto signifique ningún axioma incuestionable, que se pudiera resumir lo que hasta aquí he dicho, en la siguiente frase: Lo masculino pasa; solo lo femenino queda.

Es decir, queda siempre la capacidad creadora de los hombres, queda siempre la energía matriz, que puede desenvolverse en mil variadas formas, queda siempre la disposición del alma humana a dar de sí nuevas formas y nuevos estilos, nuevas normas de conducta y nuevos criterios estéticos, a medida que esa llama vital que nunca se apaga en el fondo del templo espiritual del hombre lance intermitentemente su chisporroteo generador, que es también, al mismo tiempo, lo que no permite que se agote. Y este quizás era el sentido más profundo de la antigua ritualidad de mantener siempre latente el fuego, como símbolo del principio creador, en las lámparas de las vestales. También esta vez es la mujer quien cuida de ese fuego por ser ella la llamada a responder del Patrimonio Cultural de

la Humanidad, misión esta que ya le ha sido adjudicada por unos cuantos pensadores, destacándose entre ellos el nombre de Oswald Spengler, que dice: "El hombre vive el sino y concibe la causalidad, la lógica de lo producido según causa y efecto. Pero la mujer es sino, es tiempo, es la lógica orgánica del devenir mismo. Por eso eternamente permanece ajeno el principio causal. Siempre que el hombre ha intentado hacer palpable el sino, siempre ha recibido la impresión de algo femenino: moiré, las parcas, las normas. El Dios máximo no es el sino mismo, sino un Dios que representa o domina el sino - como el hombre a la mujer-. La mujer en las épocas primitivas es también la vidente no porque conozca el futuro, sino porque es futuro. El sacerdote interpreta tan solo. La mujer es el oráculo. El tiempo mismo habla en ella.

El hombre hace la historia; la mujer es la historia. De manera misteriosa descúbrese aquí un doble sentido del acontecer viviente: es una corriente cósmica y es también la sucesión de los microcosmos mismos que aquella corriente acoge en sí, protege y conserva. Esta "segunda" historia es la propiamente masculina, la historia política y social, historia más consciente, más libre más movida. Arraiga profundamente en los comienzos del mundo y recibe su máxima fórmula simbólica y universal-histórica, en los ciclos vitales de las culturas superiores. Femenina es aquella "primera" historia, la historia eterna, materna, vegetal- la planta misma tiene siempre algo de femenino -, la historia sin cultura de las generaciones sucesivas, que no cambia, que fluye uniforme y suavemente por la existencia de todas las especies animales y humanas, por todas las culturas particulares, de breve vida. Si miramos hacia atrás, nos aparece idéntica con la vida misma. También esa historia tiene sus luchas y sus tragedias. La mujer gana su victoria en el lecho de la parturienta. Entre los aztecas, los romanos de la cultura mexicana, la parturienta era saludada como valiente guerrero, y la que moría dando a luz era sepultada con las mismas fórmulas que es héroe caído en la batalla."





1.- Lo femenino y sus valores

Por todo lo dicho hasta aquí, ya puede comprenderse que también dentro del reino de los valores, creados por la mente humana, o existentes con independencia de ello, lo femenino debe existir y reinar allí como en su propio hogar. Ningún otro sector realmente, de todos cuantos componen el equipo de las construcciones mentales del hombre, es tan apropiado para el desarrollo de lo femenino, como este reino de los valores.

Puede discutirse, naturalmente, acerca de si tales valores existen con independencia del hombre, o si es él quien los ha creado, en su afán siempre creciente de superación y de perfeccionamiento. Esta discusión no hace al caso presente. Como quiera que sea, estos valores existen, los sentimos dentro de nosotros, son metas que todos ambicionamos alcanzar, son ideales que todos queremos realizar, como discos de fuego que nosotros mismos hemos lanzado a la dis-

tancia, y en cuya persecución corremos luego, tratando de alcanzarlos con nuestras manos extendidas en actitud de anhelo.

Y es en el seno de estos valores donde campea lo femenino, la feminidad y, acaso por esto nada extraño es que hasta los mismos hombres de tales concepciones sean femeninos: Verdad, Bondad, Justicia, Libertad, he ahí como estas palabras, femeninas siempre expresan los más altos conceptos que ha logrado hasta ahora alcanzar la humanidad.

No me propongo, porque ni atañe al fin de este trabajo, hacer el análisis detallado de estos valores, hoy universalmente aceptados por los pueblos que se precian de ser cultos.

Lo que quiero es despertar en quienes leyeren esta sencilla obra, la emoción de tales valores, a fin de que por ese camino lleguemos a comprendernos como manifestaciones elevadas de la capacidad creadora y, desde luego, femenina, del ser humano.

Y si todos estos valores, desde un punto de vista espiritual puro, se reduce a la noción de la belleza; y si todos estos valores, desde un punto de vista humano y social, se reducen a la idea germinativa de la justicia, no cabe duda de que el alma humana, al crearlos, volcó en ellos sus más exquisitas esencias de feminidad.

La feminidad es anhelo creciente y aspiración distante, y los valores son justamente la cristalización de esas aspiraciones y esos anhelos. La feminidad se traduce más exactamente que en la ciencia, en el arte y en la belleza, en la bondad y en la justicia humanas; por esto, los valores no son, no pueden ser probados como una verdad geométrica, pero existen, a veces incluso al margen de la ciencia, y, tal vez, contradiciéndola.

No hay pueblo que no haya sentido un constante afán de perfeccionamiento y de progreso; no hay tribu que no haya experimentado el secreto resorte de una ambición de mejor vida; no hay cultura,

en fin, que no haya expresado en algún concepto moral sus más ricas aspiraciones de liberación y de igualdad entre los hombres. Tal es el sino de la especie humana.

Pero por lo mismo, debemos ver a través de estas ambiciones y deseos, la insatisfecha voluntad de elevar el alma humana a un mundo moral, en el que, como si dijéramos, prevalezca y predomine esa esencia femenina que se siente a través de todos los valores.





2.- *La transformación de los valores en esta hora*

Los valores sin embargo, no son eternos. Puesto que son construcciones de los hombres –o aún en el caso de que no lo sean, desde que son aceptados por los mismos- se hallan sujetos a sufrir modalidades y cambios, de acuerdo con el transcurrir de los tiempos. Es posible que las ideas más generales de estos valores no varíen, por responder acaso a una innata necesidad del alma humana, y aun esto es discutible; pero el contenido de tales valores varía siempre, por hallarse bajo las mutaciones propias de aquellas otras dos categorías fundamentales, que son el tiempo y el espacio.

Si, es evidente que los valores se cambian, se transmutan, sufren altas y bajas, o, por lo menos, experimentan algo como un riguroso turno entre ellos, desplazándose de uno a otro la preeminencia, según el estado material en que se encuentren los pueblos en determinado momento de su historia, y según las aspiraciones más profundas que esos mismos pueblos sientan en esa hora, de acuerdo,

precisamente, con aquellas condiciones en que se desenvuelva su crecimiento material.

Dentro de cada pueblo, hay etapas para cada uno de los valores humanos, y el sentimiento que experimentan las colectividades hacia tal o cual ideal o meta, responde a las necesidades más premiosas que por entonces gravitan sobre ellas, haciéndoles aspirar hacia un lejano límite, justamente porque hay un trecho que recorrer todavía, y, para poder hacerlo, las sociedades necesitan el auto estímulo de su propia inconformidad de su mismo descontento.

A través de la historia, los valores, cual más, cual menos, han reinado siempre; pero no siempre con la misma intensidad, y no siempre tampoco del mismo modo en las distintas razas. Puede decirse que hubo horas propicias para cada uno de los valores, así, la hora de la belleza fue, no cabe duda, la hora del florecimiento de la cultura griega; la hora de la bondad fue la hora de Cristo y de la cristiandad de los primeros siglos; la hora de la verdad que ya tuvo sus orígenes en la misma cultura griega, alcanzó su esplendor en la cultura de occidente de los últimos siglos; la hora de la libertad sonó también ya en el mundo occidental, y con más claros sonidos, desde los últimos tiempos; y todo parece indicar que la hora actual o, mejor dicho, que la hora que comienza en este tiempo, es la hora de la justicia.

Estamos asistiendo al proceso de transformación de los valores más violentos que se haya experimentado jamás. Ante nuestras propias miradas tambalea, cruje y se hunde un mundo en el que parecía haberse alcanzado el máximum de perfección posible, pero en cuyo seno venían germinando factores negativos que lo carcomían internamente y que han acabado por destruirlo, poniendo al descubierto sus íntimas lacerías. Y ahí lo tenemos: exangüe, jadeante, aturcido, y enchido de odio todavía; hoy que debería buscar su camino, amparado al fulgor tranquilo y puro de la estrella de la paz ya está otra vez atizando removiendo, soplando la hoguera de la guerra. Obstinado, loco, poseso, isi bien sabe que esta vez la destrucción sería definitiva!.

Pues en este mundo cuyo desconcierto presenciamos, se creía haber alcanzado y la libertad del hombre, y no se hablaba de justicias; hoy vemos que ésta se vuelve el imperativo categórico del momento histórico que vivimos y que la libertad encadenada, sin que ello signifique paradoja, con que querían engañar a las colectividades los grandes opresores de las mismas, no era más que un remedo burlesco de la verdadera libertad.

Esta hora trágica y sublime a la vez que está viviendo el mundo todo, hora que sigue a la desgarradura y al desangre, a la angustia y al grito de la matanza, hora que sigue a una hora de muerte, es una hora de vida, de una nueva vida que de modo terrible la anunciaron el estrépido de los tanques y el retumbar de los cañones. Que se yerga un mundo nuevo sobre la tierra purificada, porque está amalgamada con sangre. Todo nacimiento de un nuevo ser, de una nueva cultura, de un nuevo estilo de vida, trae estos síntomas y estas características: dolor, desgarramiento, muerte, y luego del resplandor de una aurora. Esto es lo que estamos viviendo actualmente; y dentro de esta baraúnda que se han confundido todos los valores, y dentro cual, muchas ideas que parecían definitivas, se han es fumado como si hubiesen sido meras ilusiones, no queda flotando otra cosa que una gran ansia de la humanidad por superarse, por alcanzar un nuevo ritmo de vida, exactamente como si en medio de la densidad una noche tenebrosa un brazo en alto agitase una antorcha de vívidos colores.

Esta es la situación presente y esta es la realidad del mundo. El de mañana tiene que ser un mundo que imperen preferentemente la libertad y la justicia como respuesta a la necesidad sentida por los pueblos de alcanzarlas.

También en este acaso y en esta hora de la historia se repite el milagro de la creación surgiendo del caos un universo luminoso, por obra y gracia de la energía inagotable propia de la capacidad creadora del espíritu humano, verdadera matriz de la cultura; También en este caso, es a la parte femenina del universo, a la facultad re-

denuedo por dominar y encauzar una multitud de fuerzas, muchas de ellas destructoras, que, rodeándolo, le amenazaba con hacerle perecer.

La lucha fue ardua, pero al fin el hombre venció, esto es, permaneció en la tierra, apto para conquistarla y extender sobre ella la malla de sus creaciones sociales. El hombre venció, pero al suceder tal cosa, era su capacidad creadora y combativa la que le daba el triunfo; esto es, la parte femenina del universo que entraba en acción a fin de que el proceso cósmico de elevación espiritual no padeciese descalabro alguno.

En este afán ciego y tenaz por asirse de una raíz indestructible, el hombre, ya dotado del uso del lenguaje, creó las palabras y los nombres de las cosas, las agrupó, las midió, e inventó mitos y formas religiosas que tuviesen el valor de consagrar algunas de esas cosas, para poder gozar de una base firme que le permitiese alzar el vuelo con más gallardía y mayor ímpetu que había podido hacerlo hasta entonces.

Y así el hombre inventó la religión y puso los primeros rudimentos del derecho y la moral; creó el arte, tosco y burdo en sus comienzos, que era sin duda una especie de válvula de escape para el poderoso mundo de sus instintos aun confusos. Y merced al arte y a la religión, dos manifestaciones sociales, las primeras en aparecer en todo un pueblo, y las únicas que no llegan a perecer totalmente, manifestaciones sociales que jamás faltan en cualquier tribu del mundo, el hombre pudo probar que en la intimidad de su ser había efectivamente insuflado un hálito de divinidad.

La gravedad de los problemas de los grupos primitivos se mide por la intensa vida imaginativa y emocional de tales tribus, por el constante empeño de establecer normas de conducta para todos sus miembros, por la inflexible rigidez de los preceptos que obligaban a los asociados, y por el exagerado sentido de seguridad con que procedían en todos sus actos nuestros lejanos antepasados.

Después, naturalmente, las sociedades evolucionaron; los problemas fueron creciendo en intensidad y aumentando en extensión. Pudo distinguirse entonces que junto a los problemas colectivos, surgían también problemas individuales, que afectaban a la persona aislada, lo que contribuía a desligarla del proceso social. Y de tal modo creció el ámbito de los problemas individuales, que llegó un tiempo en que opacaron a los colectivos, lo que produjo un engaño en el mismo hombre, al creer que era suficiente el que cada cual atendiese sus propios problemas para que resultase la armonía en el conjunto de los individuos.

Vana creencia, que pronto tuvo que ser contradicha y arrollada por una dolorosa realidad que enseñaba descarnadamente que los problemas decisivos en los duros trances de la historia son los problemas colectivos, los que se refieren al grupo humano, a las masas sociales, y no a individuos o círculos privilegiados de dudosa y enfermiza aristocracia.

Siempre la historia se ha encargado de enseñar a las gentes, aun por medio de crisis sangrientas y de conmociones trágicas, que lo que importa, en último término, para el proceso humano, no son las soluciones favorables a individuos, círculos o castas, sino las soluciones para el mayor número, para la gran masa oprimida de esta castigada humanidad.

Son los problemas colectivos los que en la hora actual se agitan en derredor nuestro, como amenazantes llamas que quisieran devorarlo todo; y dentro de estos problemas colectivos hay algunos que justamente en este instante que vivimos, adquieren los caracteres de un profundo anhelo humano insatisfecho, que, de no ser colmado, provocará una tragedia, una tragedia espiritual más espantosa todavía que la que acaba de padecer el mundo.

Los problemas colectivos han girado casi siempre como es natural, al rededor de puntos comunes, tales como la subsistencia del grupo, la capacidad para desenvolverse, el poderío material y un sano

esparcimiento del espíritu. Y si bien es cierto que en las distintas etapas de la vida humana, los pueblos han experimentado estas necesidades, también es verdad que hay horas, y horas en la historia, horas dentro de las cuales adquieren preponderancia ciertas aspiraciones de la humanidad, dirigidas a un campo más o menos místico o religioso y otras, horas angustiosas en las que, por encima de todo, descuella el grito milenario de las masas hambrientas de pan, de libertad y de justicia.

En definitiva, todo problema humano o social se plantea en el momento preciso que debe plantearse, o sea, cuando hay una profunda necesidad que arranca, dijérase, del inconsciente colectivo, sentida por la mayoría de las gentes; cuando existe una necesidad humana, general, por tal o cual cosa, considerada entonces como la aspiración suprema a la que debe tender el ser humano.

Y cuando se plantea un problema, la sociedad debe tener el valor de resolverlo, sin esperar que se resuelva por si mismo, ya que esa manera de solución es casi siempre contraproducente. En este instante que, como he dicho, el mundo experimenta una transformación de sus valores es preciso también que aparezcan problemas propios de la hora presente; es preciso que las abrumadoras aspiraciones de la masas de hoy demanden sus solución, pues, es inevitable que deban tener alguna.

En otras épocas hubo problemas propios que no me toca analizar ahora; pero que, resueltos o no por la propia colectividad contribuyeron a acelerar la marcha de la humanidad por el camino del progreso. Hoy, confrontamos también la existencia de numerosos problemas colectivos, muchos de ellos de inquietante realidad y que no es posible desconocerlos si queremos ser leales con nosotros mismos.

1.- Deseo de liberación

Hoy más que nunca la libertad es un problema. Siempre se trató de conquistarla y siempre fue alejándose a modo de un espejismo, sin que por esto decaiga la aspiración humana. El mundo, evidentemente, ha ganado un gran trecho en el camino de la liberación; pero a medida que progresa, crece también el deseo de libertad de mayor número.

Hegel, resumiendo toda la historia en un proceso simple y condensándola en una especie de fórmula científica, la expresó diciendo que no era otra cosa que una incesante tendencia del hombre a conseguir su libertad. Si esto es así, es exacto que en esta hora la libertad es todavía un problema y es un problema capital como demuestra el ansia dominante actualmente en la humanidad que lucha con todos los medios por defender su libertad ya existente y por desarrollarla a un grado mayor.

De acuerdo con esa filosofía de la historia hegeliana, el perfecciona-

miento de la humanidad debe medirse por el mayor grado de liberación. Primero fue libre uno, y todos los demás, esclavos; es la etapa de la ignorancia del salvajismo y de la esclavitud. Luego fueron libres unos pocos, y el mayor número, sometido, es la etapa de la servidumbre, del feudalismo, etc. Tercero, son libres los más, y los menos aún no los son; es la etapa del individualismo, de la democracia, y de la doctrina liberal: esto creía Hegel; pero, si bien es cierto que en los dos primeros puntos estuvo acertado, no logró en el tercero precisar del mismo modo la verdad. Pues, la historia se ha encargado de enseñarnos que todavía subsiste el mismo cuadro de la opresión de los más y de la libertad de los menos, que la emplean para aprovechar inmisericordemente de sus subordinados.

Tenemos aún que luchar por conquistar la tercera etapa de liberación, y aún aspirar que la libertad sea patrimonio universal de todos los hombres, sin cortapisas ni distinciones de ningún género.

Por esto surge la actual ansiedad de liberación en todos los continentes; no solamente el ruso, el yanqui y el inglés tienen conciencia de su derecho a gozar de libertad, también naciones no por pequeñas sin un inmanente alto valor como Grecia, Yugoslavia, Indonesia, Palestina, etc; y aquí en nuestro hemisferio, las naciones latinoamericanas, todos los pueblos del mundo aspiran a ser libres, Si los pueblos grandes, los estados poderosos se obstinan en restringir y hollar la libertad de los pueblos pequeños y débiles, volverá la tierra a empaparse en sangre. Y es por esto que la libertad es un problema en este preciso momento, en el cual se hallan interesados tanto el hombre como la mujer, ya que ésta al fin ha comprendido que ha menester también de libertad, y que, para conseguirla, está obligada a ponerla en acción en plano de alta comprensión y amor humanos, sus capacidades y sus fuerzas. La mujer ya sabe que la libertad bien entendida es de tan valiosa esencia y de tan rico y fecundo contenido, que solo mediante el respeto a ella entre los pueblos y las naciones puede afianzarse la paz. Y solo la mujer que sa-

be lo que es "su lecho de parturienta", Puede entender lo que significa un campo de batalla y sentir por él la aversión terror más profundos.

La mujer actual consciente del valor de la libertad y suficientemente intuitiva para aprisionar, a su manera, el ansia del mundo, esta ansia de liberación puede transformarla en un dardo de luz.

*El mundo clama por justicia;
las masas la piden a gritos....*



2. Ansia de justicia

La libertad bien entendida trae una consecuencia, tiene en su corolario lógico, la justicia. De ahí que no es posible concebir la una con prescindencia de la otra, ni puede constituir un problema separado del deseo de liberación de ansia de justicia.

También una ansiedad de justicia conmueve al mundo en nuestros días, lo sacude, y es clamor unánime de las masas de todos los pueblos el de la realización de la justicia.

No es fácil, evidentemente, el reinado de la justicia; existen unas cuantas fuerzas que la combaten con saña: intereses, apetitos, pasiones y egoísmo desmedidos. Pero así como se lucha por la libertad, al mismo tiempo se está luchando por la justicia. La humanidad quiere alcanzar una forma de vida en que desaparezca la miseria, el espectro del miedo y el fantasma del desconsiderado predominio de unos pocos, sobre la infinita resignación del mayor número.

Esta ansiedad de justicia, que como un incendio está haciendo crepitar a todos los continentes es también un problema de la hora; un problema que necesita del concurso de la mujer para encontrar su solución.

Un profundo sentido de equidad, proveniente de su naturaleza apasionada e intuitiva, es propio y característico de la mujer. Su intervención, por lo tanto, es de imponderable valor para la obra de la justicia humana, siendo ella misma, la mujer, la destinada a disfrutar de la ventajas de un sociedad justiciera, en la que no sea ni la explotada víctima de la indiferencia o del egoísmo masculinos, ni la codiciada estatuilla recargada de ornamentos, que solo sirva para elemento decorativo de un salón.

El mundo clama por justicia; las masas la piden a gritos; la mujer, que representa la parte más sensitiva de la sociedad, debe esforzarse por aunar voces y por erguir su brazo en esta reclamación universal de justicia.

La justicia no supone compasión del poderoso para el indigente, ni es el gracioso beneficio que unos pocos puedan hacer ala sociedad en general. Oigamos como el derecho romano la definió: "Justitia estt constans ac perpetua voluntas honeste vivere, neminem laedere, ius suum cuique tribuere". Justicia es una constante y perpetua voluntad de vivir honestamente, no herir a nadie, y dar a cada uno lo que es suyo. La justicia es un valor, es un principio inmanente en todo orden social humano, es una virtud, y no ha podido relucir hasta ahora en todo su esplendor, únicamente por las sombras que le han circundado, ya sea las del miedo, las del fanatismo o las de la mísera ignorancia.

Esta grande ansiedad de justicia sentida por el mundo es otro problema que la angustia humana ha lanzado como un venablo a la arena del combate. En la lucha, las fuerzas retardarias todavía pretenden detener el curso de los acontecimientos, pero olvidan que este gran grito de la humanidad no puede quedar desoído, aunque perezca el mundo. *Fiat justitia pereat mundus.*

3. Afán de bienestar material

Los problemas colectivos han respondido siempre a necesidades colectivas y la sociedad misma no es otra cosa que una gran organización para la solución de esas necesidades. En la raigambre de toda sociedad ocupan el primer término las necesidades vitales de alimentación y subsistencia de los miembros del grupo, y, por consiguiente del grupo todo. De aquí que los problemas materiales graviten siempre sobre los asociados en una forma irresistible y aguda, obligando a la capacidad inventiva del hombre a encontrar nuevos y más apropiados métodos para atenderlas y lograr satisfacer el cúmulo de necesidades que por fuerza surgen en el seno de los grupos humanos.

No quiero decir que el hombre sea o esté hecho solo para las cosas materiales; pero es exacto que no hay elevación espiritual posible sin una base material previa que dé por cumplidos los primordiales requerimientos de la vida humana.

No siempre se ha querido entender así; pero la verdad es que, unas veces por ceguera voluntaria; otras por ilimitado egoísmo; y las más por el juego que de secretos resortes místicos, las gentes se han engañado así propias, creyendo que se podía construir una sociedad justa solo sobre la base de palabras o de meras intenciones, enunciadas en forma más o menos bella. De este engaño arranca la profunda contradicción que ha existido siempre a través de los tiempos entre las prédicas y las doctrinas por un lado, y la cruda realidad por otro. El mundo está lleno de evangelios de amor y de proclamas a la virtud y al sacrificio de las gentes para enderezar los rumbos sociales por senderos de paz y de bienestar. Pero las amonestaciones retóricas nunca han conseguido nada y cuando alguna vez se produjo en la sociedad un cambio trascendental, fue por la fuerza del espíritu subversivo de los de abajo, o por la suprema degeneración de los de arriba.

A no ser por esta fuerza revolucionaria que conmueve al mundo y lo sacude de época en época, como para despojarlos del polvo de siglos, aún tendríamos millones de seres humanos gimiendo la ignorancia de la esclavitud y mordiendo sus propias rebeldías, en un gesto estéril de despedazar las cadenas. Muchas veces las masas de otros tiempos padecieron hambre e ignominia, por causa de la injusticia enseñoreada en el corazón de los hombres. Siempre la mayoría estuvo oprimida y careció de los medios necesarios para elevar su vida a un nivel racional y digno que le permitiera saborear los placeres del espíritu y de la cultura.

Por esto, una de las permanentes y grandes aspiraciones de los pueblos ha sido la de realizar, como conquista inmediata, su propio bienestar, entendiéndose dentro de este nombre el desahogo llamado material, o sea, relativo a las necesidades más premiosas que es capaz de sentir el hombre. Y cómo ha sido de árdua la lucha, y que duro el triunfo para las pobres masas oprimidas que convirtieron en señuelo lo que no debía ser sino la aplicación rígida de una norma justiciera de conducta, si esta sociedad humana hubiera estado construida desde sus comienzos, sobre auténticas bases de moral y de justicia.

Todas las revoluciones que han tenido repercusión en la marcha de la humanidad fueron inspiradas por este leitmotiv del ansia humana de obtener bienestar material, en primer término y a cualquier costo. Y la sangre derramada por muchas generaciones en la prosecución de esta conquista, en beneficio de sus sucesores, no ha sido del todo estéril porque, a fuerza de tales sacrificios, la justicia va imperando y el oprobio de otros días se recoge avergonzado, ya que la historia misma se resiste a darle vida. Es verdad que los pasos dados hacia adelante aun son cortos, frente al trecho que nos falta recorrer; pero en esta hora, que es precisamente una de esas horas decisivas de la historia, la humanidad sabrá alcanzar un nuevo espacio, conquistando el bienestar que hasta ahora no le ha sido dado en forma plena.

Es innegable que actualmente existe en todos los pueblos un inmenso deseo de equilibrar la vida en tal manera que no sufran quebranto las múltiples facultades y posibilidades de que está dotado el hombre. Es innegable que en el fondo de toda vida humana hay la inconsciente tendencia de hacer de su propia vida una obra de arte, por mucho que ese deseo innato en todo ser racional no pueda verse cumplido, en la mayoría de casos, por obra de las circunstancias exteriores, adversas y fatales.

Pero la misión de todo hombre es ésta: justificar su propia existencia, elevándola, dignificándola, armonizándola – la misma alma humana es una armonía- en tal forma que efectivamente nos dé la impresión de ser una obra artística. Y puesto que el arte, como excelente manifestación de la Belleza que es, no puede surgir en un mundo de miseria y de injusticia, es preciso que la sociedad humana se decida a dar a sus miembros las suficientes posibilidades para una vida libre y digna, o a capitular ante las fuerzas retardatarias que significan los desenfrenados apetitos y egoísmos de unos pocos, entonces, la única consecuencia sería la liquidación de la misma sociedad.

Los males actuales ya no pueden arreglarse con enseñanzas ni con incitaciones a seguir tal o cual conducta; los males de hoy, las nece-

sidades de hoy, las injusticias de hoy, no tienen más que un solo remedio: el ordenamiento de la sociedad por medio de la fuerza, si es preciso, para que todos sus miembros sean dignos y puedan ennoblecer la especie humana.

La cultura misma de un pueblo no es flor que brota al acaso; es una hermosa síntesis viviente de las capacidades de un pueblo, estimuladas grandemente por una vida tranquila, libre de persecución y de angustias materiales. Por esto, precisamente, las épocas históricas de mayor bonanza, de mayor riqueza, fueron las más propicias para el desarrollo de la cultura. La cultura será plena y elevará al hombre a sus más altas creaciones cuando esta sórdida lucha por la vida, con toda su secuela de bárbara injusticia, haya dejado el campo libre a una lucha más noble, la lucha por la perfección espiritual. No puede haber cultura, ¡cómo ha de haberla en un pueblo enfermo, lacerado de miserias, angustiado por el espectro del hambre, y por encima de eso, y también a causa de eso, envilecido!

Actualmente todavía la humanidad está en un campo de combate y explotación, en el cual los hombres se enseñan los dientes por la posesión de bienes materiales. Sólo una nueva y justa distribución de tales bienes puede traer la armonía entre los hombres y dilatar ante sus ojos los horizontes, hoy tan cerrados, de sus altas y serenas capacidades espirituales.

La mujer de hoy, como la de siempre, no es, ni puede ser extraña a esta lucha. También ella tiene que coadyuvar, y acaso más que el mismo hombre, porque ella ha sentido con más intensidad los efectos de la injusticia social, que ha colocado algunas veces, a muchas de ellas, al borde de una caída moral.

La mujer y el hombre de hoy despiertan a la vida con una nueva concepción de la misma; y al amar esa vida y desearla, se hacen dignos de ella, porque trae consigo la paz, la alegría espiritual que produce una existencia de la que se ha excluido el acérrimo sabor de la injusticia y de la miseria.

4. Anhelos de espiritualidad

Pero si el hombre es materia, no sólo es materia sino también espíritu. Toda la definición de lo que es espíritu es insuficiente y precaria. El espíritu escapa a todo intento de aprisionarlo en una fórmula cualquiera.

Más que definirlo, cabe intuirlo, sentirlo, vivirlo, como si realmente fuera un hábito sobrenatural que hubiese encarnado en esta pobre arcilla humana. El espíritu es luz, es claridad y armonía; es un juego exquisito y sagrado, de mil tesoros ocultos en el seno del universo; es la quinta esencia de las maravillas de la creación, transvasada en la mente y en el corazón de los hombres. El espíritu, como la chispa eléctrica, brota, surge, al conjuro de no sé qué vara mágica con la que podemos tocar el cosmos, y alumbrar y vivifica, y crea y transforma, y abriga y embellece la más áridas formas de la vida universal.

El espíritu, cual leve, alado y juguetón ser invisible, va y viene por todas partes: ilumina las noches de la historia; campea en los jardines bíblicos, cual profusa floración de belleza; se lo siente en el clarooscuro psicológico de las pasiones y tragedias, tratadas sea por Esquilo, Sófocles o Eurípides, sea por Shakespeare o Dostoiewski; a modo del viento que inflara las velas de audaz galera que surcase el ponto, es sopro divino en Homero, de cuyo genio fluyen a borboto- nes versos inmortales; y es enjambre de abejas de luz que es el pa- nal excelso de los hexámetros de Virgilio han labrado miel para to- dos siglos. El espíritu es arte de vida y ciencia de muerte en los la- bios de sócrates; centellante pentecostés, en la ideas inefables de Platón, y cincelada euritmia en los conceptos diamantinos de Aris- tóteles. Asoma el espíritu en la penumbra de la fantasía dantesca; es un sereno vuelo de águila en ilimitado horizonte, en las elucubra- ciones filosóficas de un Kant o de un Spinoza; y es armonía clara y límpida, en las creaciones de un Beethoven o de un Chopin. Palpi- ta el espíritu en esa grandiosa fantasía humana que es como un cla- mor del hombre hacia la divinidad, el Fausto de Goethe; y se ha en- fermado, se ha enfebrecido, se ha conturbado y hasta se ha enlo- quecido el espíritu en las creaciones de Federico Nietzsche; para luego aparecer tranquilo, apacible y dulce, con la suavidad de un ra- yo crepuscular, en los poemas de Enrique Heine, de Paul Verlaine, de Alfred de Musset, de Lamartine o de Espronceda. Y el espíritu es heroico en el brazo de Napoleón, como es heroico en la Sinfonía del mismo nombre, de Beethoven; y es profundo y ameno, y humano, muy humano, en la obra inmortal de Miguel de Cervantes; y es tan elástico, que lo mismo se encierra en un frágil soneto de un Baude- laire o de un Herrera y Reissig, como en la obras monumentales de Oswald Spengler o de Waldo Franck.

No hay poder más grande en la tierra que el poder del espíritu, No sólo está en las creaciones de los hombres y el los hombres mismos, sino en todas las cosas; es un eterno fluir recóndito de la esencia vi- tal del universo; es luz, color y perfume en la flor, y en el ave que canta es armonía milagrosa, para suavizar las durezas de nuestra vi- da y refrescar las arideces cotidianas que amagan con secar nuestra

vitalidad. El espíritu está también en el paisaje bañado en un claro de luz, así como en el valle umbrío y en la montaña lejana y excelsa; también está en el río que surca y en el mar agitado, se halla en la naturaleza entera, pudiendo encontrarlo hasta en la órbita de las constelaciones, cuya sincrónica marcha por el espacio abierto e ilimitado, es una solemne e imponente muestra de la grandiosidad del espíritu del mundo.

Pero el espíritu requiere también de condiciones externas para poder triunfar. No es dado a todos los hombres captarlo, albergarlo, ejercerlo, gozarlo y vivirlo, sino cuando se reúnen algunos factores cuya armoniosa unión es, justamente, la condición elemental para la vida del espíritu.

El espíritu padece también sus altas y bajas; hay épocas en las que parece dilatarse, extenderse, recrearse, agigantarse, cual si quisiese transformar al mundo, haciendo de él un brillante jardín de poesía y de felicidad humana; y hay otras épocas en que parece recortarse, angustiarse, empequeñecerse, sufrir, casi ocultarse, cual si temiese desaparecer. Y es que los hombres no siempre quieren, ni pueden entender lo que es el espíritu; por eso llegan, incluso, a perseguirlo, a combatirlo, o, cuando menos, a despreciarlo. Esta falta de comprensión de la vida espiritual, es acaso una de las causas de la desazón humana. Hoy mismo atravesamos una época de crisis del espíritu; se lo suplanta, se lo niega, se desconoce su valor, y, para mayor sarcasmo, se lo pospone, haciéndole servir a los mezquinos intereses de la sangre o del poder.

Vida espiritual es la vida profunda, y hoy la vida humana es enteramente superficial, vacía de sentido, hueca, ya amenaza con tornarse exclusivamente animal, por no decir vegetativa. Pero como reacción contra este estado de cosas, el mismo espíritu que, en definitiva, no puede perecer, ha despertado un infinito anhelo en los hombres y en los pueblos, de elevar la vida espiritual, o mejor dicho, de ahondarla, de descubrir los secretos veneros de riqueza espiritual, yacentes en el fondo del alma humana.

El espíritu no puede morir, y aunque cercado y perseguido por las asechanzas del instinto y de la fuerza, siempre resurge, eternizado el símbolo del Ave Fénix, con mayor pujanza y nuevos bríos. Solo así se explica este anhelo de espiritualidad, esta sed de vida profunda que ahora padece la humanidad, la misma que recurrió a la drástica medida de derramar su sangre hasta empapar la tierra, para reencontrar al espíritu, creyendo acaso, que es una gran verdad la enunciada por la boca del solitario Nietzsche: "Escribe con sangre, que la sangre es espíritu".

De la conjunción y del equilibrio de materia y espíritu, nace la cultura humana. Por eso es que los hombres ansían a la vez el bienestar material y su progreso espiritual, No cabe descuidar la una de estas dos aspiraciones, por atender exclusivamente a la otra. Es preciso que esta necesidad de espíritu y de vida libre y plena sea concordemente satisfecha, para que el brillante juego de las armonías espirituales corone la obra milenaria de la cultura cuya raíz está en el suelo, y que tiene por cimera el resplandor de las estrellas.

El espíritu no es patrimonio exclusivo del hombre; la mujer, y sobre todo la mujer actual, siente también una extrema ansiedad por la vida espiritual, como si el dulce aleteo le hubiese rozado su frente, hasta ahora un poco humillada por el egoísmo masculino. La mujer, tanto como el hombre, es también espíritu y vive del espíritu. Por ello lo ansía y lo reclama con igual derecho que el hombre. No puede resignarse a que su vida íntima siga siendo menos rica en tesoros espirituales que la vida íntima del hombre.

Puede ser que para algunas personas, esta ansiedad espiritual de que estoy hablando, no constituya ningún problema. Pero cuando tratamos de la vida espiritual y de la falta de espíritu que hoy se observa en el mundo, entendemos referirnos a la parte más noble de la vida individual y de la vida colectiva, sin que podamos eludir la consideración de que una sociedad desespiritualizada es una sociedad sentenciada a destrucción, lo cual constituye un gravísimo problema en todo tiempo, y más aún en el que corremos.

Un nuevo espíritu, o, mejor dicho, una reencarnación del espíritu está en trance de efectuarse. Hay signos de alumbramientos y presagios de aurora. Y, como si el espíritu tras un letargo forzado, fuese a despertar, se adivina, se vislumbra ya el brillo de un amanecer espiritual. Todo lo que actualmente sucede en el mundo hace sospechar, más aún, hace ver claramente que la alborada espiritual de una nueva era histórica se filtra ya por los envejecidos cristales de nuestra civilización.

No hay deseo humano que no tenga su sentido, su emoción y su fin. El ansia de espiritualidad hoy padecida por la humanidad, como si realmente fuese una crisis colectiva, tiene su sentido y tendrá su fin, cuando los nuevos signos del espíritu del mundo empiecen a ser leídos, descifrados y entendidos por los hombres y por las mujeres de hoy, que son los llamados a experimentar en primer término, en sí mismos, esta reencarnación del espíritu.

Un mundo sin espíritu no puede vivir. Por tanto, cumplamos nuestra faena haciendo lo posible para que esta vida espiritual surja con tal intensidad que sea capaz de transformar el mundo y de reformar la sociedad humana, demasiado sujeta hasta ahora a las leyes de la fuerza y del instinto, haciendo de ella una sociedad de hombres guiados hacia una sola meta, el bienestar de todos, y con una sola gran emoción, la emoción de la espiritualidad.

Con sobrada razón un filósofo dijo ya: *"Lo que en último término importa es el espíritu"*.

Parte Segunda

- A. *Mujeres bíblicas que, en sus respectivas épocas, encarnaron la capacidad creadora y regeneradora de su pueblo.*
- 1.- *Antes de Jesu-Cristo*
 - 2.- *Era de Cristo*
- B. *Breve estudio de la Sulamita y de Elena, en cuanto protofiguras femeninas, sujetos de la literatura, precedido de ligeras apuntes sobre arte y estética.*
- C. *Síntesis de traducción directa del texto griego al castellano, de las tragedias "Las Euménides", de Esquilo, "Antígona", de Sófocles.*
-

A. Mujeres bíblicas que, en sus respectivas épocas, encarnaron la capacidad creadora y regeneradora de su pueblo.

1.- Antes de Jesu-Cristo

En su largo proceso de desenvolvimiento, las culturas crecen y se hunden, el espíritu surge y declina, las sociedades se elevan y decaen, el cosmos crea y recrea. El hombre mismo experimenta la sucesión de los continuos cambios, a través de los cuales va mejorando su contenido espiritual y el mundo todo va enriqueciendo su patrimonio cultural.

Sin embargo, hay algo que siempre permanece, que siempre queda, como una eterna posibilidad humana, y ese algo es la capacidad creadora y regeneradora de la humanidad; facultad esencialmente femenina, por lo que se puede decir que es un rasgo de mujer, y que es la contribución de ella al equilibrio del cosmos. Esta capacidad creadora es la parte femenina de la creación que se renueva sin ce-

sar, como para enseñar que en tanto el hálito divino va y viene, sopla y se extingue, se insufla y se evapora, la gran matriz de energía universal, ilimitadamente fecunda, se encuentra siempre lista para toda nueva fecundación espiritual.

Los pueblos orientales de la antigüedad, según vemos en los documentos que nos han dejado, parece que tenían hondamente arraigada esta idea de que la mujer, lo femenino, está más próximo al elemento cósmico. Si no, ¿cómo entenderíamos aquello de que Adám, inmediatamente después de haber sido él, increpado por el Señor, y la tierra maldita, por su causa, y condenado a grandes fatigas, hasta que vuelva al polvo de que había sido formado, a pesar de eso, o quizá por eso mismo, puso a su mujer el nombre de EVA, que significa Vida?.

SARA Y AGAR

Mil novecientos veintiún años antes de Jesu-Cristo se incorpora la historia del pueblo hebreo a la de los demás pueblos orientales.

El célebre Hammurabi gobernaba Babilonia poco después de que el patriarca Abraham había emigrado del país de Ur hacia Egipto, de donde volvió a la tierra de Canaan con esclavos y esclavas, y ovejas y bueyes, y asnos, y camellos.

El gran organizador del pueblo hebreo engendra entonces dos distintos linajes de hombres, dos pueblos que se pondrán frente a frente. Y son dos mujeres las que tienen en sí toda la fuerza del destino histórico de esos pueblos: Sara y Agar. Isaac, tronco de Israel, nace de Sara, mujer de Abraham; Ismael, tronco de la raza árabe, es hijo de Agar, la esclava egipcia del patriarca.

REBECA

Fue Rebeca una hermosísima doncella de Mesopotamia, dotada de la más fina facultad creadora, en gracia de la cual, se adelantó a realizar todo aquello que en plan de condición para elegir con acierto a la mujer con la que había de desposarse su amo Isaac, había pensado el fiel mayordomo enviado por Abraham a buscar la mujer en cuyas entrañas -él lo sabía- tenía que empezar a multiplicarse su descendencia "como las estrellas del cielo y las arenas del mar".

Rebeca albergó en su seno dos naciones, al mismo tiempo. Dos pueblos, de los cuales, el uno sojuzgó al otro.

LIA Y RAQUEL

Las más importantes tribus de Israel salieron de estas dos esposas de Jacob, símbolo de fecundidad la una, de belleza y amor la otra.

JOCABED

Esta mujer encarnó la más grande fuerza regeneradora de toda una nación sumida en esclavitud y oprobio. Al encerrar a su hijo tierno en una cestilla de juncos que la dejó como enredada entre los carrizales del Nilo, sabiendo que la misma hija del Faraón iría a bañarse en el río, Jocabed no actuó simplemente como madre del niño Moisés, sino con un inmenso poder femenino liberador y protector, no solo del que había nacido de ella con capacidad para entender la voz de la zarza ardiente y para hablar palabras que descenderían sobre la tierra "como rocío, como menuda lluvia sobre la yerba, como llovizna sobre las dehesas", sino del pueblo todo de Israel, al que, según el mismo Moisés lo declaró en forma de cántico, al morir "El señor hízole dueño de una tierra superior y excelente para que cquiera de los frutos de los campos, para que chupara la miel que se hace en las concavidades de las peñas, y gustara el rico aceite de los olivos que se crían entre las mas duras rocas".

RAHAB

Dos exploradores de Israel llegaron a Jericó y entraron en la casa de Rahab, mujer cuya vida no era austera, ni mucho menos; sin embargo, tenía altamente afinada la facultad- muy femenina, ciertamente- para captar una onda cósmica, pues, con nitidez captó Rahab aquella honda que vibraba anunciando que la tierra que pisaren los hijos de Israel sería avasallada. Por eso, cual si estuviese viendo, habló a los hombres enviados por Josué, de la inminente entrada de Israel en Jerico, y les habló del señor Dios de ellos en forma reberente y grandiosa. Además, se prestó a esconderles en su casa, a quienes, en nombre del rey de Jerico, fueron advertirle que esos dos hombres eran espías les aseguro que ya habían salido, sin que ellas supiese quienes eran ni a donde iban.

El nombre de Rahab grabaron los hijos de Israel entre los mas excelsos de sus mujeres.

DEBORA Y JAHHEL

Aunque mucho va de la relevante figura de Débora a la de Jahel, hay que ponerlas juntas porque en la guerra que sostuvo Israel contra los cananeos, cuyo jefe era Sisara, actuaron Débora y Jahel.

Débora poseía el don profético y una alma valerosísima, por eso los jueces que regían a Israel acudían a ella diariamente. Tenía Débora su asiento debajo de una palmera, en el monte de Efraím. Acompañó a Barac, que era juez de Israel, en la batalla contra Sisara y sus ejércitos. Los derrotaron. Cuando ya huía perseguido Sisara, le alojó en su tienda Jahel, y, apenas se durmió rendido de fatiga le atravesó las sienes con una estaca de su pabellón.

Débora inmortalizó esta victoria en un bellissimo canto que es uno de los mas antiguos y valiosos monumentos de la literatura hebrea. En ese canto, Débora bendice a Jahel por su acción.

RUTH

Esta mujer es admirable por que, a pesar de haber quedado viuda joven y hermosa, y de estar en condiciones de regresar a al casa de sus padres para vivir entre comodidades y atenciones, no vacila en emigrar con su suegra Noemí, a al tierra de esta, resuelta a arrosstrar la pobreza mas espantosa que había de llevarla hasta la humillación: doblar su talla, inclinar su frente para ir detrás de los segadores de una heredad ajena, recogiendo espigas después de haber solicitado un permiso al mancebo mayoral de los segadores, haciendo valer ante el todos tres derechos que la ley concedía para ello: viudez, extranjería, suma pobreza.

Ruth, al dejar su patria, su Dios, su hogar, para ir haciendo compañía a su suegra anciana e indigente; Ruth, al formular ante Noemí esta triple renuncia que es todo un poema henchido de fuerza y belleza: "No me instes mas sobre que te deje y me vaya, porque adonde quiera que tu fueras, allá iré yo, donde tu morares, allí morare yo. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios...", no estaba dejándose doblegar por un mero sentimiento de cariño o de lastima hacia Noemí ni siquiera obraba al influjo del recuerdo de su marido recién muerto; era que oía interiormente la voz irresistible del sino de una estirpe real, la poderosa llamada del futuro "la mujer es futuro"-. Era que Ruth seguía con docilidad, cual convenía a una mujer de su altísima capacidad creadora, la voz de una raza que le pedía a gritos el aporte de su sangre al caudal de la que había de nutrir a un rey profeta y a un Dios.

A propósito no puedo dejar de referirme al poema grandiosamente bello, compuesto en decasílabos por Víctor Hugo, y que titula "Booz endormi". Pues, los cuartetos noveno y décimo de la citada composición dicen:

*Comme dormait Jacob, comme dormait Judith,
Bozz, les yeux fermés, gisait sous la feuillée;*

*Or, la port du ciel s'étant entre-baillée
Au-dessus de sa tete, un songe en descendit.
Et ce songe était tel, que Bozz vit un chene
Qui, sorti de son ventre, allait jusqu'au ciel bleu;
Une race y montait comme une longue chaine;
Un roi chantai en bas, en haut mouraint un Dieu.*

Yo me he permitido verterlos al castellano así:

*Bajo el follaje Booz durmió tendido,
A usanza de Jacob y de Judith;
Vino un sueño del cielo descendido
Entreabriendo la puerta del cenit.*

*Enraizado en su vientre, vio Booz
Un roble que iba al cielo, en él trepaba
Una raza, y abajo un rey cantaba,
mientras en lo alto vio morir a un Dios.*

*Lo mismo, cuando cuándo Ruth fue dócil a los consejos
Que le dio Noemí, respecto de cómo había de comportarse
Con Bozz, obedecía, más que a las palabras de su
suegra, a la voz del inmortal destino que la urgía.*

ABIGAIL

Hermosa en extremo, prudentísima, y tan hábil y discreta en el hablar, como que pudo contener la ira del Rey David que iba con ímpetu exterminador contra Nabal, marido de Abigail, y toda la gente de ese hombre que era el reverso de su mujer: necio, duro, perverso y malicioso, y que había ofendido gravemente a David.

A poco de este suceso, quedó viuda Abigail y David la buscó para esposa suya.

Abigail ha pasado a la posteridad como modelo de prudencia.

BETHSABE

El Rey David ya había logrado consolidar su poder y extender su dominio, no solo en Canaan, sino hasta el Mar Rojo y el Eufrates. Eran sus aliados los reyes de los estados arameos del norte de Siria y de la misma Babilonia; el Rey de Tiro, ciudad Fenicia, emporio del Mediterráneo y otros mas.

Contrató a Shamsa, escriba Babilónico, para mantener con prestigio la correspondencia diplomática. En su grande obra de estadista le ayudaban eminentes Generales como Jacob y el General Hetitas Urias.

Los únicos que entonces molestaban a David eran los Ammonitas. No vacilo, pues, en ordenar el sitio de Rabat, la ciudad capital Ammonita. Joab y Urias fueron a dirigir la batalla.

Urias estaba casado con una mujer de sorprendente belleza, cuyo nombre era Bethsabé.

Bethsabé impresionó profundamente a David, porque el espíritu de dicha mujer poseía la fuerza del sino y del tiempo, en grado mucho mayor que aquel en que pudieron haberla tenido las otras esposas de David, y que, por tanto, ninguna de ellas le había dado aun el hijo continuador de su sangre. Un milenio faltaba, justamente para que floreciese esa raíz de Jesé.

El rey vio que tenia que elevar a esposa suya a Bethsabé, envió, pues, una carta a Joab, en la que ordenaba que colocase a Urias en lo mas recio del combate.

Bethsabé fue la madre de Salomón.

JUDITH

Judith es el arquetipo de mujer en quien encarna la suprema posibilidad de salvación de un pueblo, bajo inminencia de destrucción y de muerte. Esta mujer reúne en sí las cualidades necesarias para adquirir el poder de contrarrestar los peligros que acosan a toda una nación: Judith es vir-tuosa, esforzada, valerosa y de profunda vida interior.

Cuando el pueblo de Israel, perseguido por Holofernes, general de Nabucodonosor, rey de los asirios, se encontró en la ciudad de Bet-hulia que, de modo natural, estaba fortificada por escarpados montes y collados, pero que, por eso mismo, Holofernes la sitió, cortándole todo surtidor de agua, y cuando ese pueblo de Israel estuvo a punto de rendirsele salió de su recogimiento la viuda de Manassés, para que "Aquel asirio que vino de los montes, por el lado del Aquilón, secando los arroyos y cubriendo los valles con su caballería, no fuese derribarlo por jóvenes guerreros ni por Titanes, sino por Judith, hija de Merari, quien le corto la cabeza con su alfanje".

El cántico que esta mujer admirable compuso en acción de gracias por la victoria, es un salmo de alto valor estético.

ESTHER

Después de que Ciro había dado la libertad a la nación Judía para que, de Babilonia, pudiera regresar a Jerusalén y reedificar su Templo, cumpliendo así lo que de él tenía dicho doscientos cincuenta años antes el gran Isaías, y también después de que Darío, Hijo de Histapes(1), había cumplido fielmente lo predicho por Ageo y Sacarías, era rey de los Persas Asuero(2), quien repudio a la reina Vast-

(1) Histapes y Darío fueron influidos poderosamente por las nuevas ideas religiosas y las éticas de Zaratustra, quien, sin ser Persa, combatió y transformó la fe vedica y los burdos ritos y costumbres religiosos de los Persas.

(2) Asuero, forma hebraica del nombre Jerjes o Atejerjes.

hi, para hacerla esposa suya a Esther, doncella Judía, "que era de extremada hermosura e increíble belleza".

Y fue Esther quien hizo revocar al terrible Asuero el decreto de exterminio del pueblo Judío, "escrito en cien lenguas y alfabetos, para que sea obedecido, desde la India hasta la Etiopía".

También esta vez es una mujer en quien reside y por quien obra el sino de una raza, que a través del tiempo y del espacio, iba desenvolviéndose sin perder su dirección, aunque muchas veces la torcía y equivocaba, pero siempre tenía la retentiva y la fuerza necesarias para enderezarla y enmendarla.

Desde el año ochocientos antes de Jesu-Cristo comienza un nuevo espíritu a agitar el mundo. Hay anuncios de que va aproximándose una nueva fecundación espiritual, más rica, más profunda, más duradera.

Las religiones proféticas que, según Spengler, "aparecieron con grandiosa interioridad", se inician con Amós y con Oseas, ochocientos años antes de Jesu-Cristo; en setecientos ochenta y cuatro aparece el enorme Isaias, en cuyo tiempo se verifican grandes sucesos en el mundo, como la primera Olimpiada de los Griegos en 776, la fundación de Roma en 753, cuyo destino estaba encerrado en las profecías de la Sibila de Cumas, y el no menos, para nosotros, importante acontecimiento, el primer viaje de los fenicios a España. En 629 vive Jeremías y es su contemporáneo Zaratustra, con quien, por otro lado, hay muchas probabilidades de que se relacionó el filósofo y matemático Pitágoras, uno de los siete sabios de Grecia, cuando andaba recorriendo Egipto, Palestina, Fenicia, y, por fin Babilonia, que fue donde conoció a Zaratustra. Seiscientos dos años antes de Jesu-Cristo, apareció Daniel, instruido, desde muy jovencito, en lengua y ciencia de los caldeos, y cuya primera manifestación como profeta fue la defensa de la inocencia de Susana. Ezequiel es de 599.

PITONISAS Y SIBILAS

La mujer que " es futuro " , fue oráculo en las pitonisas y sibilas. Había , sin embargo, entre ellas, la diferencia de que el momento de inspiración no le venía a la sibila como un don gratuito de Apolo, sino que el Dios la inflamaba cuando ella quería. Las sibilas daban las respuestas por si mismas, sin necesidad de que el sacerdote las interpretara o arreglara. Muchas de ellas escribían sus vaticinios en hojas de palmera.

La pitonisa, en cambio, era más bien una medium: entraba en una especie de delirio, sufría convulsiones violentas y espantosas, decía palabras incoherentes, frases oscuras, sin orden ni conexión , todo lo cual interpretaba el sacerdote.

Unas y otras estaban relacionadas con el culto de Apolo.

La pitonisa de Delfos y la sibila Herofilea son las más antiguas. Aunque los troyanos, mucho antes, tuvieron a Casandra, la más hermosa, amable y pura de las hijas de Príamo y de Hécula, a quien Apolo había concedido el don de profecía. Casandra predijo la destrucción de Troya y la muerte de Agamenón y de Coroibos. Sus profecías se cumplieron: se arruino Troya; Agamenón, rey de Micenas y de Argos , hijo de Atreo y hermano de Menelao, fue muerto por Clitemnestra, su mujer; Coroibos pereció en el combate. El último día de Troya, Casandra se refugio en el templo de Palas Atenea, porque Ajax de Telamón , rey de Salamina, el que a todos sobrepasaba de los hombros arriba , y en apostura y valor era solo inferior a Aquiles, la perseguía para violarla.

La sibila de Eritrea, cuyos libros guardaba Roma, gracias a Tarquino el Soberbio que los compró a la misma sibila, predijo, entre otras cosas, el nacimiento de Cristo.

La Sibila de Cumas, Deífobe, hija de Glauco, obtuvo de Apolo la gracia de vivir tantos años cuantos granos de arena había encerrado

en un puñado. ¿Gracia...?, quién sabe si lo fue: olvidó pedir la frescura de la juventud.

A Deífobe se refiere Virgilio en el libro VI de la Eneida, cuando Eneas llega al puerto de Cumas y sube hacia los antros inmensos y tenebrosos de la roca eubea, a buscar a la temible sibila quien le vaticinará lo que va a sucederle en Italia.

Eneas designa a Acáteas, su fiel amigo y compañero de aventuras, para que vaya a dar aviso a la sibila de que se le esperaba para oír su voz profética. Mientras tanto, Eneas y los demás troyanos se entregan a la contemplación del panorama que tienen ante los ojos: frente a frente se levanta sobre el mar la tierra de Creta, allí, Pasifae, ardiendo en abominable amor, tuvo mixto engendro, prole biforme en Minotauro. Allí, el laberinto y el ingenioso artífice de sus inextricables vueltas. Allí, Dédalo mismo conmovido ante el violento amor de Ariadna por Teseo, desenreda las trampas y los mil circuitos de la misteriosa morada, guiando con un hilo los vacilantes pasos de Teseo.

Quien sabe hasta cuándo habrían estado Eneas y sus hombres recorriendo con los ojos todas esas maravillas, si Acátes no hubiese llegado ya con la sibila, quien les dice:

" Non hoc ista sibi tempus spectacula poscit.

Nunc grege de intacto septem maotare juvencos Praestiterit,
totidem lectas de more bidentis".

No es tiempo de embelesarse ante espectáculos, por admirables que sean; lo que urge es inmoral, según los ritos, siete toros jóvenes que aun no hayan soportado el yugo, y otras tantas ovejas escogidas.

Inmediatamente, los troyanos ejecutan las ordenes sagradas, y las siguen al interior de su templo, donde ella les llama. Es un antro inmenso tajado en un lado de la roca eubea, hacia el cual conducen

cien largos caminos, y cuyas puertas ciento son también, por donde sale, en cien voces, retumbante la respuesta de la sibila.

Cuando llegan al lumbral, la virgen exclama: " poseeré fata Tempus, ait: deus , ecce deus".

¡Ya, ya es hora de consultar tus hados: el dios viene, he aquí al dios!.

Al pronunciar estas palabras, la sibila se transforma:

Ante fores, subito non vultus, non color unus,
non comtae mansere comae;
sed pectus anhelum,
Et rabie fera corda tument ; majorque videri,
Nec mortale sonans,
adflata est numine quando jam propiere dei.

Su talla se ha agigantado, su cabellera esta revuelta, cambia de color, el cuello se le ha congestionado, tiene el pecho palpitante, nada hay de humano en su voz, porque el furor del númen agita su seno.

La traducción del señor Miguel Antonio Caro es esta:

*Esto la virgen pronunció en la entrada de la inmensa caverna:
en ese instante Tartamudea, la color mudada,
Crespo el cabello, atónito el semblante:
Enfurecida, aérea, agigantada,
Hínchole el dios el seno jadeante,
Y ya llena el númen soberano,
Vibró puro su acento aún más que humano.*

También hubo otras de menor importancia, como la sibila tiburtina, la sibila Fyto de Samos, la Sibila de colofón, la de Efeso, etc.

2) Era de Cristo

Era el año 749 de la fundación de Roma, y 450 de las semanas de Daniel. Cumplidos los cuarenta días del parto, María fue a presentar a su hijo en el templo de Jerusalén.

Después de treinta años, Jesu-Cristo recorre todo el territorio de Palestina, predicando la doctrina de la más grandiosa y excelsa de las religiones mágicas.

Durante los tres años que dura la misión de quien " es el camino, la verdad y la vida" ,y como para simbolizar las virtudes que han menester los hombres que abracen la religión del Mesías, salen a su paso, frecuentemente unas mujeres que quieren hablar con el, e impetrar sus gracias o su perdón.

Esa religión que se inicia con parábolas y que tiene por base el amor, esa religión que es para espíritus constantemente despiertos y para esforzados , no tiene por menos que recurrir a la mujer –pe-

cadora y todo, las más veces --, para que sea el prototipo de una humanidad que aspira a su regeneración y a la perfección y elevación del espíritu. Fortaleza, constancia, amor, fe y confianza son las cualidades características que deben animar al hombre que después de echada la simiente, vendrá en pos del grano henchido de nutritiva esencia y fortaleza, constancia, amor, fe y confianza en grado máximo, encarnan la Viuda de Naím, la Cananea, la Hija de Jairo, la Mujer Adultera, la Samaritana, María Magdalena, y hasta la anónima mujer que padecía de un flujo de sangre.

MARIA MADRE DE JESÚS

La figura femenina engendrada en la mente del Eterno, ab aeterno, y presentada ante el hombre caído, como una esperanza; y ante lucifer, como una amenaza, ya había aparecido.

El poder femenino creador, liberador y regenerador que encarna María y reside en ella en plenitud de fuerza y de gracia constante e infinita, que el torrente de luz que la baña y el halo virginal de pureza que la circunda, todo esto colocado frente a frente de las fuerzas del averno, ha hecho que éstas rugientes, crepitantes, sean encadenadas y hundidas. El mismo príncipe de las tinieblas – serpiente en el paraíso— ya tiene quebrantada la cabeza por un calcañar de mujer.

Esto entendió perfectamente la humanidad occidental, mil años después de fundada religión de Jesús. ¿Cómo no había de entenderlo, si el alma del hombre gótico era una flecha lanzada al infinito? Flecha lanzada al infinito, sí: que tuvo que construir catedrales con bóvedas de crucería, con torres terminadas en agujas, con ventanas ojivales –estilización de manos juntas para orar--. Y el alma medieval, para consolarse a sí misma porque estaba sobrecogida de temor al Justo Juez, y de miedo al demonio, para iluminar la sombría majestad de la nave inmensa, una y otra poblada de los ecos tremendos del sublime *Diez irae*, tenía que crear imágenes de la madre de Dios, y orarlas con joyas estelares y rodearlas de escudrones arcangélicos y luego cantarle el *ave María* y el *Tota Pulchra*.

B. El breve estudio de la Sulamita y de Elena, en cuanto protofiguras femeninas, sujetos de la literatura, precedido de ligeras apuntes sobre arte y estética.

Mucho se habla de arte, y casi siempre, sin concebirlo como es, sin saber a punto fijo que significa, ni cual es su faena.

Una de las definiciones de arte puede ser esta: Arte es el procedimiento mediante el cual se hace resaltar los aspectos estéticos existentes en las cosas de nuestro mundo circundante, o de lo existente, en nuestro universo cognoscitivo y afectivo, para que en estos aspectos pueda acampar la belleza.

Obra de arte será aquella que, en un orden determinado de las cosas, haga resaltar los aspectos de unidad, decían los griegos. En la época moderna, no es ya precisamente solo la unidad la que sirve para revelar la belleza, ahora intervienen otros muchos aspectos.

Ahora bien, la consecuencia es que en las diferentes épocas del pensamiento humano se ha preferido distintos elementos para que en ellos acampe la belleza. Es la rebelión o revolución artística o estética.

Se presentan dificultades, naturalmente, por ejemplo, hay generaciones que solo son demoledoras de las antiguas ideas, sin tener nuevas en que construir la belleza, entonces las generaciones posteriores vienen ya con la obligación de desempeñar esta labor. Así mismo, suele presentarse la dificultad de encontrar aspectos para la belleza, en ciertos ordenes, como el de las ciencias, y aún esa dificultad es mayor para algunos hombres que para otros. Sabido es, por ejemplo, que en las matemáticas francesas las demostraciones tienen más belleza que la que pueden tener las demostraciones hechas por matemáticas alemanas. De tal manera que sí puede haber una cierta belleza y elegancia aún en las demostraciones (distinta agrupación de los axiomas indispensables¹¹).

Los fundamentos requeridos para que aparezca la belleza varía muchísimo. Ya sería, por ejemplo, "la cena" de Vinci; ya, un cuadro de Picasso; lo mismo, un tema de Bach; un fox; un drama francés del siglo XVII, o un drama de Ibsen.

La faena del arte es transformar, deformar, o, si se quiere, reformar la realidad. De allí que la acción típica de la obra artística consiste en des-entificar.

No hay que quedarse en el ser inferior, ni tampoco hay que alcanzar el orden superior de seres, porque resultaría la radicación en algún orden óntico, y el arte no consiste en esto. Pero estas cosas que saltan o resaltan son imprevistas, y de ahí que no se puede prever la forma en que se ha de dar el salto entre dos órdenes diferentes de seres. Para saber que aspectos del ser han servido de trampolín a la belleza, detengámonos un momento a estudiar en particular la belleza musical y poética. En la música y en la poesía se trata de poner lo mas lejos las ideas reales, hablar de ellas por pura alusión.

Guardar la distancia del objeto a que se alude, e ahí la función de la poesía. De la cosa, presentar apenas lo suficiente para que se reconozca. Es una huída de lo real, no decir nada en concreto y algo en absoluto.

El tipo de hablar de las cosas por alusión es la poesía, mientras que en la música no se habla de ninguna cosa ni idea. Los estratos de la palabra hablada son tres: 1) el estrato de la palabra dormida; 2) el de la palabra versificada, y 3) el de la música pura. Es una desvinculación sucesiva de las cosas e ideas reales. Aquí vemos que es la metáfora: hablar de una cosa a través de otra, alejarse de la primera. Esto, por ejemplo, es imposible en la ciencia, que es donde no se puede hablar de las cosas por alusión, sino lo mas explícitamente posible.

El tipo de las teorías versificadas, es decir, no muy alejadas todavía, es la teoría de Hesíodo, así como también la Epístola de Horacio a los Pisones.

En la palabra poética tenemos cuatro aspectos: 1) compás; 2) ritmo; 3) palabra (correspondiente); 4) idea.

En el ejemplo que va a continuación tomado de Homero, las palabras ya tienen una cierta música. Posteriormente, se ha desvinculado a la música de la poesía, dándole notas musicales envés de palabras.

Así es que tenemos en cada idioma un acento especial, y en cada autor también, un especial acento. En el primer verso de la odisea que viene como ejemplo, podemos notar la música especial de la Grecia Homérica:

Ἄνδρα μοι ἔννεπε, Μοῦσα πολύτροπον, ὅς μάλα πολλὰ
ἔζημινα: — υυ | — υυ | — υυ | — υυ | — υυ | —

Hay pues palabras que si están sometidas a las condiciones de ritmo, compás y melodía, hallarlas es una suerte dichosa o un regalo de los dioses, dice la Mallarmé. Uno de los recursos para que estas palabras resulten combinadas con ritmo, compás y armonía, es la inversión del orden lógico de ellas, y del orden gramatical, entonces, viene el hiperbatón.

Los tipos de arte no son clasificables; lo único que se puede hacer es un historia de las ideas y de las formas con que los artistas han tratado de evadirse de un orden de seres, sin caer en otro orden superior de seres. Es la imprevisibilidad en el arte, el cambio constante de dirección en las ideas artísticas.

La griega no es otra cosa que creación, invención de estos modos de evasión. Se puede hacer infinidad de cosas; no es como en las ciencias. Todas las maneras que se tenga de evadirse de lo natural son maneras de creación artística. Sin embargo, esta libertad en las maneras de creación artística no es absoluta.

Hay una legalidad en la creación, no se puede inventar a uno como le de la gana .



La estética, para Platón, ocupa un lugar más elevado que la metafísica; pero bajo la moral. Dice que la belleza es como un aperitivo que insita a pasar por todas las cosas en carrera ascensional. No permite detenerse: empuja, impele, eleva. Oficio de la belleza es poner en conexión todas las cosas.

La potencia que percibe la belleza se llama amor.

En el diálogo "Filebo", encontramos la siguiente gradación a escala de aspectos trascendentes:

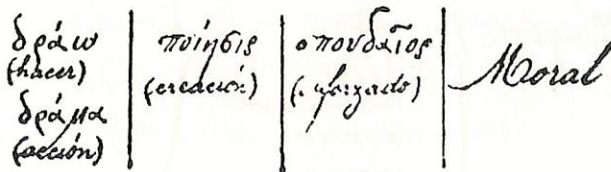
- 1) Μέτρον, καίριον (Medida de la oportunidad, norma temporal)
- 2) Τέλειον, καλόν, ἰκκνόν (Lo que conduce al fin, lo bello, lo armonioso)
- 3) Νοῦς, φρόνησις (Entendimiento, estimación)
- 4) Ἐπιστήμη, τέχνη, ὄρις, δίξις (Conocimiento, arte como técnica; recta acción)
- 5) Ἡδονή (Placer, delicia)

Finalmente, la belleza en si misma no es cognoscible con ninguna de las facultades ordinarias del hombre, sino que es preciso que se llegue a un estado de éxtasis, comparable al éxtasis místico de los religiosos. Hay que llegar al orden último que es, el éxtasis que es un salir fuera de si. Y el éxtasis es un hecho imprevisible. No hay, pues, ninguna garantía de que, una vez reconstruida la unidad de las bellezas particulares, una vez verificado el ascenso, se presente la belleza en si misma, no. Es una aparición repentina, sin preparación, sin cálculo anterior, lo mismo que los fenómenos del éxtasis místico. Está más allá de los medios humanos. Nunca hay la seguridad de que aparezca la belleza absoluta. Esta visión es, pues, transc científica e irrazonable. Es una aparición por medio de la introversión.

Platón pues, vivía en un universo centrado en la belleza, vivía desde y para la belleza, como los religiosos místicos viven desde y para Dios.



Existe una subordinación estética que viene desde Platón, válida para toda la poesía en general, y es la siguiente:



Para poder crear se necesita ser esforzado; el apocado, el vil, no puede ser virtuoso. El que es valiente será virtuoso y siéndolo, será creador.

Aristóteles habla también de la imitación. La imitación real, de por sí, no es ningún arte.

Pero es que Aristóteles aduce los casos de Homero y de las tragedias. El tipo de esforzados, sujetos de la poesía de Homero, es imitado por él con palabras, lo canta.

Es menester huir de los tipos demasiado reales, haciendo aparecer en otra materia que no es suya, las acciones que se trata de imitar.

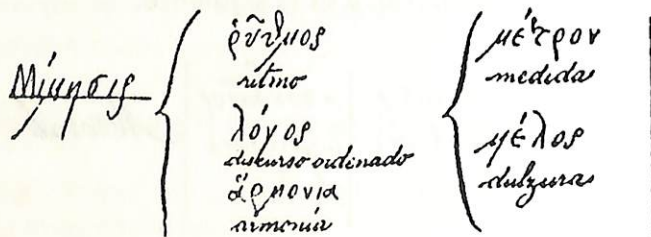
En esta forma, la imitación es un desligamiento de la materia propiamente humana. Pero no solo se puede imitar con la palabra, sino también con el ritmo –baile, danza, música–.

Si se puede imitar también, encarnada en los instrumentos de cuerda –cítara- y en los instrumentos de viento –flauta–.

En todos estos elementos citados hay que hacer aparecer las cosas, hay que hacer nacer las cosas que no son propias de esta materia.

En la que tenemos concretado lo siguiente: alguien imita algo. Este alguien debe ser un valiente que imite escenas esforzadas: surge la epopeya. Pero si un vil imita acciones viles o ridículas, surgirá la comedia.

Entonces, hay medios, según Aristóteles, para hacer que la imitación sea artística, esos medios son:



Homero, por ejemplo, llenó todas estas condiciones en su *Iliada* y otros poemas.

Ahora bien, importa saber qué se entiende por. Aristóteles no lo describió, y si lo ha descrito, no se ha transmitido esa parte de su obra.

La última exigencia que pone Aristóteles es que la belleza quede sometida a la moral, lo mismo que es Platón, ya lo vimos.

En Aristóteles, hay también un programa de educación artística.



Cuatro siglos después, Dionisio Areopagita modifica el concepto de belleza valiéndose de una explicación filológica:..... . (La belleza es una voz que nos llama hacia lo trascendente). Es falsa, pero bonita, con alguna gracia ideológica. Y es que, si fuese una mera llamada, no sería ahora intrascendente, es decir, no podría ir más allá de las ideas.



Plotino trata de la belleza en la primera y en la quinta de sus *Eneadas*.

Presenta cuatro estadios ascendentes: 1) Estadio óntico; 2) Estadio fenomenológico; 3) vivencial; 4) trascendente.

La función de la belleza es (conducir hacia la unidad absoluta).

Toda la jerarquía de los valores debe ser unificada para conducirla hacia el valor absoluto. El absoluto es lo uno, para Plotino, por eso, ha de desaparecer el orden de las ideas y consiguientemente tendremos que la belleza realiza una función unitiva.



Santo Tomás no tiene ningún tratado particular sobre la belleza. En la Summa, dice que son tres las condiciones para que aparezca la belleza: 1) integridad; 2) proporción; 3) claridad, resplandor. Traspone esta teoría a los valores internos. La pone en relación con el ser y con la Segunda Persona de la Sma. Trinidad.

El doctor de Aquino da esta definición:

Pulchrum est quod visum placet
Pulchrum est apprehensio cum delectatione.

Lo bello es bello cuando proporciona una aprehensión que da placer.

Todo ser que ha llegado al ápice de su desarrollo es bello, porque es uno y porque es bueno.

El placer o delectación estética es quietud, es un sentimiento de reposo.

Leibnitz y Baumgarten, filósofos anteriores a Kant, no atribuyen ninguna categoría especial al conocimiento estético, como lo hace Kant, sino que lo incluyen en el conocimiento científico general.



Que es lo bello preocupaba antiguamente.

Como se conoce lo bello comenzó a preocupar desde Kant.

Si no proviene lo bello de ningún tipo de ser, es claro que proviene de una cierta facultad humana, propia para conocer lo bello.

Kant presenta dos dominios, dos imperios distintos: El de la razón pura, y el de la razón práctica, entre estos, a modo de puente, está colocada la región del juicio, o sea la teoría de la belleza.

Kant trata de la teoría de la belleza precisamente con su obra "Crítica del Juicio". Este dominio estético constituye un dominio irresoluble y transitorio. El dominio de la razón pura es el ser; el dominio de la razón práctica es el debe ser.

Cuando las cosas se saltan de la razón pura, aparece la belleza; cuando resbalan y escápanse de la razón práctica, aparece lo sublime que está en contacto con lo Absoluto. La belleza está por encima de todas las ciencias, pero debajo de la moral, -En gracia de la semejanza, ninguna dificultad cuesta recordar aquí las consideraciones de Platón sobre la belleza - . Y esas consideraciones se mantuvieron en pie y en apogeo, hasta Kant; recientemente mente, en nuestros días, asoma la teoría, arte por el arte, desconectado de la moral.

Hay un conjunto de fenómenos que son subsumidos por el entendimiento, dice Kant; hay otro que no puede ser subsumido por el entendimiento, y ése es el de los fenómenos vitales y de arte, agrega.

En el arte siempre hay una buena parte de fenómenos vitales que no pueden ser tratados a base del entendimiento nada más. Se trata de aspectos finalistas, y por eso es contemplado el arte en la misma obra del juicio estético y del juicio teleológico o finalista. Estos juicios requieren durante un cierto tiempo un tratado idéntico. Un largo trecho marchan unidos el arte y la vida. En cambio, entre arte y vida por un lado, y ciencia por otro, la distinción es marcada desde el principio. El arte es el puente que relaciona, en cierta forma, estas dos regiones.

Según Kant, todo sentimiento auténticamente estético es desinteresado. Todos los placeres consisten en un interés, mas, los deleites estéticos, en manera alguna. Son objetos meramente, sensibles los que penetran directamente al sentimiento, sin pasar por las categorías y la Razón Pura, pero cuya existencia nos interesa, pues estos objetos no son estéticos y la reacción que producen tampoco

es estética. En el otro extremo tenemos las ideas morales, que en rigor, tampoco son estéticas, porque constituyen el dominio del deber ser, no de lo que necesariamente es, de lo que tiene que ser irremediamente. En cambio, son objetos estéticos aquellos cuya existencia no nos interesa, en el estricto sentido de este término: interés inter.-esse (existir en la existencia del objeto).



Como acabamos de ver, los conceptos estéticos varían, se modifican, cambian; pero el artista, instrumento como si dijéramos de los poderes artísticos ocultos, lindantes con las potencias sobrenaturales –divinas o demoníacas- que siempre están animando a toda sociedad, por poco culta que sea, nunca deja de encontrar aspectos estéticos para que en ellos haga su aparición de la belleza.

Cada pueblo tiene una especial manera de vivir, lo cual engendra una propia interpretación de la vida y una típica, pudiendo existir similitudes y coincidencias entre algunos, y también particularidades, pues todo eso es la que contribuye a que el fenómeno artístico, dentro de cada sociedad, tenga relieves, y contornos interesantes, y que merezca especial atención de parte de los investigadores.

Si todas las manifestaciones artísticas expresan más o menos fielmente un concepto de belleza connatural en el hombre, ninguna, sin embargo, puede superar, en este sentido, como la palabra hablada o escrita, puesto que el lenguaje es el supremo don del hombre, por tanto, la literatura ha ocupado siempre un lugar preeminente, dentro del curso de los pueblos.

Y existen obras maestras de literatura, que en virtud de la inmensa belleza latente en su fondo y en su forma, son siempre antiguas y siempre nuevas. Unas cuatro de ellas vamos a ver, aunque sea brevísimamente.

LA SULAMITA

Según afirma el señor Ismael Navarro, sutil y fino parafraseador del Cantar de los Cantares, es preciso hablar de éste " con labio purificado, sin tocar tierra, desprendido de la carne, abiertas las alas y el pensamiento en alto. El vino que en él se encancia es un precioso vino de miles de años, exprimido de racimos macerados de siglos, que gusta a paladares delicados, a espíritus hechos a los ágapes de luz, en manteles azules, con luminarias de sol, bajo cielos purísimos". Y, como severa advertencia, hace suyo el verso de Virgilio: Procul, procul este profani. Lejos, lejos de aquí los profanos.

Sin embargo nosotros nos atrevemos a probar un sorbo de ese vino precioso, aunque sea usurpándolo en un tosco vaso de arcilla.

A los ocho cantos que Salomón compuso como epitalamio de sus nupcias con la hija de Faraón, los hebreos llamaron Cantar de Cantares, atendiendo a la belleza y excelencia que de dichos cantos desbordan.

SULAMITA. Comienza por llamarla con un nombre derivado del suyo. Diremos que trataba de asemejarla a él, de identificarla consigo, de sellarla con su propio nombre.

En los capítulos primero y segundo está condensado todo el amor de la Esposa para el Amado y viceversa. Son diálogos, coloquios, en versos cortos, terminantes, de subidos tintes, cual para ello se prestaba la lengua hebrea, por concisa, por rica, por vigorosa.

Cabe fijar la atención en que, de cuando en cuando entre diálogo, hay ciertos versos con sentido de monólogo, en boca de la esposa, y son, precisamente, aquellos versos que, si se los pone en forma de diálogo, resultan demasiado fuertes. Veamos algunos:

Reciba yo un osculo santo de su boca. Mientras estaba el rey recostado en su asiento, mi nardo precioso difundió su fragancia.

Manojito de mirra es para mi el amado mío: entre mis pechos quedará.

Sentéme a la sombra del que tanto habia yo deseado, y su fruto es muy dulce al paladar mio.

Introdujome en la pieza en que tiene el vino más exquisito y ordenó en mi el amor.

Mi esposo pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará.

En esta forma, la Esposa, pudorosamente revela el amor que la abraza. Más, si se mantiene el sentido de dialogo en estos versos, inmediatamente sugieren la idea de un grosero amor, y el casto deliquio se trueca en deseo sensual; el limpio anhelo, en solicitud pasional; la fruición de un amoroso recuerdo, en delectación concupiscente.

Y así, muchos versos, a pesar de estar escritos con toda la fuerza del amor, sentido por hombres de una raza impetuosa, bajo uno de los climas más ardientes de la tierra, mediante algún sutilísimo recurso, como el que hemos subrayado, prueban la sublimidad del amor entre la Sulamita y el rey de Jerusalén.

Además, inconmensurable es la profundidad del sentido de los versos del Cantar. Hay algunos que dicen " Dormía yo, y estaba mi corazón velando". En otro lugar, la Esposa dice a sus amigas: ¿Qué podréis ver en la Sulamita sino coros de música en medio de escuadrones armados.

El Esposo le dice cosas como éstas: Tu cuello es recto y airoso como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes.

Tus dos pechos son como dos gamitos mellizos, que estan paciendo entre blancas azucenas hasta el caer del día, y el declinar de las som-

bras. Subiré a buscarte al monte de la mirra y al collado del incienso. Huerto cerrado eres, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada.

Cuanta razón hay para que, a través de los tiempos, haya sido el Cantar de los Cantares rica fuente de inspiración, ya en el campo profano, ya en el místico.

En el mismo tiempo que los Setenta hacían la Versión de los libros sagrados en Alejandría, Teócrito de Siracusa, el rey del idilio bucólico y pastoril, compuso un epitalamio de las bodas de Menelao y Elena, en el que se encuentra mucha semejanza con el canto de Salomón. Tiene versos como estos:

*De sesenta espartanas
Éramos cuatro coros virginales,
Bellas todas, galanas,
Y en edad y carrera sus iguales,
Íbamos de continuo,
Con Helena al Eurotas cristalino.*

*Pero al lado de Helena
No hay luna que aparezca sin mancilla:
Tras de noche serena,
como la aurora despuntando brilla,
de Helena la hermosura
entre nosotras sin rival fulgura.*

Las sesenta espartanas corresponden a las vírgenes que rodeaban a la Sulamita, admirando su arrogante belleza.

Como la aurora después de la noche, brilla la hermosura de Elena entre las espartanas. Como azucena entre las espinas es la Sulamita entre las vírgenes.

En otro verso, el poeta griego compara la hermosura de Elena a la "gallardía del tésalo corcel".

El esposo le dice a la Sulamita: A mis hermosos y arrogantes caballos uncidos a las carrozas que me ha dado el faraón, te tengo yo comparada, amiga mía.

Esta comparación, tanto en el verso hebreo como en el griego, a nosotros nos suena mal; mas, hay que pensar como se sentían esos hombres la belleza, en que aspectos ella pudo aparecérselos mejor, en fin, hay que tener en cuenta qué pueblos eran, en que regiones moraban y hace cuanto tiempo vivían.

Después, hay un sinnúmero de poesía y sobre todo, tratados de alta mística, como las "Moradas", de Santa Teresa, y el cántico espiritual entre el Alma y Cristo, y Llama de Amor Viva, de San Juan de la Cruz, que recuerdan vividamente el Cantar.

ELENA

Cuando Salomón componía su Cantar, Homero creaba la *Ilíada* y la *Odisea*.

La era más esclarecida de la humanidad es la época clásica de Grecia, cuando el espíritu humano hizo sus manifestaciones más brillantes a través del espíritu del hombre heleno, legándonos toda una concepción del mundo y de la vida que había alcanzado sus niveles más altos de creación.

Sus excelsos poetas se preocuparon también de cristalizar su pensamiento acerca de la mujer.

A lo largo de la *Ilíada* y de la *Odisea*, encontramos varias figuras femeninas, que hacen de esas epopeyas algo más que la sola narración de peripecias, o el puro canto laudatorio de hazañas admira-

bles. La intervención de la mujer es lo que constituye a esas obras en poemas de carácter universal.

La *Ilíada* es una epopeya nutrida de las más viejas leyendas de la Grecia antigua, cuando los héroes trataban con los dioses casi de igual a igual, y, muchas veces, el mismo origen de no pocos valientes guerreros lindaba con la naturaleza de un semidiós o de algún hijo de los inmortales.

El origen de la *Ilíada* es el conflicto de las tres diosas: Hera (Juno), la mujer de Zeus (Júpiter), madre del Universo; Atenea (Minerva), la hija de Zeus, la virgen guerrera, la partenogénita; y Afrodita (Venus), la diosa del Amor, las tres se disputaban la manzana arrojada por Eris (La Discordia), hermana de Marte, para que fuese entregada a la más bella. Paris, joven y un hermoso troyano, que a la sazón andaba por el monte Ida, fue designado juez de semejante causa: las tres divinas contendoras tenían, pues, que mostrarse desnudas ante un simple mortal, en la cumbre del Ida, para que decidiese cuál había de recibir la manzana. Las tres a un tiempo pensaron sobornar al joven príncipe y juez. Cada una ofreció a Paris lo que era íntima esencia de sí misma: Hera, la personificación del dominio, del mando, le ofreció el poder; Atenea que era producto de la mente de Zeus, ofrecióle la sabiduría; Afrodita, en la que se recreaban Eros y la belleza por igual, le brindó el amor, ofreciéndole la mujer más bella del mundo.

El conflicto de las tres diosas da, pues, para un estudio psicológico muy hondo y muy fino, a cuya luz pónese de relieve, entre otros aspectos, el particular de que una mujer solo puede darse a sí misma, puesto que ella en el fondo, no puede ser otra cosa que lo que es. Es decir, en términos filosóficos, la mujer realiza justamente el principio – desde luego, principio establecido por la lógica helena – de la identidad, de que una cosa solo puede ser lo que es, y no puede ser lo que no está en la notas esenciales.

El hijo de Príamo, ante el ofrecimiento de los dioses, asume una posición muy de hombre: no elige el poder, no por que no le interese,

sino por que su cabal hombría no puede aceptar que el poder le venga como don de mujer; tampoco se inclina por la sabiduría que, siendo una cualidad en cierto sentido masculina, le es ofrecida como una gracia femenina, pese a que Atenea no es precisamente una mujer sino un brote, una fulguración de la frente de Zeus, un producto espiritual, pura concepción ideal solamente; Paris se decide por la mujer, por la verdadera mujer a quién hay que conquistar, al a que hay que seducir, ala que hay que arrebatar a otro hombre fuerte y poderoso: elige a la diosa del Amor, corporeizado en Elena, mujer de Menelao, rey de Esparta. Y sin pérdida de tiempo, despliega las lonas de sus naves buscando vientos que la lleven hacia Lacedemonia.

La tempestad de furia que se desata en el ánimo de las diosas menospreciadas por Paris, es terrible, y el rencor y el odio recíprocos surgen entre ellas con colorido de pasiones mitad divinas y mitad humanas. En esta hora, las tres diosas encarnan una fundamental tendencia femenina a obtener el triunfo sobre otra mujer, como poder receptor de capacidad sin límites, absoluto y único

El rapto de Elena no es sino la consecuencia del conflicto que da origen a toda la Iliada. El poder de Eros es irresistible y Elena, a quién designa Afrodita para que lo encarne y personifique ante el hermoso Paris, es también su destino, y no solo de él, sino de las dos naciones que se consumirán en espantosa guerra durante diez años.

Homero hace aparecer a Elena como víctima del hado, pues, de nada le vale resistir el amor de Paris, si llega un momento en que, mediante un ardid de Venus Afrodita, Elena ve a su seductor con la fisonomía de Menelao, entonces, se le rinde.

Elena, en el último término, construye un inmenso poder estimulante de valientes y de héroes: sin Elena, quizá no habrían llegado hasta nosotros los nombres de Menelao, Aquiles, Agamenón, Ulises, Diómedes, el anciano Néstor, Ajax de telamón, Polixeno y muchos más. Es lo eterno femenino que preside y rige el destino de los dioses- también ellos, inclusive Zeus, estaban sujetos a la fuerza del Hado-, de los hombres en fin, de todo un pueblo contra otro, como Grecia e Ilión .

*Síntesis y traducción directa del texto griego
al castellano, de las tragedias
"Las Eumenides", de Esquilo, y
"Antígona", de Sófocles.*

Las Eumenides

Las principales figuras femeninas en los grandes trágicos griegos son siempre encarnaciones del destino. Recordemos que el Destino absoluto, en griego, es una noción femenina que está por encima de los dioses, quienes, con sus atributos sobrenaturales y todo, ante la Moira no son tan poderosos como para dominarla y vencerla. De la que, proviene la necesidad imperiosa que no admite escape. El hombre no puede huir de su destino.

La Euménides es una de las tragedias de las tres que constituyen la Orestíada de Esquilo. Los personajes que intervienen en este drama son: La Pitonisa délfica, Apolo, Orestes, el espectro de Clitemnestra, el Coro de las Euménides, Atenea (Minerva), y los Delanteros de la Comitiva.

La Audiencia se verifica en Atenas, ante el Areópago.

Las Euménides (las furias) eran tres entidades femeninas, hijas de la Noche, de feísima presencia, repugnantes y temibles, y cuya faena era atormentar a los mortales que perpetraban crímenes, perseguirles y torturarlos implacablemente. Moraban en lo hondo de la tierra.

Adelantada esta explicación, vamos a seguir siquiera rápidamente el drama que, con el nombre de las Euménides, completa la trilogía de la Orestíada.

La Pitonisa comienza invocando a la tierra como la protomaga, luego invoca a Temis, a Febo, y después de algunas divinidades más, invoca a Loxias que es intérprete del padre Zeus. Y a las fuentes de Plisto, y al poder de Neptuno, y al prepotente supremo dios invocando, se sienta en el trono de adivina. Dice que si alguno de los griegos están presentes para consultar, vayan pasando en el orden que les toco en suerte, como es costumbre.

Ya ve a las Euménides dormidas, quienes la espantan con su fealdad. La Pitonisa dice que consorcio semejante no ha visto jamás, y se horripila, no obstante de que ella conoce a las Gorgonas y a las Harpías.

Apolo da aviso a Orestes de que esas abominables mujeres están sumidas en sopor. Estas, le dice, te acosaran por largo trecho, estas a quienes no se acerca ningun dios, ni hombre, ni jamás una fiera.

pero yo te asistiré de lejos y de cerca, y no seré blando para con tus enemigos. Yo te persuadí que perpetraras el matricidio.

El espectro de Clitemnestra habla a Euménides: Ando errante sin honor. No me falta en los infiernos el oprobio de los muertos, de aquellos que maté . grandemente oprimida soy por ellos, con gravísima recriminación. Y habiendo padecido cosas tan atroces de parte de los más queridos, ninguno de los dioses hay que ese aire por mí causa, sin embargo de que me fui muerta por las impías ma-

nos del matricida. Mira esas heridas infligidas al corazón , pues, tu durmiente ánimo brilla en los ojos.

Sigue excitando a las Euménides a tomar venganza por ella, contra su hijo Orestes. Les recuerda que en vida, solía hacerles homenajes:

Absorbisteis muchas libaciones sobrias (carentes de vino); rocié sobrios unguentos o sedantes; y Manjares venerables preparados de noche quemaba a su debido tiempo(rito que no os es común con los demás dioses) , y todo lo veo pisoteado; si el se soltó como cervatillo, escapándose de las redes, burlándose de vosotras. Oíd, despertaos, o diosas subterráneas, pues yo Clitemnestra fantasma os llamo ahora.

El coro suspira:

Clitemnestra

Demasiado duermes, no te apiadas de mi calamidad. En tanto que Orestes, asesino de esta su madre, escapa en fuga.

Coro

¡OH! ¡oh!

Clitemnestra

¿y no surges velozmente? ¿No eres para producir males? (1)

No estéis más tiempo relajadas en sopor. Síguelo con el fuego del vientre, con hálito ensangrentado, seca su ánimo, debilitado con otra persecución .

(1) Indistintamente, ya se dirige al coro en cuanto entidad colectiva, ya a las tres diosas vengadoras que lo componen, por eso está el verbo unas veces en singular, otras en plural . Así como también habla de Orestes en terceras personas, y enseguida lo toma en segunda ya lo veremos adelante.

Las diosas vengadoras se deciden a recrudecer su enojo contra Orestes. Increpan a Apolo por haber protegido a un varón impío y acerbo a su madre yéndose contra viejas deidades que tenían que perseguirle y amargarle. Tú le llamaste; tu lo incitaste, lo dicen y fuera de toda costumbre de los dioses te apasionaste por las cosas humanas. No podrá librarse, así huyere bajo tierra. Hallará al vengador que se cebe en su cabeza.

Apolo las echa del fatídico santuario, amenazándolas con lanzarlas "la halada veloz serpiente disparada por el áureo nervio, y por el dolor tengáis que arrojar la espuma deglutida extrayéndola de los hombres lamiendo los grumos de la matanza. Id a morar en el antro de algún león sanguinario, y no manchéis estos oráculos viciosos "

Coro

Rey Apolo, tú, a tu vez, óyeme. Tú propio no eres cómplice de estos crímenes perpetrados, sin embargo tú los perpetras - te de todo en todo: Dijiste por oráculo que ese mataría a su madre.

Apolo

Lo que decreté fue que exigiera la vindicta del padre ¿qué hubo pues?

Coro

Por eso resultaste el autor del crimen.

Apolo

Y le ordené que acudiera suplicante a esta morada.

Coro

¿Y a estas sus compañeras recibes con baldones?

Apolo

No es lícito a vosotras acercaros a este recinto.

Coro

Nuestro oficio es expulsar de aquí a los matricidas.

Apolo

Pues ¿por qué?, ¿al matador de una mujer que decapitó a su marido?

Coro

¡ Si la matanza con la propia mano de él no hubiese sido consanguínea!.

Dice Apolo que será Palas Atenea quien hará justicia. El coro dice:

Sí que tu eres tenido por grande junto al solio Zeus; pero, yo, pues me impulsa la sangre derramada de la madre, le persigo como cazadora .

Orestes invoca a la inmortal Minerva y dice que por mandato de Apolo ha venido, reo de matanza, harto perseguido.

Coro

¡Ea!, este es manifiesto vestigio de este hombre .

Por la sangre y cruentas gotas, vamos buscándolo herido como cachorro de perro, su pecho palpita jadeante por muchas molestias con que lo hemos acabado.

Ha recorrido toda región de la tierra , y me fui al otro lado del mar , con vuelo sin alas, persiguiéndolo, nada más tarde que una nave.

Y ahora el esta, aquí , en alguna parte escondido: Me deleita el olor a sangre humana. Mírala, míralo, todo alrededor, regístrale todo para que no escape impunemente el matricida. Este a su vez habiendo abrazado la imagen de la diosa inmortal , quiere arrostrar la matanza; pero esto no es licito la sangre materna derramada es irreparable, oh dioses pereció límpida, derramada en el suelo. Sino que es menester que le des pena por la matanza . Traedlo para que de él vivo me trague la roja torta hecho de sus miembros; y me llevaré a ti comida de infanda Bebida, y después que te macere a ti vivo, te arrastre a los infiernos y pages la pena de la matanza materna. Llega Minerva, y las Euménides le dicen que son las hijas de la noche y que su techo es subterráneo.

Minerva

Conozco el linaje y el origen del que os llamáis ¿ Donde está el término de la fuga del homicida?

Coro

Donde ningún lugar se concede a la alegría.

Hay una larga e interesante discusión entre minerva y el coro, interrumpida una vez por Orestes que informa a la diosa de qué y por qué cometió el matricidio.

Luego viene Apolo y dice a minerva que el le ha purificado de esta matanza, y que el mismo va a defender la causa de Orestes. Palas Atenea abre la audiencia .

Trabase un acalorado y largo debate en el coro y Orestes, quien, entre otras cosas, que se atiene al testimonio de su conciencia, pues ella no le reprocha, nada le presenta de que arrepentirse. Y que su padre desde el sepulcro le manda su auxilio. Además, el oráculo le mandó que tal lo hiciera.

Apolo

Nunca en los fatídicos asientos dije jamás contra hombre, ni la mujer, ni la ciudad cosa que no me la hubiese ordenado Zeus padre de los juegos olímpicos, y ningún juramento vale más que Zeus.

Después pinta patéticamente a la muerte dada por Clitemnestra a Agamenón "aquel ajusticimo general de naves". Allí el baño; allí el artificioso medio de que se valió la infiel cónyuge para enredarlo y acabar con él.

Se ve que Apolo reconstruye ese cuadro con un recurso psicológico para inclinar al tribunal a favor del hijo de Agamenón.

Por largo rato siguen réplicas y contrarréplicas, entre el coro y Apolo, de cuando en cuando intervienen Orestes suplicantes y las palas Atenea llevando con sabiduría y elocuencia la causa de matricida hacia la absolución.

Atenea, Naturalmente no siente la menor compasión por Clitemnestra, en nada le duele el que haya sido muerta por su propio hijo, que ni puede entender aquello: no es hija de mujer, ni ella ha sido madre jamás.

Por fin, llega el momento en que el atormentado Orestes oye de la propia Palas Atenea estas palabras:

Ἄνῆρ ὄδ' ἐκπέφει γεν αἵματός δίκην
Ἴσους γάρ ἐστὶ τιζέμεναι τῶν πάλιν

*Este varón escapó a la ley de sangre,
Pues está igual el número de sufragios.*

Finalmente, Atenea sostiene un largo diálogo con el coro , le explica su actitud, encuentra también la razón en los puntos de vista del coro, llega, con sabiduría y tino, a aplacarlo, ablandarlo , a transformarlo si se quiere pues termina diciendo: honradas seáis Euménides, para que en adelante os constituyáis en diosas propicias.



Claramente hemos podido ver que el destino trágico, sangriento pavoroso, del infeliz Orestes lo encarnó a su propia madre, igual que lo que fue, en el otro aspecto, para Edipo la suya. Una vez se ha probado que la mujer puede ser todo para el hombre y para el mundo puede darle la vida, quitársela; colmarle de bienes , y llenarle de desesperación. En la naturaleza misma con todas sus contradicciones y sus abismos.

Antígona

La hija de Edipo, la virtuosa Antígona, paradigma de amor a los suyos, nos es presentada por Sófocles, en la tragedia que lleva su nombre, y que vamos a ver a continuación.

Antígona e Ismene, al regresar a Tebas después que murió su padre en el bosque sagrado de Colono cerca de las Atenas, encuentran a sus hermanos Eteocles y Polinices en cruenta lucha por ocupar cada uno de ellos un trono que fue de Layo y de Edipo. Creonte, hermano de Yocasta, el solapado y perfido Creonte, detrás de sus sobrinos que se matan, ve para sí el trono que erigiera Cadmo.

Desde aquí la tragedia que termina con la muerte de la infortunada Antígona que muerta fue causa del suicidio de Hemón, su prometido hijo de Creonte y de Eurídice, quien tampoco quiso sobrevivir a su hijo y con su propia mano, hundió una espada en su hígado.

Todo esto acaece en Tebas.

Los personajes son: Antígona, Ismene, coro, Creonte, Centinela, Hemón, Tiresias, Mensajero, Eurídice, y Mensajero de afuera.

Antigona

¡Oh, persona, Ismene, común hermana!, ¿ como no sabes de los males originados de Edipo que Zeus hace recaer sobre nosotros que vivimos?. Pues nada hay ni acerbo, ni vergonzoso, ni sin delito, ni ignominioso, que no haya visto entre tus males y los míos.

Y ahora, ¿qué ese edicto de nuevo, dicen que ha sido dado por el gobernador de la ciudad? ¿ te quedó algo de haberlo oído? ¿ Por ventura se te oculta los males que el enemigo, también van veloces al amigo?.

Ismene

Antigona, ninguna noticia ha llegado hasta mí de parte de los amigos, ni alegre, ni triste desde cuando nos vimos privadas de los dos hermanos, matados en un día por mutua mano: después que el ejército de los Argivos partió esta misma noche, no supe más allá de nada que me haya hecho, ni feliz, ni mas infeliz.

Antigona

Bien lo sabía: por eso te mandé o salir afuera para que sola la oyeras.

Ismene

¿Qué es ello?, pues te manifiestas muy preocupada.

Antigona

¿Pues qué? ¿acaso Creonte, por decreto, no da al hermano el honor de la sepultura, privándole indignamente al otro de el? Puesto que , a Eteocles según cuentan bien lo han sepultado honrandole entre los manes; pero en cuanto al cuerpo de Polinices, muerto se cuenta el miserablemente dio decreto a los ciudadanos para que

ninguno lo sepultase , ni lo lamentase por ello: sino que lo dejaron no llorado insepulto como grato festín par las aves invitadas a comérselas.

Tales fueron los decretos que el bueno de Creonte los dió para ti y para mi. Con todo, ya veré si naciste noble, o si de buenos saliste mala.

Ismene

Yo, ¡Oh desdichadas a si ello es así ¿ Qué saco haciendo o no haciendo la obra?

Antigona

Mira si trabajaras y si colaboraras conmigo.

Ismene

¿Con semejante riesgo?, ¿estas en tus cabales?

Antigona

A mi mano ayudara á la tuya a levantar el cadáver.

Ismene

Por ventura ¿piensas, pues, sepultarlo, lo que está prohibido a los ciudadanos hacerlo

Antigona

A mi hermano, claro está, y tuyo, aunque no quieras pues nunca pecaré de traición.

Ismene

¡Qué osada! ¿Prohibiéndolo Creonte?

Antigona

Pero ningún derecho le asiste para que me aparte de los míos.

Ismene

¡Ay de mí!, considera , hermana, como se nos murió nuestro padre odioso e infame, quien después que conoció los delitos, con su propia mano se arrancó los dos ojos: luego su madre y ella misma esposa , llevando ese doble título, con un lazo se quitó la vida: en tercer lugar, los dos hermanos en un día matándose el uno con el otro desdichados se acabaron con sus propias manos.

Ahora finalmente, nosotras dos abandonadas solas, considera cuanto hayamos de parecer con peores ejemplos, si ha despecho de la ley, transgredimos el edicto o mandato del rey.

Y también es menester pensar que somos mujeres no iguales en fuerzas para pelear con los varones y que pues somos súbditas de más poderoso que debemos, obedecer y en estas cosas más acerbas por ende yo después de haber rogado a los dioses manes de Polinices para que me perdone por ello me veo compelida deferiré a los que mandan, pues a cometer por fuerza, cosas mayores es demencia.

Antigona

Ni yo te lo mandarí, ni con agrado te tendré por esa ayudadora, dado que aún este instante quieras ayudarme: dado que aun este instante , mas yo lo sepultaré, la cuál si hiciere, hermoso será para mi morir : amada, yaceré con el amado habiendo llevado a cabo algo santo, puesto que es mayor el tiempo en que me conviene agradar que a los de abajo a los que aquí alimentan: pues allí siempre yaceré; pero tu así te parece, desprecia aquello que ante los dioses es lo mas santo.

Ismene

Yo no lo tengo por despreciable; pero con otra dicción de los ciudadanos, de ninguna manera tengo fuerzas para hacer algo.

Antígona

Tú, por tu parte, eso pretextas, pero yo me voy ya para levantar el sepulcro a mi hermano.

Ismene

¡Ay de mi! ¿cómo temo por ti desdichada!

Antígona

No temas por mi causa: ponte a salvo tú.

Ismene

(en alta voz) Por lo menos, a nadie indiques este comienzo, si no tenlo a escondidas de todos, y lo mismo haré yo.

Antígona

¡Ay de mi! (vocifera). Si no lo pregonaras a todos, ¿mucho más odiosa serías callando?

Ismene

Cálido tienes el corazón en cosas que hielan de pavor.

Antígona

Me place saber con que suelo yo agradarme en gran manera.

Ismene

Si es que pudieras, claro; pero acometes empresas mayores.

Antigona

Pues cuando ya no pudiere, cesaré

Ismene

Luego, lo que excede a las fuerzas, desde el principio no se debe seguir

Antigona

Si esto dices, odiosa, ciertamente, me serás y tendrás enojado con la justicia al muerto. Pero déjame a mi y a mi temeridad padecer aquello acerbo: pues, por cierto, nada más cruel sufriré que morir sin gloria.

Ismene

Pero si te parece, vé ; más sabe que marchas insensata aunque amante a toda prueba de quienes amas.

El coro presenta a Creonte que viene.

Creonte dirige a los ciudadanos un discurso comienza así:

Varones, a esta ciudad a la que sacudieron muchas olas, ya que los dioses de nuevo la erigieron segura.

Creonte se cree una reserva de Zeus para la ciudad de Layo y de Edipo. Al final explica por qué sepultó a Eteocles y por qué negó sepultura a Polinices.

El coro dice que acatará todo que impusiere como ley, tanto para muertos como para vivos .

Entra un Centinela a dar aviso de que alguien sepultó hace poco al muerto , y se fue después que arrojó sobre el cadáver el polvo seco e hizo sobre él los ritos de la sepultura.

Creonte averigua detalles.

Centinela

El atalaya diurno hizo notar aquello que a todos nos pareció un triste milagro. Tenue polvo arrojado como por alguno que lo había hecho furtivamente y antes de que fiera alguna, ni perro hubiese arrastrado el cadáver.

El coro cree que tal cosa ha ocurrido por intervención divina.

Creonte impone silencio al coro diciéndole que esta en insipiente y decrepitud ¿desde cuando los dioses honran a impíos? dice
(Sale Creonte)

El Coro sigue sosteniendo que hay muchas cosas admirables, y sospecha que ha sido Antígona quien haya dado sepultura al muerto.

De repente entra un centinela trayendo a Antígona aprehendida, y pregunta donde esta Creonte. Viene este y casi no cree lo que ve; pero el Centinela le informa detalladamente sobre el hecho de haberla sorprendido ocupada en lo que estuvo rigurosamente prohibido para todo ciudadano ; Sepultó el cadáver de Polinices que empezaba ya a descomponerse.

Creonte

¡Hola!, tú que estas mirando al suelo, te pregunto ¿confiesas o niegas haber echo esto?

Antígona

Lo confieso, y no niego que lo hice.

Creont e

¿conociste los edictos de que ninguno podía hacer eso?

Antigona

Lo sabía. ¿Cómo lo hubiese ignorado? Pues, eran manifiestos.

Creont e

¿ Y osaste transgredir esas leyes?

Antigona

No me las había dictado Zeus , ni la justicia que asiste a los dioses infernales ni tampoco creí que tus edictos eran tan infalibles que en ellos no pudieras transgredir, mortal como lo eres las leyes de los dioses no escritas, pero firmes. De cumplir esta yo me hubiese eximido por miedo de decretos de hombre alguno. Sabía que tenía que morir:¿por qué no?, aun cuando tú no lo hubieses promulgado ante. Y respecto de morir antes de tiempo, lo reputo una ganancia, pues que, quien como yo pasó la vida entre la miseria, ¿cómo no ha de tener la muerte por logro?. Así por cierto haber llegado a este destino no me duele, pero si hubiese soportado insepulto el cuerpo del hermano muerto, eso me doliera , más por lo hecho no me duele . Pero si a ti te parece que he obrado estultamente, casi diría que soy argüida de estulta por un estulto.

Coro

Aparece la dura índole del padre en la hija, pues que no sabe ceder a los males .

Creonte le lanza una larga increpación la que Antigona opone esta pregunta .

¿Quieres algo mas que matarme después de haberme prendido?

Creonte

Nada más, yo por mi parte:esto logrado, todo lo que he logrado.

Antigona

¿Por qué lo difieres? Así como a mí nada me agrada de tus palabras, ni deseo que yo te haya de agradar alguna vez así de los míos nada te agrada a ti.

Y ¿donde pudiera conseguir gloria más célebre que de haber sepultado bajo tierra al hermano? Lo mismo todos lo manifestarían agradados, sin el miedo no atará la lengua.

Pero feliz es la tiranía porque entre muchas razones, le es dable hacer lo que le place.

CREONTE

Tú sola ves esto entre los Cadmeos.

ANTIGONA

También lo ven estos, pero por ti reprimen la boca.

CREONTE

Y a ti ¿no te da vergüenza sentir distinto de esto?

ANTIGONA

Pues no es vergonzoso reverenciar a los hermanos.

CREONTE

¿No era también hermano aquel que peleando en contra sucumbió.?

ANTIGONA

Hermano de una misma madre y un mismo padre.

CREONTE

¿Cómo, por último, le tributas a él un honor impío?.

ANTIGONA

Esto no lo testimoniaría el que está muerto.

CREONTE

Sobre todo, si le juzga digno de un honor igual que ha un impío.

ANTIGONA

Pues que no un siervo (Eteocles), sino un hermano pereció.

CREONTE

Pero desolando la patria, cuando el otro, por la patria luchó valientemente.

ANTIGONA

A la verdad, el Orco pide iguales leyes.

CREONTE

Pero que el bueno con el malo tenga suertes iguales no está bien.

ANTIGONA

¿Quién sabe si esta cosa se aprueban allá abajo?

CREONTE

Jamás el enemigo, ni aun muerto, es amigo.

ANTIGONA

Pero no he nacido para el odio mutuo, sino para el mutuo amor.

CREONTE

Luego si tienes que amar marchándote ahora abajo, ámalos: pero yo vivo, no reinará mujer.

En esto, el Coro anuncia a Ismene que viene anegada en lágrimas. Entra acusándose de ser ella también autora del hecho y allandose, por tanto, a ser copartícipe del castigo.

ANTIGONA

Pero esto no lo concederé la justicia, porque ni lo quisiste, ni yo te busqué.

ISMENE

¿ En qué puedo ayudarte ahora ya?

ANTIGONA

Salvate a tí misma: no te envidio al que escapes.

ISMENE

¡Ay de mí desdichada!, con que, ¿así me he de ver privada de acompañarte com mi muerte?

ANTIGONA

Tú por tu cuneta quisiste vivir ; yo, por la mía, morir. Confía. Tú, ciertamente, vives: pero ya antes de ahora murió mi alma para ser útil a los muertos.

ISMENE

Vivir sin esta, ¿qué ha de ser agradable para mí?.

CREONTE

Ya pues, no diga tal, si ella ya no existe.

ISMENE

Con que, ¿matarás a la prometida de su propio hijo?.

CREONTE

Campos arables hay también para otros.

ISMENE

Pero no como les cuadraba a esta y aquel.

CREONTE

Yo odio a las malas mujeres para mi hijo.

ANTIGONA

¡OH carísimo Hemon, como te menosprecia tu padre!.

CREONTE

Me molestas con tus nupcias.

CORO

Conque, ¿privaras a tu hijo de esta?

CREONTE

El Orco hubo de terminar estas nupcias.

Al respecto, habla creonte y el coro, hasta que viene Hemon a interceder ante sus padres por su prometida. Le hace ver que no es posible que perezca la más inocente de las mujeres, la que no pudo sufrir en el insepulto del cadáver del hermano, realizando, mas bien, una hazaña digna de un aureo premio. Esto es lo que tu no oyes, le dice, mas, todo el pueblo tebano siente así.

Hablan largamente el Coro, Hemon y Creonte que se mantiene inexorable. Por ultimo dice Hemon:

Luego, muerta, alguien perderá.

CREONTE

¿A tal punto eres audaz que me persigas a un con amenazas?.

HEMON

Pero ¿qué amenazas han de ser estas réplicas vanas?

CREONTE

Con tus gritos me castigas, loco.

HEMON

Si no fueras padre, diría que no razonas.

CREONTE

Siendo esclavo de una mujer. No me engañes.

HEMON

¿Quieres decir algo y, diciéndolo, nada escuchar?

CORO

Se fue este varon, oh rey, concitado por la ira: y de tal ingenio, por el dolor, ardiente, algo grave hay que temer.

CREONTE

Haga lo que quiera, pero a estas muchachas no las libraré de la muerte.

CORO

Con que, ¿ a ambas vas a castigarla de la muerte?

CREONTE

No, por cierto, a aquella que no tocó el cadáver?

CORO

¿Con qué suplicio decreta matarla?

CREONTE

Dspués de haberla sacado, la sepultaré viva en una cueva de piedra, donde no hay camino para hombres, poniéndole tan tranquilo de comida cuanto sea suficiente para evitar el crimen, para librar a toda la ciudad de la mancha de esta muerte: y allí, al Orco, único dios que ella venera, rogado, acaso impetrará el no morir.

ANTIGONA
(Llegando)

Miradme, ¡OH ciudadanos de la patria ciudad!, Andando mi última jornada y mirando los últimos resplandores del sol que después de ahora jamás he de ver: pero el orco que todo lo adormece, viva me lleva a mí a la playa del Aqueronte, si ningunos himeneos, ni me celebrará nunca el himno nupcial; si no que me desposaré con el Aqueronte.

He oído que la huésped Frigia (Niobe), hija de Tántalo, pereció en la cima del Sipilo, como hiedra que se adhiere firmemente, echa germinación pétreo; pero nunca le falta a la muriente, como es fama, ni lluvias, ni nieve, sino que siempre humedece su cuello con las lágrimas: el hado me ha forjado semejante a esa.

¡Ay de mí!, Se me ríen. ¡Por los Dioses patrios! ¿, ¿Por qué me os burláis, todavía no muerta, sino disfrutando de la luz de la vida?.

OH ciudadanos opulentos de esta ciudad:

¡Ay, dirceas fuentes y bosques de Tebas agitadora de carros, a vosotros os pongo también por testigos de cómo no llorada por amigos, voy, por una ley, al montículo construido a modo de túmulo de inaudita sepultura!

¡Ay desdichada!..., habitando ni con los vivos, ni con los muertos.

CORO

Ida al extremo de la audiencia, te estrellaste contra el alto solio de la justicia, OH hija otra vez purgas algún pecado de tu padre.

ANTIGONA

Me tocaste las acerbísimas amarguras: el hado tres veces decantado del padre, la ruina total de los ínclitos Labdácidas.

¡Oh materno pecado de las nupcias y concúbito la mísera madre con aquel al que ella misma le había engendrado, mi padre, de los que yo infeliz nací un día: vindicadora de sus desdichas, voy trasladada!.

Ni entre los mortales ni entre los muertos.

¡Oh hermano que alcanzó un infausto connubio, tu, muerto, me mataste a mí, viva!.

No llorada privada de amigos, sin himeneo, voy a este último camino. Ya no podré mirar más yo desdichada a este ojo sagrado del sol; ni hay alguno de los amigos que llore mi luctuosa suerte.

¡Oh sepulcros, Oh tálamo nupcial, Oh subterránea habitación que siempre he de tener, a donde voy a mis difuntos, cuyo máximo número, por el hado, reciben entre los muertos prosperina!.

Pero habiendo entrado allá acaricio grandemente la esperanza de que llegare grata a mis padres, y grata también a ti, Oh madre, y grata para ti, Oh hermano mío, desde que yo a vosotros muertos, con mis manos lave y adorne, y lleve los ritos del sepulcro. Ahora, empero, polinices, porque procure para tu cadáver el rito sepulcral, obtengo esta recompensa.

Y yo, por cierto, según el juicio de los sabios te honré.

Pues que nunca, si hubiese parido hijos, ni aun cuando mi cónyuge muerto hubiese estado deshaciéndose, me habría tomado este trabajo contra la ley de la ciudad.

¿A qué me atengo para decir estas cosas? A saber: muerto mi marido, quedaria otro, se sobreentiende para casarme habría otro de otro varón; mas, sepultados mi padre y mi madre en el Orco y no hay para mí hermano que puedan nacerme alguna vez.

Y sin embargo, por esta ley, haciendo caso omiso de las demás le he parecido a Creonte haber pecado y haber admitido algo atrocísimo, con haberte honrado a ti, Oh hermano querido.

Y ahora, arrebatada del tálamo nupcial por la fuerza, privada de los cantos festivos del himeneo y sin haber alcanzado la parte del conubio ni el alimento de la prole. Sino que abandonada por los amigos, así, mísera, soy llevada viva a la cueva de los muertos.

CREONTE

¿Por qué duda de llevarla todavía?

ANTIGONA

¡Ay!, Esta voz me acerca muy próximamente a la muerte.

CORO

No hay que confiar, en manera alguna, que pueda suceder que estos decretos queden irritos.

ANTIGONA

¡Oh tierra tebana, ciudad paterna, y dioses de mis mayores, ya mismo me lleváis, no me demoro!.

¡Ved, Oh príncipes de Tebas, que cosas y de que hombres padezco porque cultivé la piedad!.

Después, el anciano Tiresias, adivino, llega con malos augurios.

Efectivamente, enseguida Creonte tuvo que ver a su hijo Hemon herido el pecho con espada de dos filos, el anhelante todavía, abrasado de la virgen, con las mejillas pálidas y emitiendo repetidas ve-

ces él habito de la purpúrea sangre y, por fin, yacer muerto junto a la adorada muerta.

Tampoco los mensajeros tardaron en llevarle la noticia que Euridice, tan luego como oyó el triste hado del hijo, se causo con espada mortal herida en el hígado.

Transido de inenarrable dolor, el mísero Creonte hubo de exclamar: El intolerable hado cayo sobre mi cabeza.

δέπι κρατί μοι
πότμος δυσκόμιστος εἰσήλατο.

- *Comentarios*
- *Poesía*
- *Perfiles de Leyenda (Cuento)*

*Conferencia pronunciada en Ibarra
por José M. Leoro*

En provincias, la preparación cultural de la mujer fue hasta hace poco, prácticamente preterida. De suerte que el escasísimo número de culturas del bello decir lo era por vocación indeclinable y por un afán constante y creciente de superaciones personales. Eran, en una palabra auto dicta, de resuelta tenacidad, de una como especie de ignorado heroísmo.

Los colegios de enseñanza secundaria femenina no existían en muchas capitales provincianas. Así como pues, constituída la segunda educación un privilegio para los jóvenes, una como dativa cultural que excluía a la mujer que había de dedicarse solo al quehacer hogareño, a vigilar el trabajo de su servidumbre a ser la flor a trayente o perfumada en los aristocráticos salones o a sobrellevar una vida interior de recogimiento y de prácticas religiosas a tonos con el tiempo; a los fines, a los altos y sublimes fines, de la maternidad, si sé hacia primar el criterio estrictamente biológico.

Inaceptable el excluir a la mujer de la preparación amplia y beneficiosa que debía darse para que pudiera llevar su bagaje de conocimientos, cultura y táctica social al campo de sus inclinaciones y de sus preferencias, y lucir allí la gracia de una personalidad superior, afincada en sí mismo en sus propias valencias humanas y mentales.

Acaso podríamos decir con el poeta: " cosas fueron del tiempo". O, quizás mas decididamente insalvables dificultades económicas de este mismo tiempo. Mas en su talento desfilan, los días y los años, van despejando neblinas y brumas de incomprensión e ignorancia y depositando, a la postre, -como en un bello acopio de dones- su aporte cultural diario, generoso, constante, cada vez de mayor amplitud, que constituye la tradición que mañana ira tomando mayor consistencia y llegará a lucir sus empenachadas luces de pensamiento y sus flores de arte espontáneo y jugoso.

La tradición así es la obra lenta y continua de los pueblos. Significa como se ha dicho la trabazón de las edades que va haciéndose de suyo, sin solución de continua y formando el patrimonio de la cultura cada vez mas enriquecido y luciente.

Por eso la manifestación viva discernible, auténtica, de una cultura es obra de siglos y, en veces, de milenios.

Así se comprenderá fácilmente como en una provincia como la nuestra, no obstante ser una de las mas dotadas de la belleza y riqueza de paisajes, en la potencialidad de su sabia mitad en los múltiples dones de la naturaleza y en el sosegado y a la vez anheloso afanar de sus habitantes, no tuviéramos sino pocos, muy pocos seres representativos de una cultura real.

Para hacerlo, los mas, casi todos, hubiéremos de concurrir a zonas mas propicias, a lugares de tradición ya formado a recibir las influencias de este rico patrimonio, de arte y de poesía para devolverlo a su vez, en trabajos de durabilidad y enseñanza eficaz. O tuviéramos que recluirse a caso-como anotamos arriba- en la soledad de

su estudio a realizarse una ardua labor auto personal de difícil, desgarrante adquisición de conocimientos.

Y más pocas aun, contadas con los dedos de una mano, las mujeres que nos dejaron su mensaje de inquietud, de la luz, de poesía. Apenas y una pastora Alomía de Guerrero ensaya, en el pasado siglo, acentos no del todo seguros de bucólica gracia, de encendido religioso o de viva tristeza élega; o si no una Maria Esther Cevallos de Andrade Coello, radicada en su niñez, nos conmueve con sus sonos armoniosos de románticas cepa; o si Maria Angélica Hidrovo gesta su noble magisterio, que será trascendental y su amor a la belleza; o si, ya en este siglo, María Guillermina Garcia Ortiz viene a dejarnos con una ofrenda rutila, sus anhelos, sus esperanzas, sus esquisita espiritualidad, su cristiano fervor, su empeñoso afán de sabiduría, en la malla musical del verso en los cendales de una prosa cuidada que, con perseverancia habia de florecer en una como sapiense madurez; o si, en estos propios momentos, una Lola Orbe Carrera desata su raudal numeroso y nos da a gustar poesia de autenticidad, viva, emocionante...

Hemos llegado a principios del siglo actual. Ibarra se duerme en un extenso valle. El paisaje es fructuoso, de maravilla la vida allí parece un remanso propicio al recogimiento, a la meditación.

El sismo del 68 la había desgarrado en toda su extensión y en todo su espíritu. Empezaba a reponerse la comarca de tan infausta tragedia con esfuerzo doloroso. Se hallaba en lenta recuperación tratando de encontrar o renovar el perdido tesoro de su firmeza y de su saber. De reencontrarse a sí misma. Y adviene el mundo, a esta ciudad acogedora, en 1901, Maria Guillermina García Ortiz, a un hogar modesto, pero honorable, dotada de dones singulares que ella se esforzaba por hacerlos prevalecer y triunfar a través de obstáculos y peripecias sin cuento.

Las primeras letras le enseña su madre, una maestra virtuosa e inteligente. Su enseñanza primaria la completa en el instituto de la

Inmaculada Concepción de esta bella ciudad, e inicia allí mismo la segunda enseñanza. Su dedicación al estudio y su firmeza de carácter se perfila desde estos instantes. La niña es un tesoro de capacidad y perseverancia y pronto empiezan a dar frutos precoces de conocimiento. Libros selectos, clásicos de renombre, van pasando sin prisa, morosamente, por su mentalidad privilegiada. Su afán de saber no lo abandonara nunca. Y desde su adolescencia su porte y su gesto delicados, sagaces, se distinguen también por su feminidad y a la vez su firmeza por su altura, por su franca y aristocrática expresión y su amor decidido por la verdad, siempre por la verdad.

"Incansable lectora, mujer de lámpara encendida- dice de ella Augusto Arias- no buscaba en los libros sus definiciones y sus convicciones, su camino de hoy y su ruta en el desconocido porvenir. Solía penetrar en los libros para el cotejo de los sueños y de las experiencias de propio saber, y era dueña de la comprensión de que las paginas de que somos autores de veras, solo son aquellas en las cuales logramos verter un poco de nuestra sangre que con la eterna letra, también es el espíritu".

Había aprendido en largas horas de despierta y vigilante atención, el francés. Y al margen de poesías de este dulce idioma, leídos por ella con fervorosa unción, dejaba en su propia letra impecable, elegante, caligrafía real, así mismo en francés sus impresiones llenas de delicadeza y tenuidad. Tal lo hizo en algún o algunos libros que solíamos prestarle sus amigos y admiradores, coincidentes en el amor y en la belleza y el arte de expresarla o suscitarla.

Fuimos más asiduos en visitarla, el querido y valioso amigo de siempre, Ricardo Cornejo Rosales y el que os habla. Cornejo se hallaba empeñando por esos días en escribir una novela terruñal, AMANCAY, en que narra con orientación y dones ya perceptible, una apasionante leyenda india ocurrida en el fuerte de Hatun-taqui, entre Amancay, la bellísima virgen hija de Quitumbe, el gran sacerdote cara y Xallace, el bravo general de los

salangos. Guillermina –siempre vehemente entonces- gustaba de estimularla con opiniones favorables o con lecturas armoniosas de algunos capítulos del relato:

"No sé que tengo- leía ella con timbrada voz un fragmento- ni que desee. Solo sé que mis ojos han ansiado hartarse de blancura, de luz de belleza y por eso he venido a turbar tu sueño apacible. Déjame contemplarte, Amancay, ven, siéntate junto a mí..." Y "Cest beau" exclama risueña... Así fue ella siempre: tenía la capacidad de admirar y de estimular. Era la manifestación de la generosidad de su espíritu.

¿Por qué Ricardo Cornejo no la reviso y dio los últimos toques, pues la tenía ya concluida? Su destino le orientó por otros caminos, los del derecho, que le alejaron de los predios de la novela, si bien cultiva aun, en sus ratos perdidos, y con éxito, el verso de ritmo interior y la prosa poemática, tras haber realizado valiente lucha en el periodismo.



Por las tardes, las soleadas tardes ibarreñas, salían Guillermina con frecuencia a gozar la poesía viva de los crepúsculos.

Su rica sensibilidad se expandía en aquella contemplación que a veces, la dejaba como en dulce arrobó.

Y en la noche, en la tibia noche lunar, iluminada además por el abejío de las estrellas, no era raro verla como embebida en aquella astral música silenciosa, acompañada en ocasiones por su magnífico hermano menor, Humberto, que como en una especie de premonición ya dejaba entrever su trayectoria de excelencia y de altura.

O sencillamente iba sola: alta, hierática, marfileña. Y entonces acaso pudo exclamar con el poeta:

*"Por la ciudad dormida ambulo lentamente.
Todo reposa en honda quietud, indiferente:
Las ventanas cerradas, las casas silenciosas;
Solitarias las calles: duermen todas las cosas.
Desde el cenit la luna vierte su luz de ensueño,
se meja a la ciudad un dulce edén de sueño,
aromada de rosas, bañadas así de luna,
de silencio acolchonada, sin sombra humana alguna..."*



Para "IBARRA, AYER Y HOY" que, con motivo de la llegada del ferrocarril a esta ciudad hubimos de publicar en 1929, le solicitamos su colaboración y nos la dió complacida.

Su trabajo "PERFILES DE LEYENDA", allí publicado sorprendió, a todos por su prosa brillante en troqueles de tersura, hecha para durar. Fue su mas clara revelación de talento, de imaginación viva, de exquisita sensibilidad, de acendrada fe cristiana. Hermosa parábola aquella en que señala alegorizando, como un instrumento vivo de progreso, el ferrocarril suele conllevar elementos en su seno de noble vitalidad, de adelanto, juntamente con los que conducen a la abyección y al imperio de las bajas pasiones, contra las cuales hay que estar prevenidos cuidadosamente de antemano.

Allí, como de pasada, nos deja estas impresiones del crepúsculo y de la noche que las transcribimos por hallarse en consonancia con lo que arriba insinuábamos:

"Los ocasos en la ciudad blanca eran prodigiosos: las nubes congestionadas de sol muriente formaban inmensas guirnaldas de flores de nieve, sangre, violeta, oro, Rosado y azul, cuyos matices difícilmente podrá copiar el pincel".

"En las noches de luna, en esas noches inauditamente hermosas,

tan propias de la ciudad blanca, fingía por su quietud y dulcedumbre, beatitud y silencio, una ciudad encantada".

En tan suntuosas festividades también dejó oír su voz vibrante y varonil, en su "MENSAJE DE DON MIGUEL DE IBARRA", en pareados alejandrinos majestuosos, que obtuvieron general y reiterado aplauso:

*"Despierta de su sueño profundo de crisálida
La augusta Soberana de faz hermosa y pálida. ;*

*Ibarra, la de raros, magníficos ponientes
Como jamás han visto los otros continentes...;*

*Ibarra que él en canto de su fecunda hoyo
Brindara a la mirada de Cristóbal de Troya!*

*Ibarra que sufriera terribles paraxismos
Cuando el sesenta y ocho le dio su cataclismo. ;
es a ella a quien hermosa ahora la contemplamos
Entrar, por ancha puerta, de su Destino al templo!*

Así inicia triunfalmente su extenso poema de resonancias líricas...



Con la demostración de tan seguros dones, era natural que se le llamase, una vez y otra, con diferencia merecida, a la participación en actos de noble significado para la vida de la ciudad silenciosa. Fue designada por ello para que en compañía de varios escritores imbabureños, con tema y tiempo determinados, discudiese sobre "MONTALVO Y SU SENTIMIENTO RELIGIOSO" en la "HORA MONTALVINA" que, en conmemoración del primer centenario del nacimiento del prosador insigne se realizó en el Teatro Municipal de Ibarra, el 13 de abril de 1933.

Su bella disertación constituye un nuevo triunfo para Guillermina. Reveló como su lectura de los grandes maestros estaba pausada por un discernimiento severo y hondo. El dominio de lo psicológico prevalece allí con señorío y tras su anchuroso vagar de pensamiento, tras su sereno discurrir de estirpe filosófica y su consiente admiración por el espíritu que ella mismo lo califica de "maravilloso y gigante del Gran Cosmopolita", logra penetrarse, ágil y certera, en las interioridades de esa alma inmensa, y extraer, con gozosa ufanía, la escondida perla del sentimiento religioso que alentaba en Montalvo, sentimiento que, de otro lado, también afloraba en veces de suyo luciente y vivo en él.

De una de las características acendradas del sentimiento religioso determinadas por ella en su trabajo, se expresa así en cláusula de finas esencias poéticas que pudiéramos llamarla de antología estética-psicológica.

"Cuando en primavera los jardines y los carmenes eclosionan en rosas y jazmines, tomillo y albahaca Montalvo ve en eso una forma de oración y un himno de amor que la naturaleza elevara a su creador que tan bella y tan opulenta le plugo hacerla. Si ahora la mirada investigadora de nuestro espíritu fuera a recorrer por las callejuelas de los parques de su amada Ambato y por la vega de su río tardaríamos bien poco en encontrar, entre el polvillo de las flores muertas y de las hojas que fueron unas hebritas perdidas en el misterio de los crepúsculos, menudas hebritas como de polvo de luceiros que el sentimiento religioso de Montalvo dejara allí, estremecido a cada plegaria de la flor, a cada salmo de las hojas, a cada canción de la vibrátil onda de su río..."

Las manifestaciones de aprecio que se le dispensaban en la ciudad por su distinción y sus servicios, suscitaban en ella, sin duda, un mayor afán de conocimientos, una como ansiedad por ampliarlos cada

vez más, lo que entrañaba ya el concepto de elegir un medio de mayor cultura, de mayores posibilidades de ilustración para el éxito cabal de sus labores.

Es aprendizaje de lengua francesa, realizando con tenaz empeño le hacia soñar-¡y cuán obsesionadamente!- un sueño de apariencias irrealizables, de quimera: el de gozarse en la contemplación real y viviente y fervorosa de París, de su Lutecia amada en todas las horas en que su imaginación le elevaba sobre las esperanzas de la realidad circundante.

Vivía soñando, soñando en libros, en cosas y en viajes al parecer imposibles.

*Siempre la obsesión viajera,
Siempre el ensueño con alas,
Siempre el corazón fugando.
Francia... Francia. Francia....Francia.....".*

Le cantaré a María Ramona, Mary Coryle, su par en sueños y poesía.

Y la vida supo otorgarle por esa constancia por ese desvelado afán, y eso sí a cambio de muchos sinsabores y amarguras, acaso de muchas escondidas lagrimas las realizaciones de algunos de esos sueños, así no fuese sino en mínimas y deleznable proporción, en dolorosa luminosidad de instantes...



La situación cada vez más precaria del hogar obligó, al fin, a tomar una resolución radical que había que cambiar todo el ritmo de vida de quienes lo constituían: trasladarse a Quito en busca de mejores medios para el bienestar de la familia. Y ya instalada allí Guillermina obtuvo el acercamiento y la amistad de magníficos elementos culturales que habían de darle acceso en los clubes, en él los centros literarios y en las columnas de al prensa. En "El día" nos daba a

gustar sazonados frutos de su ingenio. Artículos de orden histórico, social, literario, bibliográfico, de defensa de los derechos de la mujer, se sucedían con frecuencia en aquel diario capitalino. Y logrando por ello estatura nacional, obtuvo del Ministerio de Educación Pública la autorización para su ingreso en la facultad de filosofía y letras de la Universidad Central.

He ahí un nuevo campo en que intensificó aún mas sus estudios. Profesores de alto prestigio y significación continental aquilataron, en su valor exacto, la gran calidad de la alumna y la distinguieron con señaladas muestras de atención y simpatía. Su antigua devoción por la cultura greco-latina iba hoy a cristalizar con el conocimiento acendrado de esos idiomas bajo la dirección sapiente de aquel gran maestro que fue Francisco Gómez. Y asimismo esta su vieja pasión por la filosofía se internó por los laberintos y las angustias del conocer que, al fin, le hicieron exclamar, entre otras, en expresión un tanto desolada, "que en ningún orden óptico se podía encontrar un conocimiento tal que sea capaz de proporcionar una íntima y perfecta satisfacción".

A tan graves trabajos que los realiza sin sombras de desmayo, antes bien jubilosamente, asocia ella otro propósito arduo: publicar un hebdomadario, "América Femenina". Quienes saben lo que significa la publicación de un semanario entre nosotros-y más si es de alta cultura- podrá valorar el dinamismo, la decisión, la entrega total de facultades y potencias que ella hubo de ejercitar en torno de elevados afanes. Su programa era realmente magnífico, pero también ambiciosos: hablar a las mujeres de América, dialogar con los elementos más representativos de su cultura y establecer una solidaridad que las uniese en el vértice común de sus más caras aspiraciones Defender a la mujer en lo que ella tiene de más puro e irrenunciable, elevar su cultura y obligarle a practicar un rol de vida amplia, serena de virtuosas proyecciones cívicas y humanas.

Hizo de "AMERICA FEMENINA" una tribuna de extensa resonancia en que vibró el pensamiento de mucho de lo valioso del Continente. Su gesto fue acogido con cordial devoción. Y las voces de enhorabuena y de reconocimiento de su obra, de su ingente e incansables laborar, le llegaron de afuera –como delicadas rosas de ensueño. Su nombre adquiriría prestigios en el exterior y sus relaciones alcanzaban mucho éxito. En efecto, mujeres ilustres de diversas nacionalidades le ofrecieron con su amistad las consideraciones debidas a su talento e ilustración.



Más, la cátedra de Castellano que le fue otorgada accidentalmente en la Facultad, a la que se dedicó con el encendimiento que ella ponía en todos sus empeños y luego su preparación de grado y acaso también dificultades de orden económico - ¡siempre lo económico!- determinaron su final al querido Semanario.

Y aquí presenta una nueva fase, una fase de veras diamantina, de su personalidad: la de prensa y de la revista pero le fue dado el privilegio de hacerlo ahora en la propia arcilla de sus discípulos, de los hijos mimados de su alma de su ser todo pues a ellos se entregó con la prodigalidad con que sólo suelen hacerlo los "iluminados y virtuosos del magisterio".

Como se ha dicho de Gabriela –e igual cosa puede decirse de María Angélica Idrovo y de otras abnegadas maestras- también ella" con su amor guardado en el fondo del corazón para el hijo soñado, lo volcó íntegro, generoso y profundo, en los hijos ajenos, que llegaron a serle más propios que a muchas madres".

¡Cómo la conceptuaba a la juventud, cómo la quería elevada y pura y cuánto esperaba de ella para el futuro!.

En su "CANTO A LA JUNVENTUD AMERICANA", de viril entonación épico lírica, la exhorta así:

*"¡Juventud,
Juventud de América;
Robustece tu mente;
Diafaniza tu espíritu;
Purifica tus labios;
Ennoblece tu frente;
Levanta la pupila;
deja a tu alma tranquila,
sin menguadas pasiones ni obstinados resabios:
siembra en ella virtudes:
¡es sublime, es inmensa y humana la misión
Que te aguarda!"*

De cómo realizó su magisterio abnegado, sin limitaciones, nos lo dice la fundación y el mantenimiento de un seminario que fue como una ala de extensión de conocimiento o como una reja vibrátil que los ahondase. Cómo vertía el calor de su espíritu; la amenidad y gracia de su elocución, el siempre despierto interés por la materia, la erudición que se le desbordaba de suyo como de quien esta sobradamente lleno.

El alumnado la oía, la oía atento, la oía con el alma, vibraba, se entusiasmaba y con ella perdía la noción del tiempo que transcurría insensible, grata, largamente...

Y apreció a la maestra, a su labor millonaria, según lo dicen algunos de ellos cuando la perdieron en el viaje sin retorno de ella, la gentilísima y bondadosa.

"Maestra que convirtió su cerebro en gigantesco dique de vasta y profunda ilustración, donde sus alumnos, con arbitrariedad desmedida, apagábamos nuestra sed de conocimiento en esa agua pura y clara de su saber"... dice una alumna. Y otra se expresa así:

*"Eras supermujer, eras divina,
y valor tú sabías infundirnos*

*.....
Cómo a toda virtud nos esforzabas
y encarecías los aciertos nuestros
trayéndolos en tu boca como propios,
¡OH, de verdad maestra de maestras!"*



Ya ha rendido sus grados con notoriedad condigna a su esfuerzo y la Cátedra de su especialización le ha sido confirmada titularmente. Su tesis "LO ETERNO FEMENINO" reveló, una vez más, que su mayor preocupación fue siempre lo femenino, lo eterno femenino.

Refiriéndose a tal tesis decía Guillermina: "El verdadero sentido de lo que se ha llamado "Lo eterno femenino" consiste en la inmanencia de una virtualidad mágica creadora, latente en el mundo, lo mismo que en el espíritu humano. Ese eterno femenino crea con la misma facilidad que destruye, hace brotar las flores más exquisitas y deliciosas de la cultura humana, muchas de ellas para que sean agostadas por una nueva generación más atrevida, sin experimentar jamás cansancio alguno por este continuo recrear, función específica de la parte femenina de este universo, en cuyo seno nos agitamos y movemos".



De repente le llega una nueva grata para su espíritu: un viaje a Argentina a participar en un curso de especialización para profesores. Una oleada de satisfacción le llena el alma, al propio tiempo que se lo sedimenta en ella una cierta amargura por los suyos que deja en el hogar, y por los suyos que deja en la Facultad.

A admirar, pues, nuevos horizontes, a comprobar en la realidad viviente lo que ya conocía en su viaje a través de los libros, a tomar

contacto con nuevos seres, nuevos costumbres, a palpar la calidad de la educación en ese país, a gozar y sufrir las emociones e inquietudes del viaje. ¡VIAJAR ES MORIR UN POCO, SE HA DICHO...!.

A mirar la pampa, la pampa de su querido Martín Fierro, que la describiera con maestría Giradles y en donde "paisaje y hombre iluminarse a grandes pinceladas de esperanza y de fuerza"; la que la mostrara a luz abierta infinita, "espiritada", la maravillosa pluma de Larreta... y luego, a las ciudades de esa gran nación movida, cosmopolita, progresista.

A su regreso nos daría en "LA PAMPA ARGENTINA Y EL CONCEPTO DE ESPACIO COMO FACTORES DETERMINATIVOS DEL ALMA DEL GAUCHO ARGENTINO", una valiosa interpretación en que relieves su pericia y conocimiento amplísimo de aquella motivación.

"Al contemplar la pampa argentina-dice- experimenté la sensación de que el espacio se producía y se reproducía intensamente, y que el concepto de tiempo se diluía en ella, aunque, en el fondo y en el último término, la veía extenderse, ensancharse, ella aunque en el fondo y en último término, la veía extenderse, ensancharse, ella también produciéndose y reproduciéndose, estribada o fundada en el mismo tiempo. Esa sensación de un constante producirse y reproducirse del espacio en la pampa me surgió, a su vez, la idea de que la vastísima llanura perpetuamente verde es el mejor símbolo de la inmanente fuerza generadora femenina que existe en todo el universo.



Poco después obtiene una beca por concurso para ir a París. He allí que va a realizar la ilusión más constante de su vida y acaso la más bella.

Conocer aquel grato centro de irradiación cultural, ambicionado siempre por todos los elementos ilustrados de esta América Hispánica; visitar sus museos; Sus inmortales obras de arte, su arquitectura sus bibliotecas, sus parques y jardines su templo, sus monumentos y sus avenidas alternando todo esto con su concurrencia, gozo y puntual a la Sorbona, a continuar estudios de especialización de filosofía y filología en que ella había centrado ya -como en un punto cimero- su esfuerzo y penetración.

Pero acaso también para ella como para Juan Montalvo-con quien parecemos que tiene ciertas afinidades temperamentales- "el bulli-cio de la gran ciudad, el vértigo que le produce las anchas avenidas llenas de gente, el materialismo y los placeres que perturban la existencia, no se encuentra de acuerdo con su naturaleza amante dela soledad y de las cosas del espíritu".

Quizás ella también-de esencias románticas, al fin- hubiese estado destinada a deambular en soledad, a veces en soledad, huyente, por los alrededores de la ciudad o entre los parques y jardines florecidos, atenaceada por la nostalgia del hogar y de la tierra, que clava su cilicio tenaz...

Más solo su vivísima aspiración de captar, con singular arresto, los conocimientos a que iba destinada, podían ser bastante a resarcirle de tan inevitable desencanto.

Pero el destino que parece complacerse en ocasiones el destrozo de vidas valiosas y aun prometedoras, cegó, con fiereza ineluctable, la de María Guillermina, sumiéndola en las misteriosas regiones del más allá...

Su viaje, su tan ilusionado viaje a París como el tercero de Montalvo, fue, pues, un viaje sin retorno del humano final...

Cuando apenas había demediado su vida y prometía el otoño, como un cultivado huerto de selección, sus más cuajados y sabrosos frutos... !

cultivado huerto de selección, sus más cuajados y sabrosos frutos... !



Escritora, en ensayo y periodismo, poetisa inspirada, erudita en varias ramas del saber, todo lo fue por brillante modo. Sin embargo, parecemos que su mayor excelencia radica en la educadora, pues allí, en síntesis feliz todas sus todas sus cualidades todo su tesoro y lo esparció como para una siembra abundosa, a manos llenas y abiertas...

La vimos y oímos alguna vez alta, gallarda, fina; sus ojos de luz viva se posan con señorío sobre todos. Su gesto arrogante y afable al propio tiempo, se impone de suyo, sin esfuerzo; su voz timbrada, aristocrática, segura, fluye con naturalidad y se difunde en persuasivas ondas... La atención y la complacencia general es su corolario lógico y, naturalmente, su rendimiento y su eficacia.

Terminaremos transcribiendo un hermoso mínimo retrato que alguno de sus alumnos burilara bajo su efigie en "LITHOS": "Abajo de los dijes de azabache, el aliño de la frente. Ancha frente alta, sin las líneas que lo pintaban los años mayores: cenit de una figura gentil, distinguida, esbelta. Era sencilla acaso humilde- pequeña violeta- dueña del don natural de la gracia, como la avemaría... "

La mujer poetisa

Maria Guillermina Garcia Ortiz, ibarreña de excepciones virtudes, de clara inteligencia, dirigió su capacidad cognoscitiva por diversas sendas del saber. Gracias a su perseverante estudio, muy niña, dio primigenios frutos de su dedicación y esfuerzo. La literatura, los idiomas, la filosofía, sus disciplinas predilectas. Lectora incansable de libros selectos y clásicos en los que a más de deleitarse trataba de desentrañar la verdadera esencia de su contenido para hacer un parangón con las experiencias de su saber.

Augusto Arias dice de ella "incansable lectora, mujer lámpara encendida, no buscaba en los libros sus definiciones y sus convicciones, su camino de hoy y su ruta en el desconocido porvenir". No se apagaba, la ansiedad de búsqueda de mayor cultura, de mayor ilustración y el premio a esa constancia a ese desmedido afán, fue la realización de algunos de sus ideales y de sueños: llegó a ser colum-

nista del periódico "EL DIA" con sus artículos históricos literarios, bibliográficos y de defensa de los derechos de la mujer, obteniendo una talla nacional en el periodismo. Perseverante en sus anhelos, ingreso a la facultad de Filosofía y letras de la Universidad Central hasta obtener su grado con su importante Tesis "Lo eterno femenino", fruto de su pasión por la filosofía feminista convencida y fer vorosa por el periodismo, dio fehacientes pruebas de cuanto puede y debe alcanzar la mujer mediante la educación Publicó América Feminista, una tribuna de resonancia continental que la relacionó con mujeres ilustres de diversas nacionalidades adquiriendo prestigio internacional.

Como educadora, una fase luminosa de su vida, ejerció una fase luminosa de su vida, ejerció la cátedra de Castellano en la Facultad de su especialización, con amor. Al decir de sus alumnos, "maestra que convirtió sé cerebro en gigantesco dique de vasta y profunda ilustración, donde sus alumnos con arbitrariedad desmedida, apagábamos nuestra sed de conocimientos en esa agua pura y clara del saber". "Sonaba en libros, cosas y viajes". Y sus sueños se hicieron realidad deleitándose en la vastísima llanura perpetuamente verde de la pampa argentina y concurriendo al centro de máxima cultura, "La Sorbona", su más cara ilusión. París, ciudad cosmopolita le abrió sus brazos, el vértigo el bullicio el materialismo y los placeres de la Ciudad luz, perpetuaron su espíritu; la soledad, la nostalgia del solar nativo hincaron el desencanto y "viajar es morir un poco", y en nuestra notabilísima ibarreja, viajar a París fue su viaje si retorno.

Brillante trayectoria de Guillermina García Ortiz escritora en ensayo y periodismo, poetisa, educadora, eraudita en varias ramas del saber.

Entre sus poesías " Autoperfil", descripción sencilla, real de su cuerpo, de su espíritu y de su yo.

En "Mensaje de don Miguel de Ibarra", "pareados alejandrinos majestuosos, que tuvieron general y reiterado aplauso" expresó. Es un poema de resonancia lírica.

En "Canto a la juventud Americana", dedicado a los estudiantes de la Universidad Central, en tono épico-lírico, tradujo su amor, su fe, sus anhelos, y esperanzas hacia la juventud.

Versos de exquisita espiritualidad, de cristiano, fervor y de hondo sentimiento religioso son los del poema "Al señor de la Buena Esperanza"

Tomado de la revista "La Mujer y su Trayectoria en el Tiempo" editado por la casa de la Cultura Ecuatoriana "Núcleo de Imbabura"

*Por: Paola Elena Cevallos de Ruiz
Edición "Jahuando" Nro. 2
1998*

Visión alegórica

Composición declamada por su autora, en la velada Dramático - Musical, organizada por la beneméritas Hermanas del Instituto de la Inmaculada Concepción, en honor al Rdmo. Sr. Vicario General, Dr. D. Alejandro Pasquel, con motivo de su exaltación al Deanato de la Catedral de Ibarra.

*La alba luna decembrina, aureolada de topacio,
Es una gran hostia de nieve expuesta en el espacio...!*

Se ven en torno suyo las opalinas nubes.

Semejando tenues velos de célicos querubes.

*El cielo es un zafiro grandiosamente bello;
Adviértese, doquiera, un singular destello...*

En el vergel florido entreabren sus corolas

Las castas azucenas, las rubias amapolas,

Su cáliz desabrocha también la violetita

Ofreciendo su esencia delicada, exquisita.

Se mueven blandamente las brisas nocturnales

Desparramando aromas de tonos orientales.

Momentos de ventura, grata, solemnes horas,

Decidnos, ¿sois acaso del cielo embajadoras..?

Ah, si, bajo estos blancos muros, su voz levanta

Una porción selecta, y gloria a sus Padre canta!

Nosotras, vuestras hijas, hemos venido llenas

De santo regocijo...se alejan nuestras penas

Al contemplar la bella visión que columbramos...

Vemos que las nubes rasgan celestiales manos...

Un ángel del Empíreo desciende revestido

De antiguo sacerdote...Se afina nuestro oído

Porque escuchamos notas de un clavicordio de oro

Que vibra en el espacio, tan dulce, tan sonoro,

Como si lo pulsaran las vírgenes del cielo...

El ángel sacerdote con un dorado Velo

Tiene cubierto una ánfora de artística hermosura...
Sus labios los entreabre con mística dulzura...
Y vemos que un diluvio de estrellas y luceros
Derrámase en vuestra alma...Las gracias del Dios Bueno
Son para las almas, diamantes de veneros
Celestiales, dice un eco blando y muy ameno!
El Sacerdote angélico del Orden oriental,
Descubre la redoma de procedencia astral;
Junto a él, como levitas de bíblicos santuarios,
Van dos ángeles llevando quemantes incensarios
Y a ungiros se apresura con un óleo sagrado,
Pronunciando palabras de un idioma ignorado...
Tal vez esas que tenían los antiguos rituales
Perdidos ya del tiempo en densas espirales...!
Y torna, entre fulgores, a su regia morada
Cumpliendo ya fielmente la sublime embajada!
Y hoy vemos, Padre amado, que tenéis en la frente
Un nimbo más de gloria, magnífico esplendente,
Por voluntad del cielo que fiel la realizara
La autoridad suprema de la gran Tiara!
A más de sacerdote que ofrecéis oblacones,
Implorando para el mundo copiosas bendiciones,
Sois un semi-pontífice que escrutáis la ciencia
Que contiene las claves de la Providencia.
Oficiáis con la grave y aquilatada fe
Del sumo sacerdote, del gran Melquisedec,
Y al consagrar humilde el deseado Pan y Vino,
Y ofrecer ese Holocausto en pliegues de albo lino,
Suplicáis en momento ardiente y uncionado
Que no de una nuestra veste en el fango del pecado ...
Por las almas que sufren incógnita amargura
También pedís al Cielo, con paternal ternura,
Que alivie los tormentos, consuele las tristezas
Que abruman y doblegan sus lánguidas cabezas.

Oráis muy fervoroso por el hombre delincuente,
Por aquel que hunde en sombras su malhadada frente,
y de su corde helado al gran dureza finge
la impavidez sombría de la vetusta esfinge...!
La claridad de Cristo, aquella que inflamara
Su espíritu inmolado del Gólgota en el ara,
La vemos vivamente reflejada y cumplida
En el apostolado de vuestra propia vida...
Igual que el dulce Cristo del calvario doliente,
Una corona mística lleváis sobre la frente;
Y esa corona extraña, cual la del Nazareno,
es la insignia más viva del Sacerdocio Pleno
que habéis vos alcanzado, tras profundos martirios
que alumbran vuestra vida, como gloriosos cirios.
Nosotras que, por siempre, en vos hemos mirado
Al verdadero apóstol del Gran Crucificado,
Que siempre hemos tenido, por vuestras enseñanzas,
Consuelos inefables en las desesperanzas
Y que hemos recibido piadosas bendiciones
Que el Cielo nos enviara por vuestras oraciones,
Os ofrendamos una guirnalda entretejida
Con las más bellas flores del jardín de la vida...
Guirnalda entretejida de lirios y claveles,
No menos bella que una corona de laureles,
Lirios, emblemas puros de anhelos infinitos,
Flores que desparraman mil ensueños benditos...
Y claveles, claveles, flores de los suplicios,
Que simbolizan grandes y eternos sacrificios...!

María Guillermina García Ortiz
En Ibarra, a 28 de Diciembre de 1925

Autoperfil

*"Esa que veis delgada y silenciosa
en las heladas noches claroscuras
ésa que cruza grave y despaciosa
Por la senda perdida entre negruras,
ésa que tiene tristes las pupilas,
largos cabellos de color castaño
y sus ojeras vagamente lilas
cual rasos teñidos en antaño;
ésa que canta su melancolía,
ésa que dice en su mirada fría
todas las cosas por las que soñó...
Esa a quien siempre la emoción agita,
ésa que siempre va como proscrita,
ésa misma, ésa misma, ésa soy yo!"*

Mensaje de Don Miguel de Ibarra

*"Despierta de su sueño profundo de crisálida
la angustia Soberana de faz hermosa y pálida...*

*Ibarra, la de raros, magníficos ponientes,
Como jamás han visto los otros continentes...;*

*Ibarra que el encanto de su fecunda hoya
Brindara a la mirada de Cristóbal de Troya!,*

*Ibarra que sufiere terribles paroxismos
Cuando el sesenta y ocho le dio cataclismos...;*

*Es a ella a quien hermosa ahora le contemplo,
Entrar, por ancha puerta, de su Destino al templo...*

María Guillermina García Ortiz

Al Señor de la Buena Esperanza

*Doliente, golpeado, sangrante, vencido,
La Buena Esperanza promete Jesús...
Locura parece y un contrasentido
Que Cristo afrentado, sediento u herido
Nos brinde esperanzas en vaso de luz...!*

*Señor y Dios mío, solo no padeces,
que un alma en martirio tú tienes en mí!
Si de amargo cáliz tu bebes las heces,
yo el agua del llanto ya bebo mil veces
y siento la angustia del Getsemaní!*

María Guillermina García Ortiz

Canto a la Juventud Americana

*Juventud,
juventud de América,
robustece tu mente;
diafaniza el espíritu;
purifica tus labios;
ennoblece tu mente;
levanta la pupila,
ensancha tu esfera;
deja tu alma tranquila,
sin pasiones menguadas,
no obstinados resabios,
siembra en ella virtud:
es sublime, es humana la misión que te espera...!*

María Guillermina García Ortiz

La locomotora

*Y la locomotora,
que es un escalofrío de hierro
en la montaña,
hincó sus garras trémulas
en el dorso intocado
del vetusto Imbabura.
Desde lejanos tiempos
el monte presentía el hundimiento
de sus rocas internas,
al paso retumbante del railway.*

*De repente,
como si la llanura
hubiera dado a luz una serpiente
para ascender al monte, la audaz locomotora,
que lleva en sus entrañas
la potencia infinita de la llama,
descoyuntaba la columna vertebral
de la montaña.*

*Hasta la entraña
sintió un estremecimiento
el Imbabura.
y toda la verdura
de sus ondulaciones y sus breñas
que, hasta entonces se había
conservado impoluta,
fue mancillada por sus rojas
chispas de luz
de la locomotora.*

Es hora
Se dijo la montaña,
de los supremos heroismos,
y hubo en el fondo de su entraña
una efusión de cataclismos,
a la manera de homenaje,
estupendo, magnífico y salvaje.

Y descendió del monte
el tren, ennegrecido el horizonte
con el penacho de sus humos;
y aturdiendo a las gentes,
estupefactas de sorpresa,
con el jadeante resoplido
de la máquina opresa.

Y no hubo en la ciudad
De San Miguel de Ibarra,
fundada hace tres siglos
por Cristóbal de Troya,
soldado y caballero,
y más caballero que soldado,
un hombre que no vibre
hecho presa de grandes emociones
como si toda la ansiedad repressa
de las generaciones
ya difuntas, hubiese estado junta
en el sistema nervioso de todo hombre .

La villa
que, como una novicia en otro tiempo
hizo voto de paz y de silencio,
prevaricó aquel día,
cansada del conventual aburrimiento.

La villa,
que tiene una hermosura granadina
y seducción moruna,
la que refleja en sus lagunas
el encanto marchito de sus lunas.

La que fue mártir en el terremoto
del año del Señor
mil ochocientos y sesenta y ocho,
la que resucitó de sus cenizas,
más niña, más bella y más grandiosa,
bajo el dedo profético
del gran Mariano Acosta.

La que exprimió sus largas rebeldías
en la frase rotunda y castellana
de don Pedro Moncayo;
la que fue generosa
por las manos criollas
de Martín Sánchez y José Cifuentes.

La que ofreció las galas
de refinada artista,
como un ensayo de potentes alas,
en las obras maestras
de aquel, que por su cara,
fue un retrato magnífico de Goya,
pintor humilde
y viejo cadencioso,
que se llamó Don Rafael de Troya.

La que cantado su belleza
en la cándida estrofa de un Albuja,
en el verso romántico y sencillo
de Pasquel monje,
o en el sonoro y nuevo de Larrea.

*la que puso en derrota,
de su Tahuando a sus orillas,
a las realistas huestes
del pastuso Agualongo,
sellando, de ese modo,
la obra soberana
de nuestra independencia.....*

*La que ha tenido y tiene
tantas glorias
y las tendrá sin fin,
la que guarda el orgullo de su casta,
no tuvo hasta la fecha, entre sus fastos,
un día de tal gozo,
como aquel día en que sintió pendiente
de sus senos fecundos
a la locomotora, que es la rueda
que hará girar a todas las cosas
de la cultura venidera.*

*En Quito, 1928
Humberto García Ortiz*

"Perfiles de Leyenda"

Cuéntase habían dos bellas Princesas. Las ciudades en que cada una de ellas vivían eran distintas. La una estaba junto al mar y diríase que había surgido de sus seno. Presentaba un aspecto solemne porque las altísimas cúpulas de sus edificios semejaban inmóviles, meditativos fantasmas que la custodiaban. El limpísimo y transparente azul de su cielo se reflejaba en el mar y también la ciudad como él como un espejo y, como se vea bella, sentía el orgullo de la mujer hermosa que conoce bastante su belleza... Al fondo de una avenida de acacias erguía-se bello y majestuoso el palacio de la Reina. En los muros tenía grabadas cien caras de leones y de frente a los cuatro puntos cardinales estaban cuatro fabulosos monstruos de mármol con ojos de topacio, en actitud hierática y grave, cual si fuesen los guardianes del palacio a quienes había petrificado un éxtasis infinito y portentoso...! Las elevadas almenas y torres brillaban como oro bruñido al sol de la tarde... De un pequeño y mágico estanque que había en el centro del parque extendíase innumerables arroyuelos que eran como hilitos destrenzados de una madeja de plata... Los surtidores y fuentes que adornaban los jardines, cantaban incesantemente con su melodiosa voz de cristal.

Solícitos y alborozados cruzaban los magníficos pasadizos los lacayos, pajes, servidores y esclavos.

Como una floración de orquídeas, veíase allí un grupo de damas adornadas con collares de perlas, cinturones de esmeralda y pendientes de zafiro: por bellas y ricas, diríanse otras tantas princesas dignas del mejor vasallaje. Como centro de todo allí estaba la reina deslumbrante siempre, pero rara vez visible.

Millares de barquitas y góndolas talladas en finísimo cedro, atadas estaban junto a la playa aguardando que llegara la tarde para que lo mejor y más selecto de la ciudad fuese a contemplar desde ellas la puesta del sol. Allí se veía también el esquife real que tenía la forma de un gran cisne nacido de un trozo de marfil; llevaba como quitasol un cortinaje de valiosa seda de colorín definido, pues era rosado y no podía decirse que no era también violeta con visos de oro y blanco. En los dibujos que formaba la fina malla del costoso encaje dorado que pendía del dosel, distinguíase menudas figuras caprichosas y raras, representando las leyendas amorosas que la tradición aseguraba tenía su origen a las orillas del mar... Seis eran las doncellas que daban la vida al encantado cisne, seis doncellas desnudas cuya carne sedosa de un auténtico color de rosa suave como el de las rosas de Eva, era cubierta poco a poco con la espuma consistente y blanca que los remos hacían saltar voluptuosamente. Cuando aparecía la luna, daba la sensación de estar cubiertas de túnicas de nieve taladradas de brillantes.

Flotantes los cabellos, fatigadas, risueñas, locas bellísimas llegaban a la playa en donde entregaban el esquife de los lacayos y siervos. El aspecto de la ciudad en invierno era alucinante por lo mismo que era sombrío. Las tempestades del mar eran terribles y muchas veces se veía congelado gran parte de él.

Como no habían encantos ni placer afuera, preciso era buscarlos dentro de las ricas mansiones señoriales, en donde, al calor de la estufa se preparaban muelles cojines de seda para que en ellos des-

cansara el frágil cuerpecito de la dama o el fuerte y bien formado del señor y caballero. Penumbras hipnóticas se creaban al fondo del salón con terciopelos azul, zafiro o verde mar, en las que salpicaban diminutas bombillas de luz de diversos colores y formas. Plantas exóticas de un olor suave y soporífero estaban sembradas en preciosos jarrones de alabastro con incrustaciones de ágata; éstas y artísticas esculturas en bronce y mármol formaban una sugestionante y mágica galería que venía a terminar cerca de la estufa, junto a la cual los amos de la casa y los invitados hablaban del placer, divinizaron al placer, por fin, se arrojaban en los brazos del placer.

A los acordes de una orquesta oculta tras la penumbra se cantaba y se danzaba... Contenido en preciosas copas llegaba a los labios el vino delicioso... Nardos, jazmines, narcisos, rosas, heliotrópodos y lilas labrados en fina porcelana, hacían las veces de fuentes, las que, al hundir un botoncito de oro, artísticamente oculto entre las hojas y tallos de las coquetas plantas muertas, producían de en medio de sus cálices hilos de perfumes, cada uno según la flor que lo vertía. Y no faltaban en los ángulos del gran salón pebeteros de planta cuyas llamas devoraban ávidamente inciensos y perfumes importados por los comerciantes de Arabia y China.

A la hora más solemne de la noche, la música se hacía más tenue, disminuíanse las luces, ya sólo se oía el rugido del mar o el eco de algún miserable que moría mordido por la nieve su cuerpo y de hambre sus entrañas, cuando las levísimas espirales de humo de opio escapábanse por las ventanas de algún salón con la cautela y el recelo del asesino...!

La reina por sí sola regía los destinos de su pueblo. Cuando salía a recorrer la ciudad en su regio carro tirado por los caballos blancos con arneses de plata incrustados de corales llevando sobre los lomos soberbias colchas de terciopelo rojo guarnecidas de festones de oro, escoltábale una guardia apuesta y escogida, formada de treinta soldados, cuya edad no pasaba de veinte años; en sus pupilas se reflejaban grandiosas visiones de victoria y laureles por las que soñaban aquellas jóvenes almas...

A la presencia de la Majestad Malvina –así se llamaba la reina- todo su pueblo palpitaba y prorrumpía en aclamaciones en obsequio de su soberana que se destacaba en el carro como una escultura griega... Sus grandes ojos azules parecían prometer a su pueblo todo un cielo de felicidad y progreso...! Como su fina mano de ensueño acariciaba los pálidos rostros de la niñez indigente que ávida le rodeaba! Manos que al mirarla se suponían que eran labradas de la concha más rica y transparente que el avaro seno del mar ocultara. Y cómo se mezclara la opulencia de sus vestidos regios a los pardos harapos de la miseria...!

Su majestad Elaina era la reina de una apacible ciudad situada en un vallecito fértil como un pedazo de paraíso... Blanca, muy blanca era la ciudad y a la luz de la luna brillaba plácidamente en medio del verdor de sus campos: era un diamante vivo incrustado en un gran esmeralda... Esta bella ciudad podía bien llevar dos nombres: la ciudad blanca o de la palmeras, pues en sus jardines y parques habían numerosas palmas.

El extranjero que la visitaba admiraba su belleza y arrobado como en éxtasis contemplaba el milagro del Poniente. Los ocasos de la ciudad blanca eran prodigiosos: las nubes congestionadas del sol muriente, formaban inmensas guirnaldas de grandes flores de nieve, sangre, violeta, oro, rosado y azul cuyos matices difícilmente podían copiar el pincel; con aquellas guirnaldas soberbiamente coronábanse los dos majestuosos y elevados montes que muy de cerca atalayaban la ciudad. Ya también semejaba que todo el oro de la tierra había sido trasladado al poniente de esa bellísima ciudad para que como una fragua allí se fundiera... Ya era a veces un océano de pedrería cuyas olas cambiantes y polícromas parecían sacar a flote el trono de oro y púrpura para que en él languidciera el sol, soberanamente bello como en ningún lugar de la Tierra...

La ciudad blanca gozaba de la paz y el místico silencio de que gozan los claustros... En las noches de luna, en esas noches

inauditamente hermosas, tan propias de la ciudad blanca, fingía por la quietud, y dulcedumbre, beatitud y silencio, una ciudad encantada...!

En el corazón de la ciudad habitaba la reina; su alcázar era la mansión de refinado gusto y de la exquisita sencillez, era la imagen fiel del alma de su reina, de esa alma diáfana y bella tantas veces azotada por los rudos golpes de la adversidad; pero alma fuerte, espíritu divinamente modelado para erguirse, aún del mismo caos de la desgracia y de la ruina, más altivo, más sereno, más lleno de ideales...!

Sus mágicas y profundas pupilas negras eran dos negros brillantes en una faz de azucena... Sus ojeras de un lila intenso extrañamente combinado con azul y con un rojo muy suave, casi imperceptible, eran dos misteriosas ánforas que guardaban hondos secretos de indescifrables enigmas: por escrutarlos habrían emprendido la más devota romería todos los sabios ermitaños y magos de lo intangible y de lo desconocido... Diríase que en su cuello una helada noche del polo derramó toda su nieve... Sus labios purpurados con sangre de amapolas exhalaban el olor de la manzana... La misma Venus habría envidiado la euritmia de su cuerpo de alabastro... Y, como un toque de luz y sombra, jugaban en esta adorable princesa una dulzura inefable y un aristócrata melancolía... La servía un cortejo de doncellas que semejava una bandada de palomas... Su trono estaba fabricado de marfiles y enmollecía su piso el nítido plumaje de mil cisnes.

Su voluntad y su juicio siempre sometía a un consejo de ancianos, suaves y amables algunos, graves y severos los más, rectos y prudentes todos.

Y descansaba la ciudad tranquilamente porque sabia bien que la mirada de su soberana perspicaz como la del águila, vigilaba sobre ella.

Cierto día, un rey muy poderoso, procedente de un país lejano, envió sus heraldos a las dos princesas, anunciándoles su visita.

En ambas cortes hicieron las debidas atenciones a los mensajeros reales y se les dijo que aguardaban con placer al anunciado monarca.

Preparó el rey como ofrendas para las soberanas, lo más valioso y bello que pudo encontrar en todo el reino y aún más allá de sus fronteras. Eligió su séquito de honor entre su nobleza de su imperio y dispuso la partida. Pero por cierto capricho, ordenó sigilosamente a sus servidores más fieles, poner entre los dones que llevaba, también una colección de arpías y fieras, ordenó llevar fieras humanas... hombres de más bajo pueblo, gente depravada y abyecta, que en la Roma pagana habrían sido sátiros o faunos...

"Quiero llevar, dijo lo más rico y precioso; todo lo más malo y terrible; poned en mis carros el más delicioso y viejo vino, pero poned también los venenos más activos...; quiero que junto a la miel vaya el acíbar; llevad la belleza y el horror; la vida y la muerte"...

Y llegó el monarca al palacio de su majestad Elaina la reina de la ciudad blanca. Todo el pueblo se aprestó a recibirlo, vistiendo de gala las calles y avenidas y aclamándole con voces de entusiasmo.

Como la reina lo ordenó, se cerraron herméticamente las puertas de ciertos recintos secretos del palacio, donde se guardaba lo más delicado y hermoso que poseía la reina. Acostumbradas sus doncellas a tratar con los prudentes ancianos de la corte, se presentaron al rey y a su séquito con tanta discreción y prudencia a la vez que sagacidad y dulzura, que los reales huéspedes se maravillaron que la edad más frívola e ilusoria estuviese así impregnada de esa madurez que está bien lejos de lo ridículo; el pudor sin afectación de aquellas damas fue una red de oro que cautivó al monarca. Su majestad Elaina se manifestó como ella era, y todo fue conocerla al rey y rendirse a sus plantas. "traed, dijo a sus vasallos, traed lo más rico y bello para ofrendar a la reina".

Permaneció algunos días en la ciudad blanca donde se hizo los honores del más severo estilo, fue objeto de las más exquisitas atenciones: pero ni la ínfima esclava del palacio hizo la menor culpa contra la discreción o el pudor. Allí estaban los ancianos, celosos centinelas en guardia del ataque más sutil contra el honor de su pueblo.

Ofreció el rey a la princesa Elaina toda garantía ante su reino y se firmaron todos los testimonios más expresivos de fraternidad y unión.

El potentado monarca prosiguió una marcha con dirección a la ciudad marina; entró allí como de triunfo; llegó al castillo real donde se le ofreció todo sin reserva. Ninguna preparación ni advertencia respecto de cómo habían de conducirse se había dado a las almas reales, quienes recibieron al monarca y a los suyos con la más desbordante alegría; dispuso a la reina fiestas y orgías y envolvió a su pueblo en un desenfrenado regocijo. Sus regimientos, sus artillerías, su flota hallábanse embrutecidos por un abominable exceso de licor. Nada se ocultó, "lo más delicado y hermoso" se exhibió sin cuidado alguno...!

Llamó el rey a sus vasallos y, "Traed, les dijo, traed lo más terrible y fiero de mis carros. Ahora a vosotros os toca hacer los honores, les dijo a sus hombres fieras... derramad los venenos, dejad en libertad a las fieras y arpías"!

¡Oh, y la infortunada ciudad marina sufrió los estragos, convulsiones y crispaturas de la muerte!

Retornado que hubo el rey a sus dominios, acercándosele algunos sabios para interrogarle porqué había procedido tan opuestamente con aquellas soberanas. "Sabed, contestó el rey, que ellas mismas fueron quienes se procuraron tan diversa suerte; a la una la encontré preparada para recibir todo lo bueno; la otra vi que no podía recibir sino lo malo: he dado lo que cada una pedía".

Pasaron muchos años y quien visitaba ambas ciudades podía contemplar: la una plena de orientación, progreso, cultura, vigor, adelanto; débil, enfermiza, agostada, raquítica, triste, anquilada, la otra, en sus puertas rodaban vacilantes unas mujeres escuálidas, prematuramente envejecidas, con miradas infijas y sus risas locas, pidiendo un mendrugo de pan al extranjero en retorno de una canción mal cantada....

He recordado mucho estas historias y he pensado que idéntica cosa sucede con la civilización que se lleva a los pueblos. Ella, como rica y caprichosa que es, también suele transportar en sus carros todo lo más bello y terrible; lo más grandioso y lo más vil; delicioso vino trae, pero también trae venenos; riquezas y miseria; hermosura y terror; luz y tinieblas; vida y muerte...!

Si la nación, el pueblo, la ciudad donde ella va lo reciben como recibió su majestad Elaina al extraño monarca, feliz ciudad, dichoso pueblo, envidiable nación; desgraciados si imitan a su majestad Malvina.

Y para poseer la ciencia y el arte que poseyó la ciudad blanca para ser feliz, la base fundamental, el secreto precioso es la educación de la mujer.

La mujer es ser a quien ennobleció y dignificó Jesucristo; la mujer, la gran artista destinada a hacer del corazón del hombre lo que ella quiere, ese ser delicado y fuerte a la vez, en cuyas manos está el destino de los pueblos, debe ser educada como lo exige la elevadísima misión que le ha sido confiada.

Dios al crear a la mujer, hizo de su corazón un precioso cofre en el que encerró las joyas inestimables de espiritualidad, ternura, bondad en grado supremo. El corazón de la mujer es una bellísima perla sagrada; es una hermosa flor del cielo cuyo perfume debe embalsamar la tierra; es un oculto príncipe archimillonario de delicadeza y amor que pródigamente va derramando sus riquezas por donde

pasa. Pero si manos criminales profana esa perla, agostan esa flor y arrebatában los tesoros sustituyéndolos por falsos, naturalmente se deprava, se envilece, se ciega, y casi siempre, arrójase en las cenagosas aguas del crimen....!

Educad ilustrad a la mujer, pero ilustradle y educadle cristianamente; convencedle que sólo la Fe suele tenderle la mano para conducir a un muy seguro fin. El principal elemento de la sociedad es la mujer, es por esto que pervertida la mujer está arruinado un pueblo. La mujer necesita la ilustración y no lo neguéis; pero no la ilustración árida y superficial, eso es levantarla sobre una gran torre de humo vano para que la caída sea más fuerte... No se despoje del corazón de la niña y el sentimiento de pudor, bajo pretexto de dársele una educación más amplia..., esto es defraudar los tesoros al misterioso príncipe... La mujer, que, cuando niña la ilustraron, pero la educaron mal, y se encuentra en la vida con terribles adversidades, agudas pruebas y humillaciones tal vez, instintivamente busca la joya que, cual milagroso talismán le servirá para conjurar su mala ventura o por lo menos para hallar resignación, pero no la encuentra y entonces siente la natural rebeldía de su espíritu, su fantasía traza oscuros senderos, y su corazón no ama y si más bien siente necesidad de venganza, inventa nombres para sublimizar sus pasiones, avaramente avalúa sus propios méritos y al verse herida y en la imposibilidad de enfrentarse con la desgracia, arrójase en los brazos de la desesperación...!

Si, al contrario, los honores y triunfos son suyos, la prosperidad la misma y por donde pasa encuentra sonrisas y pétalos de rosa, embelesa tanto que va cayendo en una especie de embriaguez que poco a poco la inutiliza y el esfuerzo y afán desmedidos que tuviera para gozar le traen la consiguiente depresión y decadencia....

La mujer que fue debidamente educada e lustrada, si no encuentra en la vida sino espinas y yerbos, amargura y dolor, besa la misma senda que le produce espinas y le niega agua para sus sed, va este-

lándolas de lágrimas las que, al avanzar la noche, dan un salto al cielo convertidas en estrellas...

Ama las espinas, ama el yermo, bendice su amargura, no protesta del dolor, va con una sonrisa en los labios y un haz de rosas en las manos... esa sonrisa es para dulcificar la amargura ajena, y para retribuir al que hiere son las rosas.... Si inaudito es su dolor, imponderable es su imaginación; es que, como nadie hurtó la joya maravillosa, la encontró cuando necesitó de ella. ¡Oh, y es de admirar a esa mujer a quien la adversidad la vuelve fuerte y resignada; las glorias y triunfos, firme y serena, las represiones, humilde y generosa; agradecida los aplausos; altiva e indiferente las adulaciones; esa mujer a quien la miseria ajena la vuelve madre; la ignorancia y el error, apóstol; el egoísmo y la envidia de los seres inferiores a ella, un lucero derrama fulgor sobre ellos mismos; la fe y el sacrificio, un incensario siempre encendido y humeante; la caridad, un ángel; el amor un serafín....!

Desde que apenas la niña tiene uso de razón, inculcad en su corazón como un fuego el culto a sus Dios y al deber. Enseñadle a fijar siempre las pupilas en un blanco, al cual se dirijan todas las acciones de su vida. Decidle que no haga de su corazón y su cerebro las dos locas velas que incesantemente agiten el barco de su existencia; al contrario, señalad a esas velas sublimes las rutas que deben seguir. Si el corazón y el cerebro de la mujer no tienen la luz suficiente para penetrar en las profundidades del corazón de sus semejantes, ¿cómo queremos que se remedien los males de la sociedad si no los conoce la mujer porque es ella quien debe curarlos?

La mujer como hija, hermana, esposa y madre indispensablemente necesita ir por el mundo con las dos antorchas prodigiosas de su corazón y su cerebro; si estas están exhaustas y dan una luz claroscuro, no se puede evitar los peligros porque no se los ve y el camino se vuelve tétrico porque los visos de esa luz son escasos e inciertos...

La mujer necesita tener una cierta clarividencia para sondear los pliegues del corazón humano; ¿no veis cómo la madre, desde que su hijo está en la cuna, tiene que estudiar los instintos de ese niño, sus inclinaciones, sus tendencias, revelados en un gesto, en una mirada, en una sonrisa.....? La madre es la primera maestra de su hijo, cuando sentándolo sobre sus rodillas, hace que la inteligencia y el corazón del pequeño vayan infiltrándose de los destellos que los suyos derraman. La madre es quien debe adivinar las cuitas de sus hijos, solucionar y desvanecer las dudas del marido; ella debe ser la confidente, la íntima amiga de sus hijas. Si la madre no es el consuelo y la alegría del hogar, y su marido y sus hijos no encuentran en sus labios la perpetua sonrisa cautivadora y la palabra dulce, interesante y amena, ¿qué raro es que vayan a buscarlas en hogar prohibido o por lo menos indiferente.....?

Por consiguiente, la mujer debe ser perfectamente ilustrada y educada, porque así solamente puede llenar su papel en el mundo; pero no puede ser tal, si empezamos por arrancar de su corazón el sentimiento de piedad tan innato en ella.

Descristianizar al niño es un crimen; a la niña, un sacrilegio; él, más tarde será un perverso; ella un monstruo..

Enseñad a la mujer que su exclusivo campo de acción es el amor. El Amor, fuente divina de donde dimanar las cristalinas y vivificantes aguas de la Bondad, Belleza, Amistad; Perdón, Sacrificio, Abnegación, Santidad! La mujer está creada para definir prácticamente todos los conceptos de Amor, y así desde niñita ya arrulla con ternura de madre a su muñequita rubia; ya derrama lágrimas, las que, al rodar por sus mejillas de seda, son un milagro de diamantes derramado en los pétalos de un jazmín rosado, y es que ama una rosa blanca que no puede poseerla porque está cercada de espinas... Toca a sus puertas un anciano que gime por el dolor de una herida que sangra, baja la niña, desgarrar su delantalito de lino y con sus manecitas de rosa y nácar, lava y vendar la asquerosa llaga que ya queda en camino de curarse, pero la más cruel y dolorosa que el anciano

no llevaba en su alma ya cicatrizaron las dulces palabras del pequeño angelito de la caridad.... Más tarde se la ve como vestida de lirios, coronada de azahares, temblorosa de emoción, acercarse ante el altar de Dios para que, en nombre de Él, el sacerdote santifique su amor y bendiga su unión con aquel a quien ella lo creyó digno de sí. Toda su vida es inmolación constante, amor perpetuo hasta que llega a ser madre, la solícita y abnegada sacerdotiza que en el santuario del hogar oficia incesantemente en el ara del amor y sacrificio : Allí junto a la cuna de su hijo contéplale la luna al través del cristal de una ventana , velando el sueño de ese niño y besando de cuando en cuando su nacarada frenteMás tarde en el solemne silencio de la noche, sola en su alcoba, estupefactos y reverentes miran los luceros lavar con lágrimas los pies de un crucifijo..... es que a precio de diamantes quiere conseguir que el marido y sus hijos vuelvan al camino del bien.... ¡Niña angelical, noviecita casta, esposa cristiana, madre santa, sí que tu corazón es maravilloso receptor de la irradiaciones del corazón de Dios!

Apreciemos a la mujer en cuanto vale y convenzámosle que no debe prostituir su papel de generar su misión, sea cual fuere su esfera social en que esté colocada.

Descorred la venda que ciega los ojos de las madres y hacedles ver que sus hijos serán lo que ellas quieran; todo depende de la madre, cuya labor es de ella, todo a ella se le atribuye. Y para probaros, recorramos a grandes saltos la vida del hombre: Ved ahí a ese hombre en la situación más amarga de la vida, ha perdido su buen nombre, pero no hace sino hundirse más; está aherrojado en una cárcel, sus enemigos le enfrentan, su familia gime en la miseria y la vergüenza y él oye esos gemidos; observad qué hace, parece que no le queda otra cosa que trizar sus sienes con una bala; pero no; oíd lo que dice... "¡Sombra augusta de mi adorada y santa madre, descender a este calabozo y ved a vuestro hijo hundido aquí injustamente –vos lo sabéis-. Vos encendiste la antorcha de la fé en este corazón, ahora tan desgarrado, confortadme. Oiga las divinas palabras que

talves presintiendo me repetían vuestros suavísimos labios: "Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados"! ¡Benditas enseñanzas de mi madre! ¡Madre de mi alma, bendita séais"!

Ved más allá a ese guerrero, jadeante en el campo de batalla, el amor a su patria lo ha conducido allá, hace milagros de valor, a través de las balas y el humo, sus pupilas están fijas como en un portentoso lucero que todo lo ilumina: su honor! Cae herido, se estremece, está anegado en su sangre, última y rica ofrenda del amor a su patria.... Pronuncia su nombre, oidle bien, sus palabras se ahogan... "Madre amada, tan lejana en mi supremo instante, vos que me enseñasteis a mar mi honor y mi patria más que mi vida, sabed que hoy la ofrendo por ellos.... Vos que formasteis mi corazón de guerrero valeroso, guardad mi espada y mi guante y yo os conjuro que, muy a pesar mío, están manchados de sangre fraternal...!

Mirad ese cadalso, van a ajusticiar a ese hombre que lívido y tembloroso sube esas gradas; ¿quién es, qué ha hecho? Es un criminal, está cargado de ignominia, agobiado de iniquidad, abrumado bajo el peso de sus crímenes; quiere hablar, escuchad su testamento, el criminal a su última hora casi siempre dice sentencias. "¡Madre, infortunada madre mía, para que así muera me disteis una educación en la que a Dios la veía muy lejos....? Cuando mi corazón fue un pedazo de blanda cera en vuestra mano, ¿por qué no le disteis otra forma...? ¡Verdugos, haced vuestro deber.....!

He aquí la más severa realidad, todo ha hecho la madre porque en su mano está el corazón de su hijo, como un blando pedazo de cera, como acabáis de oír al desgraciado criminal.

Si es mala la educación de la mujer, si ella no se ocupa sino de pasatiempos, si no tiene otra idea dominante que el lujo y la moda, si tiene sed insaciable de placer, si no ama el trabajo, si no sabe si quiera lo que significa cumplimiento de deber, no se dejará esperar mucho tiempo y ese pueblo vendrá a la más completa ruina. Abrid

un momento la historia y ved a la orgullosa Roma y a la gentilísima Grecia, en su época decadente: Entregadas al placer, prostituidas sus mujeres y convertidas solo en abrevaderos de pasiones, con un incontenible y frenético amor al lujo, abandonadas al ocio, ¿qué podría venir, sino que debía venir la ruina para esas naciones?

El ideal, el sueño dorado de toda madre cristiana debe ser su hijo: su preocupación incesante, su hijo; la obsesión de su espíritu, su hijo. Hagamos de nuestras mujeres, madres como Cornelia, la ilustre dama romana, que para cuando se les pida enseñen su más valioso tesoro, lo que más amen en su vida, aquellos en que finquen todo su honor y su gloria, lo que constituye para ellas todo su orgullo, santo orgullo de madres cristianas, presenten sus hijos, dignos de su nombre: los hombres del mañana.

María Guillermina García Ortiz

*Comité Ecuatoriano de Cooperación con
la Comisión Interamericana de Mujeres
Filiar - Imbabura*



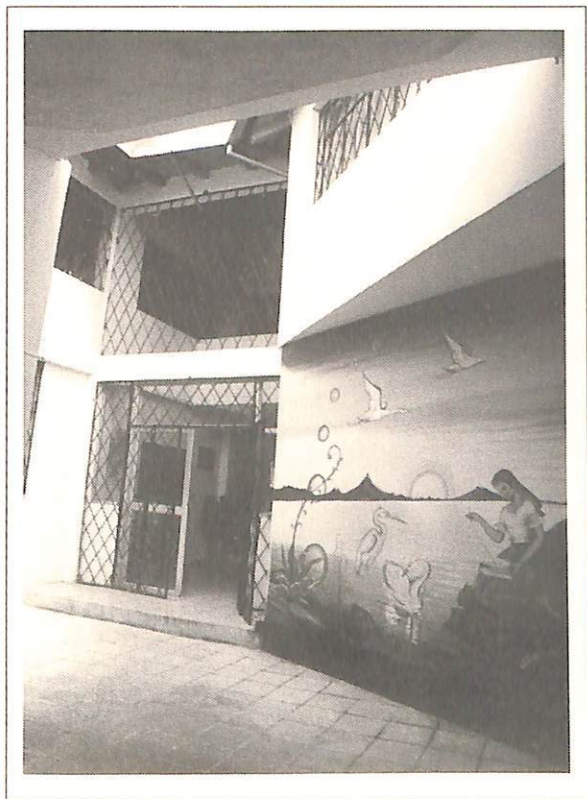
Socias del CECIM - IMBABURA

“Casa de la Mujer”



Fachada del CECIM - IMBABURA

“Casa de la Mujer”



Instalaciones interiores del CECIM - IMBABURA



Ibarra: Ciudad de valiosas mujeres

La I. Municipalidad de San Miguel de Ibarra, continuando con su acertada política de destacar los valores culturales de la ciudad y el cantón tienen, en esta ocasión con el deber moral de relieves la personalidad de una destacada mujer ibarreña, maestra y poetisa de elevados quilates, cuyo centenario de su nacimiento se conmemoró el 7 de agosto del año que decurre.

Como una forma de consolidar su política de equidad de género y de resaltar a la mujer ibarreña, nos hemos propuesto llevar adelante la publicación de esta obra, que recoge lo más destacado del pensamiento y la creatividad de MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ, que es un muestrario de la riqueza espiritual que es parte de la esencia de la mujer de nuestra tierra.

LO ETERNO FEMENINO, sus poesías y cuentos son producto de esa natural forma de expresión de la mujer, que pretende llegar con sus manifestaciones hasta las más elevadas cimas del sentimiento. Allí radica la valía de esa mujer, que tuvo una destacada presencia dentro de la educación y la literatura de nuestra ciudad, que se expande a nivel nacional, con sus propias formas de ser.

A nombre de la I. Municipalidad de San Miguel de Ibarra, de su Cámara Edilicia y de quienes formamos esta institución rindo el homenaje más profundo a la mujer ibarreña, en la persona de quien fuera una figura señera, ya como maestra, ya como poetisa, MARÍA GUILLERMINA GARCÍA ORTIZ.

Ing. Mauricio Larrea Andrade
ALCALDE DEL CANTÓN IBARRA